3 1761 06350418 7

BARONESA DE WILSON

PARAGUAY

AVILLAS AMERICANAS

BRIEF
E
0036569
vol.2.

MAUCCI HERMANOS.-Cuyo, 1059 al 1065.-Buenos Aires

MARAVILLAS AMERICANAS

Bolivia — La cordillera (Pág. 41)

BARONESA DE WILSON

MARAVILLAS AMERICANAS

CURIOSIDADES GEOLÓGICAS Y ARQUEOLÓGICAS.—TRADICIONES
LEYENDAS.—ALGO DE TODO

TOMO SEGUNDO

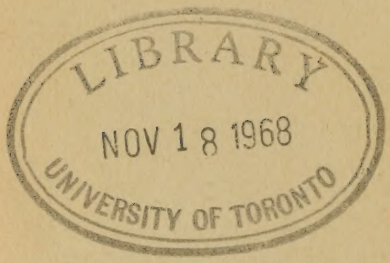
BARCELONA
Casa Editorial MAUCCI
Mallorca. 166

BUENOS AIRES
MAUCCI Hermanos
Cuyo, 1057 al 1065

1910

BRIEF
E
0036569
V.2

Es propiedad de la Casa Editorial Maucci de Barcelona.



Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.

I

El salto del Fraile.—Costumbres.—Indumentaria.—Monumentos.—El Amazonas

Abismada en la contemplación de una grandiosa puesta de sol, había permanecido más de una hora, sin que lograse arrancarme de mi arrobamiento el alegre y juvenil charlatanismo de las encantadoras muchachas que paseaban por el malecón de Chorillos, mientras que yo miraba al rey de los astros sumergiendo su disco de fuego allá en el horizonte, en un piélago inmenso de nubes y entre las rompientes del mar.

Poco á poco la luz del crepúsculo se sobrepuso á los últimos fulgores del día, y el solemne silencio de aquella hora de suavísimas melancolías, de dulces recuerdos y evocaciones del pasado, me rodeó, envolviéndome en una atmósfera que sería imposible definir.

Había cesado la charla de las jovencitas que en busca de más luz y animación corrían á los salones para disfrutar del solaz y las armonías de la música y del baile.

No sé si era tristeza la que me dominaba ó ese

incopiable estado del espíritu que al alejarnos de la realidad nos sumerge en una especie de catalepsia, separándonos por completo de la vida real.

Las ondas abrillantadas que llegaban á romperse en franjas de espuma contra los cimientos del malecón, murmuraban tal vez leyendas desconocidas, y en cascadas de plata estrellábanse también contra el elevado salto del Fraile. ¡Quién sabe si repercutían en sus murmullos la triste tradición de dos infelices enamorados!

En la mente surgió de improviso la antigua leyenda y no puedo resistir al deseo de reproducirla en estas páginas.

Corría el año sesenta del siglo XVIII, cuando en la ciudad de los reyes brillaba, por lo ilustre de su alcurnia y por los blasones mencionados en rancios pergaminos, el marqués de Sarria y Molina.

Era hombre rico, fiel católico y sobre todo muy apegado á las ideas monárquicas y á las costumbres de sus antepasados, que no habían modificado los siglos ni la lejanía en que se encontraba de la Corte.

Tenía una hija única; su tesoro más preciado, su orgullo y su ambición, pues que miraba en ella el renuevo de toda aquella raza noble y legendaria, soñando con un casamiento brillante que uniese blasones á blasones y títulos nobiliarios á los suyos.

La niña era una perla; una de esas limeñas de ojos negros y rasgados, de pie menudo y mano breve, de talle esbelto, cutis sonrosado y fresco,

de cabellera como el ébano, que en ondulaciones proyectaba hermoso marco al semblante.

Luisa crecía en gracias, en travesuras y en independencia de carácter.

Muerta su madre hacía algunos años, su afecto más acendrado lo consagraba á una mulata, á su ama de leche, compartiendo á la vez los juegos y el cariño con Mauricio, hijo de aquélla.

Y pasaron los años y aumentó la unión de ambos niños, hasta el punto de transformarse en amor purísimo.

El marqués tenía singular predilección por el hijo de la nodriza, y no pasó por sus mientes que pudiera ser algún día poderoso obstáculo para sus planes; la casualidad púsole de manifiesto la pasión de su hija y el atrevimiento de Mauricio, que había llegado á su colmo, declarándose abiertamente en rebelión hasta el punto de pensar en fuga, en rapto y en lazo clandestino con la heredera de su protector.

Luisa protestó, lloró, se sublevó contra la voluntad paterna que la imponía un viaje á Europa como específico para sus descabellados amoríos.

Creció de punto su angustia cuando supo que el elegido de su corazón vestía ya el hábito de Santo Domingo y que en el convento de los Dominicos encerraba sus locas esperanzas ó moría lejos de Luisa, pero no curado de aquella pasión.

La joven no olvidaba, por el contrario, el novicio estaba siempre en su pensamiento, inspirándola los planes más extravagantes para salvarse del proyectado viaje y realizar el embriagador

programa que habían trazado en momentos más felices.

De acuerdo con su nodriza, se entabló diaria correspondencia entre el convento y la casa del marqués; las cartas, ardientes, amorosas, llenas de entusiasmo, alimentaban en vez de extinguir la llama de aquel amor.

—¿Por qué—decía Mauricio—hemos de vivir separados? ¿Por qué si nuestras almas se han unido por misterioso y apretado lazo, hemos de condenarlas á las mortales angustias de un cariño sin esperanzas? No, no; es imposible que nadie logre romper lo que Dios ha hecho de más sagrado y más noble. La voluntad, Luisa mía, tiene fuerza incontrastable; con ella, luz de mi alma, conseguiremos unirnos para no separarnos jamás.

De improviso, supo el triste novicio que su amada estaba bajo una vigilancia tan severa, que hacía imposible continuar la correspondencia.

Supo también que partía una fragata para el viejo mundo y que á su bordo partiría Luisa y el marqués.

Mauricio logró que una postrera carta suya llegase á manos de la inconsolable limeña.

—No podré vivir sin ti—la decía,—cielo de mi vida, te marchas y yo me quedo. El hombre sin corazón que pone un abismo entre los dos, que me niega la palma de tu cariño, no ha contado con la firmeza de éste ni con la muerte que nos unirá para siempre en la eternidad. Cuando el buque que te arranca de mis brazos pase por Chorrillos, levanta tus hermosos ojos hasta el alto

cerro que se mira en el mar; ¡allí estaré yo! ¡desde allí nos daremos el adiós supremo!

El corazón de Luisa se desgarró con la lectura de aquella carta, fiel reflejo de la desesperación de Mauricio. Serena, ocultando sus lágrimas que podían venderla, vió llegar la hora del embarque con indecible inquietud y sólo al ponerse en movimiento la «Covadonga», sintió que las lágrimas subían del corazón á los ojos, inundando sus pálidas mejillas.

El marqués, seguro de su triunfo y de que la ausencia cicatrizaría la herida de su hija, fingió no ver aquel llanto y hasta dejó á la joven sola sobre cubierta, entregada á su punzante dolor.

Al llegar la fragata al Morro Solar, nombre del cerro, se irguió Luisa, clavando sus expresivos ojos en la cima de la montaña. Allí, de pie, estaba Mauricio agitando su manto conventual, del que se había despojado para saludar á la que amaba con todo su corazón.

Lo que pasó después fué instantáneo; Mauricio se arrojó al mar desde la inmensa altura, desgarrando sus carnes y sus hábitos en las afiladas puntas de las rocas.

Al mismo tiempo resonó un grito agudo en la «Covadonga»; un cuerpo cayó al mar.

Era el de Luisa, que buscaba á Mauricio, en lo insondable del abismo.

Desde aquel día el Morro Solar tomó el nombre de El Salto del Fraile.

La noche sucedía á las últimas claridades del crepúsculo y aún soñaba yo fija la mirada en el cerro origen de la tradición.

Una palabra en inglés, hízome salir de mi preocupación para fijarme en dos personas que habíanse apoyado también en el acantilado del malecón y que disfrutaban del ambiente purísimo y de las bellezas de aquella noche serena y hermosa.

La frase *my dear*, pronunciada con toda la pureza británica, me hizo comprender eran viajeros que, sin duda, como yo, visitaban América, á juzgar por algunas palabras más que mutuamente se dirigían.

El tenía el tipo de un verdadero *gentleman* y ella el de una *lady* aristocrática y elegante, con esa elegancia sencilla que ponía de manifiesto, desde luego, la alta clase á que pertenecía.

En mal castellano me preguntaron el nombre de aquel cerro que llamaba su atención, y contestándoles en el idioma de Shakspeare, les hice un sucinto relato de la tradición.

En pocas palabras ellos y yo nos dimos á conocer mutuamente; no me había equivocado: eran dos hijos de la Gran Bretaña, visitando el continente americano.

La fuerza extraña de la simpatía nos unió desde aquel instante, y mancomunando nuestro itinerario, resolvimos visitar juntos la hermosa tierra de los incas y el antiguo Alto Perú, hoy Bolivia.

Trazamos nuestro programa, establecimos nuestros propósitos y consignamos nuestros ideales.

Lord Clanricarde habíase casado muy recientemente, y su joven compañera era una de aquellas mujeres que había brillado ya en los salones de Londres por su hermosura.

Contaba Lucy veintidós años. Rubia, delgada, pálida y con dulcísimos y bellos ojos azules, parecía una de esas alemanas de la Edad Media, y más bien podía creerse había tenido su cuna en las orillas del Rhin, que bajo el cielo nebuloso de Londres.

Tal era el idealismo que traducía su semblante.

Nada más seductor que la diadema de oro que coronaba su frente; nada más suave que la sonrisa que entreabría sus labios de rubí.

Nuestro afecto mutuo fué instantáneo; puedo decir que tomé sobre ellos el ascendiente de una hermana mayor. En un todo se propusieron seguir mis opiniones, y éstas determinaron nuestros viajes por distintas direcciones del país peruano.

Lucy, con su sentimentalismo inglés, era muy dada á pasar horas y horas investigando ruinas, evocando razas y haciendo preguntas para no marrar en ningún detalle histórico, en todo lo cual estábamos de acuerdo.

Una de nuestras impaciencias era conocer el cerro de Pasco, pues que tanto y con tanta frecuencia habíamos oído ponderar las portentosas riquezas que brotaban de las montañas.

Por los años de 1630, un indio que llevaba el nombre de Huari-Capcha, guardián de ganado, hallábase una noche cerca de Yauricocha, y aguzado por el hambre, formó con varias piedras un fogón y encendió fuego, pero de improviso observó que las piedras se fundían y destilaban como un río de plata. Tal fué el descubrimiento de la famosa mina á la que siguieron otras muchas vetas, contándose hoy unas quinientas sesenta á

quinientas setenta, encerradas en una larga serie de montañas que guardan en sus arterias filones inagotables de plata, hierro, cobre, plomo y otros metales.

Fortunas inmensas se han improvisado con el cerro de Chuquitambo, que prodiga el oro y el cobre verde y bien puede afirmarse que la riqueza del cerro de Pasco ha creado capitales valiosísimos.

El Soroche, ó sea la opresión que en las grandes alturas se sufre, nos hizo abandonar los minerales, aun cuando no sin haber visitado extensamente los ingenios, los establecimientos de amalgamación y las haciendas consagradas al laboreo de los metales.

Por curiosidad hicimos un paseo hasta Lauricocha, laguna que es origen de un riachuelo que, engrosado después, se convierte en el rey de los ríos de América, primero con el nombre de Alto Marañón ó Tunguragua y después, caudalosísimo, de profundidad inmensa y de ancho cauce, toma el de río de las Amazonas.

El Ganges, el Eufrates, el Indo y otras grandes arterias fluviales, no son superiores al Amazonas, antes por el contrario, el poderoso caudal que presta tributo al Océano Atlántico es superior á ellos y con razón se le prodiga el nombre de rey de los ríos.

Su profundidad es tal, que M. de la Condamine no pudo encontrar fondo con una sonda de 721 pies.

Hay mucho de pasmoso en la marejada que antes del plenilunio y dos días después sube del

mar hasta el río en forma de montaña y como si provocase el coloso salobre al titán fluvial. La lucha es prodigiosa y sucede algunas veces que el Marañón expande su ancho lecho sobre el mar y camina sin perder el dulzor de su corriente por espacio de sesenta leguas.

Le rinden vasallaje 1.100 ríos, entre ellos los más caudalosos del Ecuador, los más importantes del Perú, del Brasil y de otros territorios y va regando y fertilizando comarcas incomparables, muy particularmente en el departamento de Amazonas, recibiendo, al pasar, los caudales de lagos y canales.

No parece sino que las aguas vayan sembrando todo el poder vegetal que rebosa en plantas y frutas, en corpulentos árboles y en arbustos sin rival para la medicina.

Cruza en gran parte la extensísima provincia litoral de Loreto, fértil y riquísima, después de haber pasado por el peligroso Pongo de Manseriche. Figurémonos que es la frontera, entre los cerros y la llanura, ó sea lo que se llama la Hoya del Amazonas.

Antes de llegar al Pongo, se extiende el río en hermoso cauce de 580 varas y en el sitio indicado sólo alcanza 58 en la parte más angosta. Majestuosamente avanza después, enriqueciéndose con los raudales de numerosos tributarios, hasta unirse con el Ucayali, otro de los caudalosísimos ríos peruanos.

II

Cosas curiosas.—La provincia Litoral del Loreto.—Quelap.—Ollantaitambo (tradición)

La provincia litoral de Loreto es poco visitada por los extranjeros, porque sus vías de comunicación son muy deficientes y es preciso arrostrar grandes dificultades para internarse en aquel vasto territorio.

Para el carácter inglés no existen obstáculos, y provistos de un maletín de viaje, de su cartera de dibujo y de su libro de apuntes, habían emprendido desde el Brasil su excursión á Loreto, lord Clanricarde y Lucy.

Precisamente fueron preciosos para mí los detalles que dieron tema á largas conversaciones. El interés era palpitante, porque tanto por los ríos como por los montes, habían llevado á cabo atrevidísimos viajes, en los cuales, más de una vez, estuvieron expuestos á perecer.

En frágiles canoas bajaron y subieron por el Marañón y el Huallaga, arrastrados por la impe-

tuosa corriente, salvando peñascales enormes que impiden la marcha del río, formando remolinos espantosos. La canoa se veía combatida como bambú livianísimo; el agua inundaba la embarcación; los remeros desplegaban allí toda su habilidad, evitando los choques hasta salvar el sitio peligroso.

Referíame Lucy, que en una ocasión se creyó perdida; la tempestad les sorprendió en el río, amenazadora, temible, con todos los alardes de su poder. La noche cerraba obscurísima, imponente; la lluvia caía torrencial y los relámpagos y los truenos componían un todo aterrador.

Las ondas sumergían la canoa hasta lo más profundo ó la levantaban á inconmensurable altura, haciéndose inevitable se fuese á pique.

Tal situación se prolongó por espacio de dos horas, y cuando amainó el viento, cesó la lluvia y la tormenta se alejó, tuvieron que refugiarse en el pobre rancho de un indio para evitar otro peligro mayor, la crecida del río, que ya á lo lejos retumbaba estrepitosamente arrastrando cuanto encontraba á su paso, invadiendo campos y derribando techados y palizadas.

Entre las investigaciones más curiosas, fué una la de las ruinas de Quelap; admira los diseños de aquella muralla de piedra labrada, que presenta 560 pies de ancho, 3.600 de largo, por 150 de alto. El segundo muro está sobre el primero, tiene 600 pies de largo, 500 de ancho y 150 de alto.

—Puede usted imaginarse lo que será esa prodigiosa construcción—me decía lord Clanricarde.

—Se conservan nichos como de una vara de largos, abiertos sobre los muros y que encierran las momias indígenas envueltas en preciosas mantas de algodón de distintos colores. Aparecen dobladas las piernas, tocando la barba á la rodilla y los brazos cruzados por debajo.

—Hay momias—interrumpió Lucy,—que están desnudas pero en la misma posición.

—Vea usted aquí—me dijo Roberto, mostrándome un dibujo;—tres puertas descubiertas en la muralla y en este plano inclinado, una especie de garita.

—Este mirador está á gran altura y desde allí se goza de hermosa perspectiva. Hay sitios—añadió Lucy,—que nos fué imposible visitar, como por ejemplo un techado alto donde seguramente había habitaciones.

—Todo en ese gigantesco edificio despierta gran admiración é interés, tanto más cuanto que revela haber sido levantado en centurias primitivas, tal vez mucho antes de que Manco-Capac apareciese sobre las aguas del lago Titicaca.

Los indios de la provincia de Loreto son restos de diferentes tribus, con distintos idiomas, siendo el más popularizado el quichua. En los bosques viven en estado de salvajismo y la mayor parte de los indígenas visten un pantalón azul y una camisa muy corta.

Roberto había tomado para su servicio á un indio y una india que después no quisieron abandonarle, sirviéndonos de mucho en nuestros posteriores viajes.

En las orillas del Ucayalí hablan un idioma especialísimo, rico y difícil: el *Pana*, que difiere por completo de todos los demás idiomas índicos.

¡Los escombros tienen atracción!

Nuevos proyectos vinieron á enlazarse con los anteriores y sin descanso los pusimos en práctica.

¡Qué asombrosas fueron á nuestros ojos las ruinas de Conchucos Altos, que aún se conservan cerca de Chauin de Huanta!

Pertenecen sin duda á una fortaleza ó castillo y sólo podía penetrarse en el interior por una incómoda y angosta abertura. En torno nuestro todo era soledad, escombros en gran parte cubiertos ya por la exuberancia de la tierra.

Aquí y allá, piedras, peñascos; por algunos lados aberturas cegadas por la acción del tiempo y que debían servir para dar luz á las habitaciones. Quisimos penetrar en éstas, pero fué imposible; cientos de murciélagos apagaban las luces y con sus aleteos nos azotaban el rostro.

—Aquí hay un camino que conduce al río—nos dijo uno de los guías.

—¿Un subterráneo?—pregunté yo.

—Será lo que dice su merced. Han sacado muchos vasos de piedra, de plata y de cobre.

—También un cadáver—repuso otro de los guías;—un indio como nosotros.

Lord Clanricarde quiso visitar también el cerro de Poroc para tomar un diseño que enriqueciera su álbum de viaje.

Una piedra enorme nos cerraba el paso que antes conducía al interior de un segundo castillo,

donde es fama se encerraban grandes tesoros extraídos en parte por un español que fué á disfrutar su fortuna en Lima.

Para llegar á las ruinas, pasamos por un puente de granito, formado con tres piedras de ocho varas de largo.

Entregados á recuerdos de otros siglos, bajamos hasta el río Conchucos; allí había grandes lajas de granito con jeroglíficos y figuras extrañas.

—Esto nos daría la llave de los castillos—dijo Roberto de Clanricarde.

—Seguramente; señalarán la época y el reinado —repuso Lucy, pensativa.

De improviso les llamé la atención.

—Aquí está la entrada del subterráneo—exclamé acercándome á una abertura que abría en la orilla del río y se prolongaba por debajo de las aguas, como bóveda ó conductor, hasta la ribera opuesta.

¿A qué época pertenecerían aquellas fortalezas?

Esta misma pregunta nos hicimos en la provincia de Arequipa, en el sitio llamado Corralores.

Sobre inmensas moles de granito descuellan hermosos jeroglíficos, campean animales, círculos, figuras de hombre, letras y otras varias demostraciones curiosas, trabajadas á cincel.

No cabe duda que se remontan á tiempos más apartados que los incásicos; á la remotísima edad en la que Tiahuanaco brillaba en todo su esplendor; á otra época muy floreciente, muy anterior á Manco Capac.

Es por demás curioso el estudio de las civilizaciones americanas é interesante hasta para el más profano en historia antigua, por más que resulte dificilísimo precisarlas, pues las conquistas de unos pueblos y de otros destruyeron gráficos vestigios que pudieran ser luminosa antorcha para disipar las nebulosidades y las sombras de tiempos tan lejanos.

¡Oh, sí! ¿Quién pudiera descubrir el secreto de los escombros, de las tumbas y de las generaciones que se han sucedido en América?

Toda la magnificencia y suntuosidad del pueblo inca se reveló á nuestra vista en los restos grandiosos que aún existen en Urubamba. ¡Qué hermoso ajuste en aquellas piedras colosales de la fortaleza que aún altanera se levanta en un encumbrado risco!; todavía nos embelesó una puerta, los restos de baluartes y los escalones que al edificio conducen.

Suspensos y arrobados recorrimos aquellos sitios, haciéndonos cargo de la magnitud que debieron tener los edificios y la extensión de los jardines, por el vasto espacio que abarcábamos.

Un indio, especie de paria, habitaba en aquellas ruinas. Nos extrañó y le interrogamos.

Según él, descendía de Ollanta, el célebre guerrero que, enamorado locamente de una ñusta, se atrevió á sublevarse contra su soberano por haberle éste negado la mano de la princesa Cuciccoyllar.

Los ejércitos del inca marcharon contra el general rebelde; lo persiguieron tenazmente, sin conseguir ni vencerlo ni apresarle. Con varios de sus

fieles, se hizo fuerte en el castillo que aún hoy lleva su nombre, alentado por el amor, porque la princesa habíale seguido en su fuga.

Fruto de tan ardiente pasión fué Ima-Sumac, y al abrigo de aquellos muros inexpugnables creció la niña, ídolo de los dos infortunados amantes.

El inca no pudo soportar ni el abandono de su hija predilecta ni la rebeldía del general Ollanta, y murió agobiado por el pesar.

Tupac Yupanqui, su hijo y heredero, intentó vengar su muerte, castigando á los culpables; sitió la fortaleza y la tomó porque la traición la puso en sus manos.

Airado y sediento de lavar con sangre las ofensas, aprestábase á decretar la inmediata muerte de Ollanta y la reclusión de la princesa, pero ¿cuál no fué su emoción al ver á Ima-Sumac postrada á sus plantas y anegada en llanto? La niña pedía la vida de su padre y el perdón y la libertad para su madre.

El inca vaciló, pero aquella ternura filial tan dulce y expresiva habíale cautivado y no sólo fué clemente para los dos culpables sino que autorizó su matrimonio.

Ollantaitambo, monumento coloso de la antigüedad, encerraba el doble interés de la pasional tradición.

Honda en mano y entre dos peñascos, vimos el retrato de un indio, y aposentamos la mirada en piedras y fragmentos que avasallaron nuestro ánimo con la idea de la grandeza que debieron tener aquellos edificios; son atletas que luchan con el

poder del tiempo y que sin embargo desaparecen lentamente.

Hay monumentos que difieren por completo de la época incásica en el Perú y de la imperialista azteca en México; habiendo estudiado, como suele decirse, al por menor la cultura y poderío de las naciones que en centurias remotísimas habitaron en las comarcas americanas, he visto estereotipado su adelanto en los objetos prehistóricos encontrados en las excavaciones, muy particularmente en la cerámica, que aventajaba con mucho á la de las épocas más recientes.

En la quebrada de Urubamba y en los escombros de Ollantaitambo, se encuentran todavía estatuítas de oro y plata, llamitas y objetos preciosos de barro finísimo, que adquirimos y que hoy figuran en el precioso salón-museo que Roberto y Lucy poseen en Londres, amén de otros que ocupan vitrina especial en los museos de Barcelona y en el de Villanueva y Geltrú. (1)

No pocas veces en aquel memorable viaje compartimos la comida del indio y saboreamos el *chupe* ó guisado de patatas con manteca, queso y carne.

La aristocrática Lucy y Roberto habíanse propuesto conocer en lo íntimo las costumbres populares; no desdeñaban el *chuño* ó patatas heladas, el *puspú*, habas hervidas y las legumbres condimentadas con el picante *agí*.

Lucy y aquel noble inglés, su compañero, ajenos á la tiesura tradicional británica, se amoldaban conmigo á la vida errante y á las privaciones

(1) Obsequiadas por la autora de este libro.

propias de viajes, en los que á veces era preciso carecer hasta de lo más necesario, sobre todo al alejarnos de los grandes centros.

Aquellos indios conservan un traje especial: calzón corto ceñido en la rodilla, chaleco, zamarra, montera de bayeta doblada en dos, es decir, semicircular. El color azul ó negro es el que emplean generalmente para su indumentaria. La india viste una especie de refajo de bayeta azul ó verde y la *lliclla* tradicional, especie de manta como de vara en cuadro, fondo negro con listas y prendida con *topo* de plata ó cobre. Un rosario á modo de collar, con cruces y medallitas, adorna su cuello.

Volvíamos de una excursión cuando nos saludó gravemente una india envuelta en capa de bayeta negra y cubierta la cabeza con sombrero de vicuña de anchas alas; el traje nos indicó su rango; era una descendiente de los antiguos *curacas* ó sea de la nobleza indígena.

III

Cráteres.—La bruja del volcán.—Lagunas.—Arequipa.—Manco-Capac

El desembarco en Mollendo pudo ser funesto; del vapor al muelle luchó nuestra chalupa con las olas embravecidas que se estrellaban levantando montes de espuma contra el peñasco llamado el *Torito*. Dos de los remeros fueron lanzados sobre el líquido y tempestuoso elemento y una ola gigantesca embarcó sobre nosotros amenazando sepultarnos en el abismo.

Con gran esfuerzo arrojaron desde el muelle el sillón amarrado al cable, y de mí sé decir que no pude darme cuenta de la ascensión aérea hasta que me encontré sobre los tablones del embarcadero.

Lucy y Roberto saltaron en tierra del mismo modo, no sin haber sufrido un baño salobre y haber perdido varios efectos de nuestro equipaje.

El bálsamo para nuestra desagradable impresión fué el viaje hasta Arequipa y la llegada á la galana ciudad del Misti, que nos recibió con espléndido agasajo y fraternal hospitalidad.

Verdaderamente que por sí sola la línea ferroviaria hubiera sido bastante para cambiar el curso de las ideas, porque la locomotora gira y serpentea, forma extrañas y caprichosas curvas, trepa por peñones escarpados y se suspende sobre picos y montañas. Miedo y asombro produce lo hondo de las quebradas, á la vez que cautivan la vista los riachuelos como cintas de plata, los valles bordados de flores y los ranchitos de los indios al pie de las colinas risueñas ó de pendientes agrestes.

En la ciudad valerosa admiramos la vida patriarcal, lo risueño de sus cercanías y más de una vez nos recreamos con la lozanía de Tiabaya ó con la belleza de los baños de Tingo.

Aún conservaba la ciudad su aspecto ruinoso y desolado por los estragos del último terremoto. Casas y templos yacían por tierra y la hermosa catedral mostraba sus torres á medio restaurar; el Misti, en su última erupción, había llevado hasta muy lejos sus alardes volcánicos.

El cráter, que se confunde con el cielo y la enorme abertura, había prodigado lava, ceniza y arena, exterminando cuanto á su paso encontró.

Allí se celebró una misa, á 19.300 pies de altura sobre el nivel del mar.

Y, sin embargo, el monstruo estaba dormido hacía muchos años y al despertar del prolongado sueño fué para ser el terror de la población tendida á sus pies.

Es muy hermoso y los viajeros que hasta su cima han subido, afirman tiene dos cráteres y que el diámetro de ambos es de 2.800 pies.

El frío es intenso á una elevación de 15.700 pies, en el sitio llamado Monte Blanco.

La altura exacta, según Bailey, es de 19.200 pies sobre el nivel del mar.

La subida se hace por zig-zag sobre arenas volcánicas, tapizadas de piedrecillas que semejan ópalos ó perlas grises, y puede juzgarse que ha de ser peligrosa y cansadísima.

A 13.000 pies existe un *tambo* cercado con piedras y más allá una chocita resguardada por la montaña. Desde aquel punto la perspectiva es grandiosa.

Hace algunos años habitaba en la cabaña una india conocida con el nombre de «La Bruja del Volcán». Afirmábase que nadie había conocido su juventud y que la edad se perdía en generaciones y generaciones.

Uno de nuestros guías aseguraba que ya había cumplido los 150 años, y lo cierto es que la cara apergaminada, los ojos hundidos, aunque vivos y penetrantes y los hondos surcos que en el semblante había trazado el tiempo, la daban un aspecto de momia ambulante.

Siempre silenciosa, siempre triste, siempre dispuesta á recelar del viajero, tuvo, sin embargo, un momento de expansión con Lucy y conmigo.

—No sigan más adelante—nos dijo.—El subir aunque penoso, no es nada, pero el bajar... ¡ay! ¡cuántos han subido hasta la cima! ¡cuántos han mirado el fondo rojizo del volcán! ¡pero cuántos no volvieron! ¡cuántos han muerto, cuántos si me hubieran creído vivirían todavía.

Y uno como sollozo se escapó de la boca de la

india. Lentamente se alejó de nosotros, murmurando:

—Si me hubiera creído... Entonces yo era joven y fuerte... Desde aquel día he muerto.

Aquellas palabras nos produjeron un efecto extraño; sentimos como un escalofrío; aquella india era un misterio, su vida encerraba un inmenso dolor.

En aquel momento el Misti aparecía en todo su esplendor, abrillantado por los últimos rayos del sol.

Entre los volcanes peruanos más afamados por sus erupciones, citaremos al Huaina-Putina, conocido también con el nombre de Quinastaquillas, que allá por los años de 1600 y precisamente en lunes de Carnaval, hizo sentir su poderío arrojando ceniza y lava, piedra-pómez en abundancia y sembrando luto y desolación, no sólo en la provincia de Moquegua, sino á larguísimas distancias.

Los temblores fueron de tal magnitud, que sólidos edificios se convirtieron en escombros, mientras que el día tornábase en noche obscura y el aluvión arrastraba casas, sementeras, árboles y ganados; los montes vacilaban en su base y el gigante rugía como un tigre, prodigando piedras y cenizas y arrasando campos que han quedado para siempre estériles.

Algo de semejanza tiene la última erupción del Misti, que asoló la ciudad ariquipeña y fué á repercutir en Ymbabura (Ecuador).

Otro cráter que á menudo aterra con las sacudidas que produce, es el de Isluga, en la provin-

cia de Tarapacá; á este volcán se le da una elevación de 17 á 18.000 pies sobre el nivel del mar.

Hermosa es la perspectiva que presenta el nevado de Sarasara y que se levanta imponente y gallardo á 20.400 pies sobre el nivel del mar, en la provincia de Parinacochas.

Allí también se extiende la hermosa laguna del mismo nombre que, por estar muy próxima á la costa, es muy visitada por los viajeros.

El nevado Achataikua es de carácter volcánico y con frecuencia lanza oleadas de humo y tiene apariencias de estar en actividad; está cubierto de nieve y levanta sus penachos cercano al Sarasara.

Más bien por la tradición que por su belleza, hemos de citar dos lagunas: la de Urcos, depositaria, según refiere la leyenda, de la célebre cadena de oro trabajada para conmemorar el nacimiento del inca Huascar, y la de Maina, que riza sus aguas al pie del Rumicollca, donde quedan vestigios del alcázar de Huascar.

También en alas de los siglos se ha transmitido la creencia de que en lo más hondo del cerro existen los tesoros de varios de los incas.

Ni en el lago de Urcos ni en la cima del Rumicollca, se han realizado las esperanzas de aquéllos que daban crédito á la tradicional versión.

Los indios guardan de generación en generación los recuerdos de sus antepasados, agigantando y favoreciendo las ideas referentes á tesoros escondidos.

En la encumbrada planicie de una montaña existe un lago artificial, y la opinión popular, en

la provincia de Canas, le ha dado carácter fantástico; los indios dicen que las aguas están encantadas y que son guardadoras de riquezas inmensas; en todo esto, lo que hay de cierto es que en las cercanías se trabajan minas valiosas y no es fábula que las arterias de la montaña son vetas de oro y plata aún sin explotar.

Y ya que de lagunas tratamos, mencionaremos la de Huacachina (Yo hago llorar). Sus aguas tienen poderosa virtud medicinal y constituyen un gran fondo de riqueza para la provincia de Ica; allí también se encuentra Pozo Hondo, de aguas epáticas nunca transparentes ni clarificadas.

Favorables en mucho para algunas enfermedades son las turbias ondas del lago de Huega y las de la laguna de Orovilca, situadas en una estrecha garganta, formada por curiosísimos médanos ó sean montañuelas de finísima arena movediza.

Se han dado casos con resultado admirable, de lograr completa curación en enfermedades del pulmón y del hígado, en el cáncer y en las parálisis.

Al trazar á grandes rasgos un cuadro general de algunas curiosidades peruanas, nos hemos alejado de Arequipa, punto de partida y digamos cuartel general en nuestro nuevo itinerario.

Lord Clanricarde era propenso á la melancolía, á esa nostalgia del espíritu que los hijos de la Gran Bretaña denominan *spleen*, y Lucy, siempre atenta á combatirlo, empleaba el antídoto de los viajes y el encanto é interés que despierta el estudio de las artes americanas y de las maravi-

llas naturales, frecuentes en la región indiana, según se la llamó un día.

Era un matrimonio que tenía atracción por el cariño incondicional mutuo que, al confundir sus almas, las completaba admirablemente.

Su buen golpe de vista señalaba en los monumentos los lunares, las bellezas ó los defectos; el original contraste de las civilizaciones incompletas, con la grandiosidad de sus edificios y de sus leyes.

La estancia en Arequipa fué deliciosa. La mayoría de las casas tienen el atractivo de la huerta ó el embeleso del jardín ameno y pintoresco; el todo de la ciudad es tan grato como poético.

Hasta los vestigios del terremoto eran detalles que al prestar tonos melancólicos impresionaban hondamente la imaginación.

A más, en Arequipa, teníamos casa y hogar; la amistad nos lo había brindado con las íntimas alegrías de la familia.

Consagramos varios días á visitar la catedral suntuosa, la universidad, los seminarios; á recorrer calles y plazas, hasta que, por último, prosiguiendo nuestra vida errante, aceptamos la cortés oferta de autoridades y amigos, que habían de acompañarnos hasta la Roma indígena, la clásica corte fundada por Manco-Capac, el legislador misterioso, el primero de los incas; el poderoso (Capac), Zapallan-Inca (solo señor), Yutip Churí (Hijo del Sol), Huacha Cuyac (Amante de los pobres), que tales eran los dictados que dió el pueblo á su regenerador.

Es portentosa la influencia ejercida por aquel

sabio monarca; sus vasallos perdieron el carácter salvaje, abandonaron los bosques para crear poblaciones; á las toscas costumbres sucedieron gustos más refinados, y la tradicional desnudez se cubrió con vestidos de algodón, tejidos caprichosamente.

El inca ó hijo del sol, lucía lujosos atavíos recamados de oro, y como era de hermoso rostro y por demás majestuosa presencia, le fué fácil fascinar, adquirir incontrastable prestigio y fundar el sólido y grandioso imperio inca, bajo instituciones paternales, cimentadas en el orden, en la unidad nacional y en el progreso.

El hábil reformador tuvo por auxiliares para su obra grandiosa, el clima sanísimo, la fecundidad de aquella madre tierra, los caudales de anchurosos y profundos ríos y las altísimas sierras andinas, protectoras de las llanuras, que á merced del buen gobierno daban abundante cosecha, alfombrando los prados con frescos y verdes pastos.

Maravilloso por demás nos presenta la tradición á Manco-Capac, y varias son las leyendas populares muy diferentes entre sí. La más creída es aquella que presenta á Manco y á Máma Ocllo saliendo de la isla del Titicaca como esposos y hermanos á la vez y llevando la barrita de oro de media vara de largo, que el sol les había entregado, diciéndoles:

—«Golpead con ella en todos los sitios á donde llegareis y en aquel en que al primer golpe se hundiere, estableceos para dar allí principio á vuestras exhortaciones. Enseñaréis á los hombres el

culto que me deben por los beneficios que diariamente derramo sobre la tierra, y la obediencia que os deben por ser mis hijos y porque vais para hacerlos dichosos.»

La singular pareja llenó la misión que le estaba encomendada, y como en el cerro de Guanacaure desapareció al primer golpe la barra de oro, Manco fundó la primera ciudad, el Cuzco, comenzando allí su obra civilizadora.

Tal es la tradición del origen del famoso imperio, que los sucesores de Manco continuaron embelleciendo, sembrando por todas partes expléndidos monumentos, calzadas, que aún hoy son el asombro del extranjero y que facilitaban las relaciones y el desarrollo del comercio. Acueductos de gran extensión llevaban por todas partes la fertilidad y la abundancia; la Inca-Huasí (Posada real), daba abrigo para los correos; puentes de piedra y de bejuco vencían las dificultades del paso de los ríos, si éstos no eran navegables para las canoas, balsas de madera ó de totora.

Los caminos imperiales, de los que aún hemos visto vestigios entre el Cuzco y el reino de Quito, eran admirables, uno por la sierra y otro por la costa.

Principalmente el primero parece aún hoy de una dificultad inconmensurable. Los nevados, los torrentes, la pendiente escabrosa, el peñón aislado, todo se oponía á que la idea se llevara á terreno práctico y, sin embargo, se abrió en línea recta, ancho y tan plano, que en las pendientes más agrestes, en la orilla de los abismos y en las

planicies resbaladizas y cubiertas de nieve, el viajero caminaba con planta firme y con toda seguridad.

Creo haber consignado en mis apuntes del Ecuador, que esta celebérrima carretera tenía quinientas leguas.

Todavía hay trozos que han resistido á los choques del tiempo y á la ruda acción de los elementos.

Tal era el afán por llegar al Cuzco, que prescindimos de distraer nuestra atención en cosas que pudieran retrasarnos en el trayecto, tomando únicamente el preciso descanso para reparar la fatiga física.

El día estaba por extremo apacible; la atmósfera clara y serena; el ambiente suave y templado; avanzábamos al galope de nuestros caballos, y la mirada investigadora se adelantaba al pensamiento para descubrir la célebre y antiquísima ciudad.

De improviso, á lo lejos, apareció á nuestros ojos; la vimos tendida en las orillas del histórico Huatanay, que los incas canalizaron en larguísima extensión á costa de esfuerzos sobrehumanos y de frecuentes reparaciones.

Impacientes, espoleamos á los corceles; las miradas de todos se cruzaron bajo el móvil de una idea única. Nos acercábamos al Cuzco, á la capital que los conquistadores señalaron como la más hermosa y rica del Nuevo Mundo.

IV

Roma en América. — Ayacucho. — Vincocaya. — El lago Titicaca.—Puno.—Silustani

Para Lucy, para Roberto y para mí, no existía el Cuzco moderno, sino el primitivo, el lejendario, con sus derroches de riqueza, con sus templos y sus palacios, con sus rectas y bien trazadas calles, con sus extensas y bien empedradas plazas. El Cuzco, con su fortaleza de Sacsahuaman, la maravilla de las maravillas, el colosal y formidable castillo que durante cincuenta años había empleado veinte mil trabajadores para su construcción.

Y corrían nuestros caballos aguijoneados por la espuela y cruzaban aquellas praderas risueñas que, como trofeos de su pasada grandeza, enseñaban á flor de tierra piedras y escombros que incansables combaten con las centurias para no desaparecer por completo. Allí la imaginación reconstruía las hermosas quintas y casas de recreo donde los nobles cuzqueños hacían gala de un lujo deslumbrador.

Por el pronto, al entrar en la ciudad, la despojamos del manto cristiano, de la vestidura colo-

nial, de los símbolos sagrados del catolicismo, para que apareciese con su gráfico aspecto indígena.

Hasta escaseábamos las palabras para huir del *hoy* y reconcentrarnos en el *ayer*. Rechazábamos á la ciudad civilizada que tenía el sello de las antiguas poblaciones españolas, y veíamos surgir por nuestra fuerza de voluntad los detalles más clásicos que el estudio había grabado en la memoria.

Como en la Roma de los Césares, evocamos en la Roma Inca cuanto pudiera favorecer nuestro propósito, y al través de las calles y recorriendo los edificios, nos complacíamos en reedificar las colosales dimensiones del templo del sol, Coricancha (Cerco de oro), el más fabulosamente rico del universo.

Veíamos el jardín en que aseguran los historiadores que eran de oro hasta los utensilios para el cultivo, así como los tazones depositarios de ofrendas y los objetos dedicados al culto. Las paredes de las capillas consagradas á la luna y á las estrellas, brillaban con las chapas de oro y plata y las que reverenciaban al rayo y al arco-iris, aparecían deslumbradoras con sus adornos de oro.

Nos figurábamos ver al inca en los días de grandes fiestas, en los tabernáculos, descollando su figura en el conjunto de pedrería y con la aureola de las irradiaciones del metal más rico. Las cenefas de oro cubriendo las pinturas de los techos y de los muros, pareciendo todo esto pequeño y mezquino, comparado con el camarín

donde se glorificaba al astro rey. Láminas de oro finísimo vestían las paredes y el rostro y rayos solares eran de aquel metal abrillantado y pulido con arte exquisito.

Nos trasladamos después á las casas suntuosas de las escogidas á vírgenes del sol (Aclla-Huaci). El regalo y el lujo eran inmensos y nada podía causarles asombro cuando alguna de ellas se despojaba del traje de sacerdotisa para vestir el de esposa del inca.

En nuestra mente dividimos la capital en dos distritos: Hanai-Cuzco (Cuzco alto) y Hurai-Cuzco (Cuzco bajo). El primero, para los más adictos al soberano, y el segundo para los que lo eran de la esposa del monarca.

Cuzco, (ombligo ó centro) sobresalía entre todas las poblaciones del imperio, por su magnificencia, que llegaba á su colmo en los palacios. Telas delicadísimas tejidas con oro alfombraban las habitaciones imperiales; los metales más valiosos y la pedrería tomaban formas caprichosas para los adornos, pues sabido es que por procedimientos ignorados los indios hacían ductiles como la cera, las esmeraldas y demás piedras preciosas, así también como los metales con los que fabricaban objetos primorosos y artísticos.

Nuestro paseo imaginativo se prolongó hasta Sacsahuaman, orgullosa atalaya que en la cima del cerro de su nombre domina la ciudad por la parte Norte. Una muralla de 1.200 pies de larga ceñía el contorno de la escarpadísima subida, y por el otro lado mostraba tres series de fortificaciones en forma de media luna, de 1.200 pies de

longitud y á distancia de diez varas una de otra. Tres puertas daban entrada á la fortaleza y se cerraban con piedras levadizas.

Veíamos en el interior tres torres, redonda la del centro, destinada al inca; en ella sobresalía el lujo de las viviendas reales y un magnífico surtidor de agua conducida por vías secretas, daba frescor y utilidad. En las torres laterales bullía la guarnición, compuesta en su mayor parte de la nobleza y se comunicaba con el inca por caminos que formaban verdadero laberinto.

Lo más asombroso eran las moles de piedra empleadas en la fortaleza, conducidas desde largas distancias á fuerza de brazos y que sin máquinas y sin los elementos que hoy se conocen, subieron hasta lo más alto y se colocaron adaptándose tan exactamente como si hubieran sido cortadas exprofeso. No hay idea de la magnitud de esas moles, fiel reflejo de la perseverancia y de la sumisión de un pueblo. Fijándose tenazmente, no se distinguen en muchas de ellas el engranaje, apareciendo en conjunto como portentoso monolito.

Instantáneamente se desvaneció la ilusión mental y óptica. Descendimos á la vida real bajo las bóvedas de Santo Domingo, edificado sobre los cimientos del templo del sol.

En la iglesia cristiana resonaban las armonías del órgano, y el incienso y mirra esparcían oleadas de humo, saturando la atmósfera, mientras que los fieles rezaban fervorosamente y recogían el espíritu para elevarlo hasta el Supremo Hacedor.

Maquinalmente, reconcentrados en un pensa-

miento y cambiando impresiones del pasado, habíamos recorrido mis amigos y yo las espaciosas ruinas y jardines del palacio de Manco-Capac, los escombros de la regia casa de las Vestales y contemplado lo que aún queda en pie del titánico castillo. Razas y razas; conquistados y conquistadores; generaciones y generaciones, habían desfilado ante nuestros ojos, ya en progresiva civilización, ya en campal batalla fratricida, ya en lucha abierta con los invasores, y, por último, entre los ayes de los vencidos habíamos visto derrumbarse los palacios, caer con estrépito los templos idólatras, desquiciarse las estatuas de los dioses y sobre todo esto elevarse la Cruz grandiosa y fundarse los templos católicos, como aquel en donde nos encontrábamos, el de Santa Catalina, que, cerca de cuatro siglos atrás, era santuario de las hijas del sol. Todo había desaparecido en el torbellino de los siglos y de las ideas.

Preocupado el ánimo por tan múltiples impresiones, nos encaminamos á la catedral soberbia, de orden corintio y uno de los templos más hermosos de América. Allí recordamos que el segundo obispo de la diócesis había sido Fray Vicente Valverde, que legó á la historia tristísimo recuerdo por haber contribuído con un celo, vecino del fanatismo, á la ignominiosa muerte del inca Atahualpa.

De algunos objetos que nos fueron obsequiados en el Cuzco, aún conservo un precioso crucifijo de piedra de Huamanga, mármol singularísimo de una blancura especial, que los ayacuchanos trabajan con arte y facilidad.

La ciudad de Huamanga ó Huamanccaca (Roca de alcones), lleva hoy el nombre de Ayacucho, recuerdo de la célebre batalla que derrocó al poder colonial en el Perú.

En otro reñido combate que tuvo lugar en edades lejanas, en la época de los incas, quedó cubierto el campo de cadáveres, llamándose aquel lugar, desde entonces, Ayacucho (Rincón de los muertos).

En el territorio de Huamanga existen también notables restos de edificios, entre otros el templo de Vilcas, y grandiosas pirámides mutiladas.

Llevando con nosotros el inolvidable recuerdo del Cuzco, salimos para Puno, ansiosos de navegar por el célebre lago Titicaca, cimiento del imperio inca, puesto que, según la leyenda, allí se apareció Manco-Capac.

Retrocedamos, y desde la ciudad sagrada volveremos casi al punto de partida para dar una idea de la línea ferroviaria que de Arequipa se prolonga hasta Puno y que no está exenta de encantos y originalidades.

A poca distancia de la risueña esclava del Misti, rueda el tren por terrenos áridos, por escarpadas pendientes de la serranía, á orillas de abismos, entre riscos y despeñaderos ajenos á toda vegetación.

En las lomas agrestes triscan las negras alpacas, retozan las esbeltas y doradas vicuñas, y ligeros se deslizan los guanacos por las escabrosidades de la montaña, formando contraste su color de café desleído en leche, con el obscuro manto que cubre las laderas. La agilidad de los precio-

sos animales es asombrosa, y aun cuando la alpaca es más corpulenta que uno de nuestros carneros merinos, no queda rezagada de sus compañeros.

Rebaños de *llamas* bajaban y subían con su carga, dóciles á la voz de los indios que las mandaban.

Llegamos al Páramo de Vincocaya, es decir, á una elevación de 4.000 metros sobre el nivel del mar. Lucy sintió inmediatamente el *soroche* y en mí se manifestó con fuerte calentura; el frío nos abrumaba, porque era intenso, y cuando por la mañana salimos para Puno, no sabíamos cómo neutralizar el efecto desagradable de aquel helado cierzo.

Estábamos muy cerca de la ciudad del lago, cuando de repente lord Clanricarde se puso en pie, exclamando:

—¡Hermoso, magnífico, soberbio!

Seguimos la dirección de su mirada, y ambas quedamos deslumbradas. Allá á lo lejos, entre dos altas lomas, veíamos como un cristal límpido, azul, donde el sol reverberaba con irradiaciones diamantinas que abrillantaban la movible superficie. Una montaña nos interceptó la prespectiva para reproducirla más lejos con majestad incopiable; entonces apareció el lago cubierto de juncos y de balsas de forma extraña.

Habíamos llegado á la plataforma de la cordillera andina, cortada en dos ramales, que tienen su origen en Bolivia, á 3.914 metros sobre el nivel del mar. Allí se ve en su lecho al más admirable de los lagos, con una superficie de 1.464

millas cuadradas, 270 en su perímetro y 150 en su largo de Noroeste á Sudeste; la profundidad varía de 24 á 60 metros.

Es el lazo de unión entre el Perú y Bolivia, y ambas están orgullosas con aquella posesión única en el universo, con sus grupos de islitas, sus promontorios, estrechos istmos y penínsulas.

Es un Océano en miniatura, con agua dulce y potable. Tiene peces en abundancia y de él nace el río Desaguadero, que desemboca en la laguna de Aullagas, en Oruro (Bolivia).

La ciudad de Puno se mira en el Titicaca y muestra por diadema la elevada serranía. Es pequeña pero amena por su situación topográfica, con hermosa catedral, universidad, colegio y otros edificios públicos.

El cerro de Huansapata está en sus cercanías y ha dado margen á consejos y á fábulas populares, basadas en las grutas que abundan en él y en donde se encierran curiosas estalactitas.

Una de nuestras excursiones fué para asistir á un almuerzo en la pintoresca hacienda Asiruni, visitando antes las colinas cercanas á la población, que guardan vetas de plata, sólo conocidas por los indios.

En el modo de ser del indígena peruano, en la expresión de su mirada, se revela triste convencimiento de lo imposible, de lo perdido, que eterno se conserva en el fondo de su alma.

Tienen la aptitud del siervo medioeval, que se humillaba, pero protestando de su humillación.

Galopábamos hacia Arisuni y dejábamos en libertad á nuestros caballos, muy prácticos y muy

acostumbrados á los escabrosos caminos de América.

El caballo europeo sería inútil en el Nuevo Mundo, porque necesariamente carece de la costumbre de trepar riscos y viajar por caminos sólo fáciles para ardillas ó vicuñas.

De repente, mi caballo dió un tremendo salto y los de mis compañeros de excursión hicieron lo mismo. Lucy y Roberto eran magníficos jinetes y no les causó el menor sobresalto.

—Las lluvias—dijo un joven, Garcés, nuestro acompañante—han abierto grietas y para las señoras será imposible el paso á caballo, pero lo harán á hombro de indio.

Tuvimos que conformarnos. Uno de los indígenas se arrodilló delante de mí, otro delante de Lucy, y del mismo modo para las demás señoras; subimos á caballo sobre sus hombros, sujetaron con sus manos nuestros pies, y con la ligereza de un guanaco, salvaron zanjas, saltaron los matorrales, subieron sobre peñascos y nos dejaron sanas y salvas en la entrada de Asiruni.

Y aquí cuadra referir un episodio curioso, cual fué el casamiento de una india. Era la muchacha, graciosa, vivaracha é inteligente. Había pasado toda su infancia en la casa de Garcés, y allí, desde niña, conoció á un hijo del capataz de la indiada, que era su desposado.

No puede figurarse el lector nada más tristón que aquel baile de bodas, por más que la música fuera de bandurrias y de quenas, intérpretes elocuentes del sentimiento.

El baile se reducía á múltiples vueltas, incli-

nando la cabeza á compás, con automática precisión y sin figuras ni variaciones.

—Esta danza singular—me dijo Roberto,—debe tener un nombre indígena.

—Sí; he sabido se llama el «cacharparihuai».

Lucy estaba seria y guardaba silencio, no sin fijarse en todo, haciendo estudio de aquellas costumbres.

Sinvieron refrescos: chicha de Jora, chicha morada y compuesta; á continuación nos brindaron maíz cocido con carne; choclo ó mazorca asada al horno; chuño con carne y sabrosos pastelitos de *quinua*, granitos menudos que al natural son amargos.

La novia vestía túnica (anaco) sobre la camisa ceñida al cuerpo, con faja de varios colores, tejida con lana muy fina (chumpi); la *cliclla* ó manto de color café, prendida en el pecho con ese alfiler singular, el topo de plata, que era también finísima.

El novio lucía calzón ó más bien pañetes (huara), camisa sin mangas (uncu) de lana de llama y una especie de sandalia (usuta) del cuello de llama y correas de la misma para anudarla al tobillo.

Al volver á Puno efectuamos un paseo á la hacienda de Humayo, para registrar las ruinas de la necrópolis incásica Silustani.

Los monumentos son de piedra y como panteones de familia, á juzgar por el número de nichos, seis, siete y hasta ocho, destinados á personajes del imperio, pues así nos lo indicaba la forma de los sepulcros; las *huacas* de la plebe que aún se

encuentran, son de tierra y muy bajas, á manera de horno. En Silustani había y aún hay tumbas de vírgenes del sol que, por su blancura, son el símbolo de la pureza.

El lago Humayo rodea la plataforma y un cerco de piedra sillería lo reserva de los estragos que puedan causar las aguas. Un subterráneo daba entrada á los panteones.

Siempre ha sido un misterio el procedimiento que empleaban los peruanos para embalsamar los cadáveres de la alta clase y de los incas, pues se ha visto momias admirablemente conservadas, con el cutis flexible y suave y con los rasgos naturales y sin alteración.

Sobresalían mucho también en los tejidos de lana, sobre todo la de vicuña, hasta el punto de admirarse en la corte de Felipe II; las ñustas (princesas) habían sido las que trabajaron tan delicadas telas, y esto sin más telar que dos palos horizontales y con la particularidad de no tener revés; á las hebras de lana mezclábanse los hilos de oro, plata y hasta filamentos de plumas de vistosos colores. ¡Cuántos girones de telas hemos visto que al cabo de cuatro ó cinco siglos conservaban sus espléndidos matices!

Y ciertamente que poseían, como pocos, el arte de dar á los metales formas bizarras y perfectas, ejecutando trabajos que han sido objeto de asombro para los pueblos que más alto pregonan su civilización y su adelanto, muy particularmente en platería, alfarería y tejidos.

Al día siguiente debíamos surcar el Titicaca,

buscando nuevas impresiones en el suelo boliviano, en la República que el libertador Simón Bolívar había considerado como hija predilecta suya, hasta el punto de que al crearla le diera su nombre excelso.

V

El Lago.—Recuerdos.—La Paz.—El Chuquiapu

Eran las cinco de la madrugada, cuando nos embarcábamos en el vapor que hacía servicio entre Puno y Chililaya, puerto boliviano.

Estábamos en el lago y las ruedas del Puno arrollaban las totoras y las hierbas que sobrenadaban en la superficie; el lago histórico, cuajado de leyendas, de páginas de oro, de fábulas poéticas, de escombros escalonados en las orillas y medio escondidos entre árboles y malezas, pertenecientes á un mundo extinguido, pero del que los derruídos muros acusan con alto relieve su prodigiosa grandeza.

El lago guarda los anales de centurias y centurias, y aún refléjase en sus aguas la sombra de Manco-Capac. ¿No es verdad que todo ese pasado encierra mucho de maravilloso y de fantástico?

Las penínsulas de Copacabana, donde tiene su asiento la venerada iglesia de la Virgen milagrosa de aquel nombre y la de Huarina, forman el es-

trecho de Tiquina, que alcanza 500 metros y 150 de profundidad. Capachica y Chucuito son otras dos penínsulas, y siete isletas componen el archipiélago del Titicaca.

Allí, como en el Cuzco, se perdía la imaginación, retrocedía, poblaba las ruinas y jardines y en vez de la soledad, del vacío y de la melancolía que inspiran los gigantescos vestigios de esos pueblos de la antigüedad, cuyo origen es más y más nebuloso á medida que pasa el tiempo, veíamos vagar las sombras de aquellos primitivos habitantes que protestaban contra la ley del más fuerte ó del más hábil, por haberles arrebatado su independencia, usurpando sus territorios y sus tesoros.

En las orillas del lago se alzaba, hace siglos, un templo del sol, más rico, más opulento tal vez que el de Caricancha; la magnificencia era tal, que el oro y la plata se entronizaban desde los cimientos; los restos aparecen hoy en medio de los derroches de vegetación ó tendidos en la suave pendiente que baja hasta el lago; quedan también vestigios del palacio inca, de la casa de las sacerdotisas y de los jardines; en ellos hay una fuente con un surtidor.

Lord Clanricarde, Lucy y yo, hubiéramos deseado soñar horas y horas en aquel histórico lugar; perdíamos la noción de lo real y vivíamos en otros tiempos legendarios muy apartados del presente.

—Hay pocos ejemplos—nos decía Roberto,—de una veneración más grande y de un homenaje como aquel que los pueblos rendían á los incas;

la historia relata el cómo viajaban por caminos alfombrados con flores y hierbas fragantes. Me figuro el momento en que el monarca se mostraba al pueblo y escucho las aclamaciones y los vítores de los súbditos. Había como fanatismo por la regia persona; cada objeto que tocaba, era sagrado desde aquel instante y hubiera sido como un sacrilegio la menor demostración de indiferencia.

—Y ese alto respeto—repuse yo,—no disminuía ni aun con la muerte; durante años y años se dispensaban al inca los agasajos que en vida se le hacían; su palacio continuaba abierto y se dió el caso de en grandes festividades sacar el cadáver rodeado por la nobleza y en el banquete que presidía el difunto soberano, se observaba la etiqueta más estricta, dando al festín un carácter de tanta grandiosidad, que sobrepujaba á la de los pueblos más espléndidos del Asia.

Así diciendo, continuábamos nuestra navegación. En la isla Coati vimos los vestigios de un templo consagrado á la reina de la noche, y más resistentes á la serie de siglos, se mantienen en pie muros y restos de un templo del sol.

Escombros, tierra y piedras es lo único que subsiste de otro santuario de las sacerdotisas, de las adoratrices del astro incomparable.

Después del Titicaca, tiene Bolivia otro lago por extremo notable: el Pompa Aullaga; situado en la «antiplanicie», á 3.700 metros sobre el nivel del mar, con una superficie de 2.790 kilómetros cuadrados, longitud 99 kilómetros y 50 de ancho.

Lo curioso es que aun cuando recibe el tributo de varios ríos, ni aumenta su caudal ni se le conoce el desagüe. De Norte á Sur, cruza sus aguas el río Desaguadero y subterráneamente sale á 11 kilómetros y se pierde en la ciénaga de Copaisa. Otros varios lagos se encuentran en la región bolivaina, pero como de segundo orden, son de escasa importancia.

Un sol espléndido bañaba los campos y hacía focos de luz en las ondas del Titicaca, cuando desembarcamos en Chililaya.

Como el territorio de la república predilecta de Bolívar, está bajo la zona tórrida, las estaciones se apartan de la marcha general y difieren por completo de las de aquellas nacionalidades situadas fuera de los trópicos.

Así por ejemplo y siendo el mes de Octubre, nos encontrábamos al final de la primavera y al principio del verano, que comprende Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero.

El calor no era todavía sofocante, y al atravesar la región central disfrutamos de una temperatura singularmente agradable.

Los dos ramales de la cordillera andina son imponentes y las cumbres nevadas, de elevación colosal, excitaban nuestro entusiasmo en alto grado. ¡Qué hermosas perspectivas! ¡Qué majestad, qué grandeza la de aquellos picos de forma cónica que enlazan y encadenan la cordillera Real!

Caminábamos por la antiplanicie, á 3.408 metros sobre el nivel del mar; nos encontrábamos en una altísima plataforma de los Andes y aquellas inconmensurables moles, eternamente cubiertas

por blanquísimo é inmaculado ropaje, nos fascinaban, nos atraían y sólo en ellas fijábamos la atención.

Atravesamos campos escasamente poblados, áridas estepas y no nos dimos cuenta de que costeábamos profundísimas quebradas que deben su origen á cataclismos volcánicos.

De improviso vimos destacarse en el fondo un caserío; arboledas, altos edificios, calles que parecían riscos, campanarios, en suma, una ciudad populosa, de aspecto originalísimo y cortada por un río caudaloso. Era La Paz de Ayacucho, capital de Bolivia.

Puedo afirmar que ninguna población americana me había causado mayor sorpresa.

Lucy y Roberto adoraban todo lo extraño, todo lo que no tenía rival, así es que, participando de mi asombro, no ocultaban su íntima satisfacción.

Hace algunos años era preciso descender á caballo la rápida pendiente que conduce á las arrabales de aquel especial centro gubernamental, pero en 1892, suavizada la cuesta, terraplenadas algunas escabrosidades y como quien dice á pulso, se deslizaba el coche hasta la entrada de la ciudad para trepar después por una serie de calles tan empinadas, que semejan despeñaderos.

Más de una vez Lucy y yo nos miramos asombradas de no haber rodado aún y no fué poca nuestra alegría cuando nos detuvimos en una bonita plaza, con jardín en el centro, rodeada de edificios elegantes y bien construídos.

Cuentan las crónicas que por el siglo XIII el inca Maita Capac, cuarto de su dinastía, al llevar

á cabo una expedición dió con una ranchería de indios á orillas del Chuquiapo (Sementera de oro) y que pertenecía á la jurisdicción de los Kollas, pero á pesar de esta tradición la ciudad no cuenta origen sino desde 1548 y debe su fundación al presidente del Perú, Pedro la Gasca.

Las opiniones difieren en si estuvo mal ó bien escogido el sitio para la ciudad, porque el río es impetuoso y tiene crecidas temibles, pero hasta hoy no ha tenido influencia perjudicial.

El Chuquiapu es aurífero y en las frecuentes avenidas arrastra pepitas de oro, de tal magnitud, que el marqués de Castel-Fuerte compró una en doce mil pesos y se la envió al rey de España, como cosa digna de un monarca.

Es verdaderamente lamentable que la catedral no esté concluída; su orden arquitectónico corintio es soberbio y lo que hay construído es de granito labrado.

Hermoso templo es el convento de los Franciscanos; pertenece al orden toscano y hay algo en su conjunto que transporta la imaginación á la edad medioeval. Cuenta La Paz numerosos templos, y el de San José, perteneciente á los jesuítas, es el único que ostenta arquitectura notable, gótica.

Entre las cosas más curiosas, fué recorrer el mercado que se extiende por varias calles de la población. La diversidad de los trajes indígenas, la novedad de los productos, la animación que allí reina, es intraducible y deja un recuerdo originalísimo.

Un día nos deleitamos en delicioso paseo á Po-

topoto, donde la vegetación es hermosísima. También el valle de Obrajes es precioso y sobre todo sitio por extremo pintoresco, donde se deleita el ánimo con los jardines y casas de recreo.

Nuestra estancia en La Paz no podía prolongarse, pues que por entonces el asiento del gobierno era Oruro y pensábamos ir á presenciar la clausura de las cámaras.

Antes de abandonar La Paz, mencionaré el palacio del Gobierno, edificio de elegante arquitectura, de granito, con tres pisos y salones lujosísimos. De piedra berenguela es la escalera principal, el pórtico de mármol negro y blanco y el pavimento de losas de granito.

Mucho de sombrío tienen las páginas históricas de este palacio; extractaremos algunas. En 1661 asesinaron al corregidor Cristóbal Canedo; en 1781 tuvieron lugar terribles ejecuciones; en 1809 hubo Cabildo abierto, en la célebre noche del 16 de Julio.

En 1814 ocurrieron en aquel recinto sucesos por demás lamentables; en 1861 también registra la historia un drama por demás trágico; en 1865 mataron al presidente Belzu, casado con la insigne escritora Juana Manuela Gorriti; en 1872 fué asesinado el presidente Morales, casi en el mismo sitio en que murió Belzu, á quien Morales había hecho la tentativa de asesinar en 1850; en este edificio se hicieron fuertes don Mariano Baptista, Calvo, Salinas y otros paceños, contra los revolucionarios que intentaban prender fuego al palacio en 1875.

¿Para qué continuar? Los recuerdos son tan

lúgubres, que nos parece increíble que aún sirva de residencia á los presidentes.

Llamó nuestra atención en el Museo, el capricho del arquitecto que ha renovado en los frisos el arte preincásico. Allí, en el pie del escudo paceño, se leen estas palabras: «Ayam. Aru», que al parecer pertenecen al aymará (la palabra antigua). Está muy consolidada la idea de que era el idioma sagrado que la familia real incásica hablaba entre sí únicamente, pues que el de sus vasallos fué el quechua. Considérase el «aymará» como la lengua más antigua del Sur América.

Ocho puentes hay tendidos sobre el río Chuquiapu, entre ellos el de Challapampa; se remonta al siglo XVIII. El de San Juan de Dios abarca una perspectiva por extremo pintoresca; el alto nevado Illimani, los cerros y quebradas presentan un conjunto admirable .

La sociedad paceña es amable y hospitalaria; grabó recuerdo imperecedero en nuestro corazón, y así fué que al abandonarla nos dominó un sentimiento de honda tristeza. En Oruro, capital del departamento, encontramos también agasajadora acogida; después de visitar las minas y tomar parte en alegres paseos por los alrededores, salimos para la principal de nuestras excursiones en Bolivia, á las ruinas de Tiahuanaco ó Thia-Wañaake (Hombre de la orilla seca). Es indudable que la fundación de lo que hoy aún en ruinas sorprende al viajero, pertenece al pueblo Maya; los gigantescos monolitos, las portadas, las piedras colosales, acusan una civilización más grandiosa que la de los incas.

Las dos diferentes razas que duermen en graníticas tumbas, fueron una esclava y la otra señora, y á no dudar, el paria habitante de los bosques fué dominado por seres más perfectos.

Según el sabio Carlos Manó, los maravillosos monolitos granitoides, como los de Chirihuana, en Bolivia, los cubos de piedra y la T misteriosa esculpida en aquéllos, reproducen la base de las pirámides proaztecas de México y de la América Central. De esas dos razas citadas por Manó, una era la mongólica y la otra inferior por la convexidad de la frente y el salvaje desarrollo de las mandíbulas.

La antigüedad es sorprendente, pues según algunos historiadores y notables arqueólogos, se pierde en la inmensidad de las edades, aun cuando se calcula debió fundarse hace 2.500 años.

En el distrito de Sicasica existen también restos antiquísimos, á 4.300 metros sobre el nivel del mar y que revelan mayor perfección que los de Tiahuanaco. Allí no se ha encontrado nada de la adoración al sol, ni tampoco oro, ni metales, sino figuras de danta, cóndor y otros animales.

En las ruinas anteriores á los incas, en las tumbas, siempre se observan las dos razas y esto se repite en Telicubela (Ecuador), en el alto Paraguay y en las fronteras chiquitanas, entre Perú y Bolivia.

VI

Vestigios.—En Bolivia.—Tiahuanaco.—Lo fabuloso y lo histórico.—El cerro de Potosi.—Huanchaca. Adiós para siempre.

Nuestra salida para Tiahuanaco se retrasó unos días. El gobierno boliviano quiso allanar dificultades y darnos mayor comodidad para el viaje. Una brigada salió para recorrer el trayecto y facilitarlo para carruaje, por más que estuviéramos dispuestos á efectuarlo á caballo, si la imposibilidad era completa.

Felizmente emprendimos camino en un coche y con valiente y fogoso tronco de caballos blancos.

Cuanto pueda forjarse la imaginación de grandioso y bello, no alcanzaría, no, á la realidad. Tenían tan elevada grandeza los espectáculos que á la vista se presentaban, que jamás la palabra éxtasis ha sido más adecuada para expresar lo que sentíamos. Todo era variedad, todo era nuevo y titánico. La región de montañas y cordilleras asumía un carácter prodigioso, gigantesco, apo-

calíptico. El conjunto se armonizaba y á la vez cada paisaje era único.

Hasta la naturaleza, sobria de vegetación, tenía particular novedad. Las nieves perpetuas se extendían sobre un pedestal granítico, levantando sus crestas hasta tocar el firmamento, adquiriendo incomparable majestad, cuando habíamos escalado los estribos de la montaña. Las ajorcas ceñían las estepas; el cinturón las ígneas faldas, y la diadema se formaba con brillante plata, cortada por arreboles indescribibles.

El misterio de aquellas cúspides nevadas se prolongaba por leguas y leguas, sorprendiéndonos y cautivándonos con la diversidad de formas que presentaban los titanes de la cordillera Real, llamada Sierras Altísimas.

El Illimani (Cóndor de nieve) se erguía majestuoso, á 7.509 metros, bajo un hermoso pabellón de nubes azuladas que lo envolvían como entre finísimos tules.

Llegamos á un pueblecito de indios y allí permanecimos dos horas para almorzar. Desde una plazoleta donde las indias sentadas en el suelo vendían randas, fajas y diferentes objetos de alpaca y vicuña, se descubría el ancho Illampu (Copo de nieve), conocido también por el Sorata, descollando á una altura de 7.696 metros. Poco después y al subir una accidentada loma, nos fijamos que entre peñasco y peñasco sobresalía el Mururata ó Cerro Cercenado, que bien le cuadra el nombre por su forma singular.

Los caballos de buena raza no se rendían en la penosa cuesta del Tambillo, pero al llegar á

la cima hicimos alto para su descanso y para satisfacer nuestra ambición de recrearnos.

En la serie de montañas de refulgente blancura, ostentábase el Huaina Potosi (Hombre canoso), tendiendo al viento y á los besos del sol las guedejas de su cabellera de plata; este nevado cuenta 6.184 metros sobre el nivel del mar.

El Choralque, el Parinacocha, el Catantika, el Chacha-Cemani, el Calalo y otra innumerable serie de preciosos nevados, se alzan de distancia en distancia, eternos compañeros del viajero, que al distraerle no le dan espacio á que piense en lo escarpado del camino peligroso y largo.

De la montaña se precipitan las aguas de algunos ríos para regar los campos y llevar al lago Titicaca la ofrenda fluvial.

Moría el sol; palidecían lentamente sus fulgores, cuando nos encontramos en las orillas de un río; era el Tiahuanaco que, al formarse de dos riachuelos, baja de la cordillera de Quimsa-Chata y rindiendo al pasar su homenaje á los antiguos edificios y á las ruinas prehistóricas, va á perderse en el lago.

Por ambos lados orillaban el camino piedras de gran tamaño, columnas truncadas, grecas y pedruzcos á flor de tierra y en vasta extensión se veían los vestigios de la ciudad antiquísima.

La soledad era completa; ningún rumor se alzaba sino el que producían nuestros caballos; el sol doraba todavía las ásperas colinas y las almenadas alturas con un majestuoso y espléndido cendal.

El cansancio empezaba á dominarnos; la brisa demasiado fresca nos hacía desear la llegada.

Por una pendiente suave y al torcer del camino, desembocamos en el pueblo triste, solitario y envuelto en densa obscuridad. Nuestros acompañantes, un ingeniero y un oficial, nos guiaban en lo desconocido. A poco trecho, llegamos á la iglesia y á la casa curato; allí nos habían de antemano preparado hospedaje.

Era el cura de Tiahuanaco, hombre de algunas luces y conocedor de la historia patria. Con sorpresa nos miró á Lucy y á mí; eran, según él, las primeras señoras que visitaban las ruinas.

¿Que cómo nos habíamos atrevido, cuando una comisión científica holandesa había renunciado poco tiempo atrás á la investigación histórica, por no arriesgarse en aquellos caminos?

Nuestra contestación no le satisfizo sino á medias, pero aparentó conformarse.

La velada fué corta; todos estábamos rendidos de fatiga.

Con nuestras grandes pieles de vicuña y guanaco y un colchón cada una, tuvimos cama, sino muy blanda, caliente.

Roberto y los paceños, nuestros amigos, pasaron la noche en la habitación contigua, envueltos en sus mantas de viaje.

Las primeras luces de la aurora nos encontraron vestidas y dispuestas para dar nuestro paseo por las ruinas.

Es indudable que la fundación de Tiahuanaco fué muy anterior á los incas, y esto haciendo caso omiso de la leyenda de Garcilaso, en la que ase-

gura que debió tal nombre al inca Maita-Cápac, quien al recibir una noticia que con extremada rapidez en la marcha le llevaba un *apiri* (correo de á pie), le dijo: «Thiay-Huanaco» (siéntate, guanaco), aludiendo á la velocidad de aquel animalejo.

Pero tomando en cuenta que era el aymará el idioma único usado en la región del Titicaca y en la antiplanicie andina, más bien debemos buscar el significado del nombre en aquel idioma. Thia (Orilla), Huañacú (Seco), es decir, orilla ó extremo seco; tal vez degeneró después en la conquista, diciendo únicamente Tiahuanaco.

Es lamentable por extremo que para la construcción de pueblos y caseríos se hayan llevado gran parte de las piedras que pertenecían á los históricos restos.

En el gran cerro de Quinsa-Chata, existen las canteras que dieron el material para edificar la gran ciudad.

La parte que se encuentra al poniente se conoce con el nombre de Puma-Puncu (Puerta de agua) y Puma-Chaca se llama el sitio donde se levantaba el templo; traducido el apelativo, nos da este significado: «Arco no concluído», lo cual corrobora la creencia de que Tiahuanaco fué destruído en los azares de una guerra.

La colina situada al costado de las ruinas, nómbrase Huancollo, es decir, «seno de palanquear», modo que empleaban los indios para levantar enormes piedras.

Sucesivas investigaciones han dado á Tiahuanaco origen maya, y en ese caso, el nombre sig-

nificaría «país sobre el agua del Dios Omnipotente»; entonces Copa-Cabana (Tierra pequeña en medio del agua), Coatí (País pequeño sobre el agua), derivarían también del maya, y esa raza habría sido la fundadora de Tiahuanaco, nacionalidad potente, dominada más tarde por los quiches que, á su vez, fueron sometidos por los incas.

Algunos monolitos se ocultan bajo las capas terrestres que han formado los siglos; no pasarán largos años sin que el hermoso acueducto que cruza por toda la extensión de los campos sembrados de escombros, á una profundidad de dos metros, desaparezca para siempre.

¡Cuál fué nuestro entusiasmo al vagar por aquellos sitios que ostentan el sello de fabulosa antigüedad! Nos maravillaban las portadas admirables que parecían pertenecer á edificios egipcios; tal es la semejanza que con aquéllos existe.

Los detalles de cada piedra pasman; la Fortaleza, muestra aún restos de enormes pedrones truncados; los asientos del salón de Justicia son de granito tallado y acusan la grandeza del edificio; cuatro bancos con tres asientos cada uno y de una sola pieza, habían servido tal vez como asiento para el tribunal; piedras como baldosas, para el pavimento, nos mostraban todavía las señales de las lañas de metal que las habían unido.

Una portada monolítica, con guirnaldas de jeroglíficos y adornos simbólicos, por extremo complicados, y una figura con adornos y cabezas de cóndores que descendían de cada hombro y que empuñaba con ambas manos un cetro, llamó pode-

rosamente nuestra atención; era un todo ciclópeo.

Hermoso trabajo nos pareció el de numerosas piedras esparcidas en todo aquel terreno; formaban triángulos encajados dentro de otros y algunos en figura de cruz.

Nos dice Castelnau era el símbolo de la vida entre los egipcios, de tal modo, que las divinidades lo mostraban en la mano. Las cruces de Tiahuanaco son perfectas, y Roberto, muy versado en arqueología, estudió largamente los detalles, adelantándose después y deteniéndose ante una estatua por demás notable; podía tener tres metros de alto y estaba modelada en piedra arenisca roja. El traje era talar, ceñido á la cintura; la cabeza estaba cubierta por una especie de bonete y tenía en cada mano un objeto que no pudimos precisar.

La estatua estaba sobre un pedestal y su tipo era muy semejante al del ídolo que habíamos visto en el hermoso pórtico antes mencionado y el que, según opiniones, pertenece á la civilización aymará, así como otros restos parece tienen origen en la peruana y azteca.

—Esta estatua—dijo lord Clanricarde,—se aparta por completo de la versión tradicional; según ella, los fundadores de Tiahuanaco vestían túnicas largas y eran barbudos; esta túnica de la estatua es más corta y hay ausencia total de barba; ¿á qué época pertenecerá?

Pasamos todo el día en hacer investigaciones, en estudios de piedras y de monolitos y aun en el siguiente recorrimos las cercanías recogiendo detalles y apuntes.

Las célebres ruinas se defienden del olvido por su propio prestigio y aun cuando desaparezcan quedan ya en la historia, como sucede con muchas de Siria y de Egipto, pues hoy más que escombros se buscan los recuerdos en aquellas regiones, y exactamente sucederá lo mismo en América.

Es indudable que ante los obeliscos, las columnas truncadas, los pórticos y los castillos, se siente una emoción inexplicable, porque todo lo misterioso y grande ejerce un poder absoluto sobre la imaginación y queda grabado con caracteres indelebles.

El lujo colosal de los edificios antiguos, es el reflejo de la grandeza de aquellas edades que se califican como bárbaras.

Hay mucho de fantástico en todas las ruinas americanas; su esplendor legendario y el fausto de los imperios inca y azteca, son para el viajero fuente inagotable y maravillosa.

Las lluvias pusieron un paréntesis en nuestro programa; no era posible visitar la hermosa región de Cochabamba, fertilísima, abundante, con campiña pintoresca, ríos caudalosos y el atractivo del gallardo nevado el Tunari.

Tampoco podíamos ir á Potosi, á pesar del vehemente afán por conocer el famoso cerro de fama universal y que se levanta á 4.830 metros sobre el nivel del mar. Allí está el célebre Real Socavón, el riquísimo mineral de plata, descubierto en 1544 por el indio Diego Guallpa.

En cambio y por la línea férrea de Oruro hasta Antofagasta, nos trasladamos al mineral de

Bolivia.—Banco Nacional Sucre.—(Pág. 65)

Huanchaca y esto aprovechando el ramal que conduce á la veta incomparable.

A una altura de 14.000 pies se encuentra Pulacayo; el túnel que hasta él conduce tiene de longitud 3.380 metros; el trayecto se efectúa en veinticinco minutos.

Huanchaca y Pulacayo tienen de 8 á 10.000 habitantes, 600 empleados en las minas y los demás sostenidos por la gran empresa. En el interior del socavón trabajan cuatro máquinas de vapor para extraer los metales; hay una máquina de luz eléctrica de 1.000 luces, en un radio de 1.000 metros.

El beneficio es de 25 á 30.000 marcos mensuales, no omitiendo que existe sólo una veta.

Trescientas mujeres están empleadas en la *palla* ó sea el escogido del metal, en la *cancha* ó gran patio.

La mina de Huanchaca tiene dividendos fabulosos.

A nuestra llegada á Antofagasta encontramos correspondencia de Europa. Al poner en manos de Lucy las cartas de Inglaterra, tuvo como un presentimiento; poco después vi palidecer el clásico rostro de mi noble amiga, á la vez que gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos y surcaban sus satinadas mejillas.

El padre de Lucy estaba enfermo de gravedad, y la llamaba para abrazarla antes de morir. Lord Clanricarde recibió á su vez una carta del médico de la familia anunciándole que la vida del an-

ciano se extinguía lentamente y daba tiempo para su llegada.

Ambos estaban muy conmovidos; ambos temían que la distancia les fuera desfavorable, y resolvieron embarcarse en Valparaíso para Europa.

No fué menor mi pesar; habíame acostumbrado á vivir en familia y había contraído hábitos de cariño y de fraternal confianza; me costaba mucho renunciar á todas las satisfacciones que en aquel largo viaje disfrutara. Por otra parte, el dolor de mis amigos me abrumaba y no era menos grande mi impaciencia por que llegaran á la casa solariega y encontraran aún con vida al amantísimo padre de Lucy.

Desde Antofagasta á Valparaíso, todas nuestras conversaciones versaron sobre el mismo tema, y precisamente al llegar al gran puerto chileno vimos fondeado el hermoso vapor «Liguria».

En él tomaron pasaje mis dos amigos, y tres días más tarde salían para playas europeas. Nuestra despedida fué triste y conmovedora, y nos separamos derramando lágrimas.

VII

Horizontes pintorescos.—A través Chile.—Montes de plata.—El cerro de los Candeleros (tradición).

Cambié mi itinerario por completo y resolví recorrer el vistoso territorio chileno. Aun cuando fértil y risueño, no encierra, sin embargo, ni monumentos prehistóricos arqueológicos ni maravillas geológicas que merezcan mención singular.

Todas las poblaciones chilenas ó pertenecen á la época de la conquista ó son posteriores, y únicamente las altas sierras ofrecen la variada perspectiva de sus cimas nevadas y de los enriscados caminos que á ellas conducen.

Los soberbios colosos, los altivos atletas, se levantan entre breñas acusando lo eterno, lo infinito, lo perdurable, pues el paso de los siglos es impotente contra los peñones de granito.

En las altaneras cumbres se destacan bellísimas moles, tales como el nevado de Aconcagua, á una altura de 6.935 metros sobre el nivel del mar. El bellísimo grupo de los volcanes de Maypú, á 5.247 metros, que son base de los cordones

occidentales de la cordillera andina; en ella también se yergue el Descabezado Grande, presentando sus extensos cráteres, y allá, hacia el Sur, álzase el Cerro Azul.

Imponente, magnífico, majestuoso, citaremos en las ramificaciones de los Andes el volcán de Petorca, á 3.615 metros, engalanado con vistosos penachos de humo blanquísimo y transparente. Visitando el interior de Chile, se encuentran los saludables baños termales de Chillán, coronados por el volcán Viejo y el Nevado. Otro hermoso peñón es el de Campanario, á 3.996 metros; la vista se recrea en sus almenadas crestas que semejan torreones feudales de arruinadas fortalezas.

Otro histórico cerro es el Huelen que domina la ciudad de Santiago, tendida á orillas del río Mapocho; el peñón agreste é inculto está convertido hoy en pintoresco paseo y ha cambiado su nombre por el de Santa Lucía; desde su altura se abarcan las campiñas frescas, cubiertas de árboles frutales y de flores; la perspectiva es paradisiaca y sobre plantas balsámicas brilla el sol, dorando las iglesias, los palacios, las alamedas y todo el conjunto de la riente capital chilena.

Visitando el interior, puede el viajero estudiar costumbres curiosas y recrearse con los pintorescos trajes de los campesinos, por ejemplo, el del vaquero, que es un tipo especial, con su calzón corto de lana, cubierto por otro de cuero, muy ceñido, con su faja de algodón, sus zapatos con espuela y el sombrerote de fieltro con anchísimas alas.

La visita á las fronteras de Araucania, es un

libro abierto para la historia de la conquista, que registra en sus anales el valor indomable de los arancanos, nunca vencidos.

Entre los paseos que dejan gratísimo recuerdo, son los consagrados á las minas. Tamaya, La Higuera y Chañarcillo, se cuentan como las principales por su riqueza y también por la novedad de aquellos cerros que, á considerable altura, ostentan las casas suspendidas en las crestas de las peñas, á semejanza de nidos de águila ó de atalaya morisca.

Desde aquella elevación, es de ver en la noche el espectáculo fantástico de la fundición de metales. Recuerda algo de los episodios del Dante, y al abrirse los conductos para el desagüe del mineral, sorprende y ofusca aquel río de fuego que en la obscuridad de la noche da tonos originales á las hercúleas formas de los mineros y resplandores extraños que prestan á sus ojos satánico brillo.

El famoso mineral de Chañarcillo tiene su leyenda.

En pobre rancho, decrépita y achacosa, vivía una india que, al hablar de su pobreza, sonreía con singular expresión, sobre todo en sus conversaciones con don Miguel Gallo, dueño de una mina cercana que por entonces dábale serias preocupaciones.

—Flora Normilla—solía decirle,—no se apesadumbre ni trabaje tanto, porque yo puedo darle grandes riquezas.

Murió la india, no sin confiar el secreto á su hijo Juan, tomándole juramento de que había de

confiarlo á Gallo, como en recompensa del afecto y bondades que con ella había tenido.

Corrió el tiempo, y Juan, por indiferencia ó descuido, guardaba la revelación allá en el fondo del pecho, pero como es cierto que pequeñas causas producen grandes efectos, ocurrió un día que Juan y otros leñadores amigos suyos persiguieron á unos guanacos á través de la escabrosidad del monte.

El hijo de Flora rindióse al cansancio antes que sus compañeros, y para esperar su vuelta tendióse al pie de una encina, resolviendo pasar allí la noche. ¿Soñó ó pensó en aquel juramento prestado á su madre moribunda? ¡Quién sabe! Lo cierto es que muy de madrugada internóse Juan por el monte, y próximo á un grupo de árboles examinó, buscó y recogió algunos pedruscos medio escondidos entre la tierra. Después, sin vacilar, salió de la espesura y encaminándose á la casa del minero Gallo, le entregó las piedras y le describió el derrotero.

Desde ese día se hizo famoso el cerro de Chazarcillo, y la «Descubridora» fué el manantial, el venero inagotable para la fortuna de don Miguel Gallo y de don Juan Godoy.

Tratándose de las minas, podríamos citar multitud de curiosas leyendas, pero nos limitaremos á reproducir la más dramática y bella.

Gobernaba los destinos de los hijos del sol, el décimo inca Yupanquí, guerrero emprendedor, activo, que no perdonaba medio de acrecentar el poderío del vasto imperio fundado por Manco-Cápac; la administración del país encontrábase

perfectamente organizada, la agricultura estaba floreciente y cada día era mayor el desarrollo que adquiría la instrucción de aquellos indios que, algunos siglos más tarde, é injustamente, habían de llevar el calificativo de «salvajes», con el cual les obsequiaban los europeos, al tratarlos, como todo conquistador á país conquistado.

La civilización peruana, la civilización que hasta hoy ha dejado tan curiosos y notables restos, admiración del sabio y del viajero pensador, adelantaba rápidamente bajo el mando del inca Yupanqui, quien en sus largas meditaciones ó ensueños, cuando en su palacio del Cuzco, anhelaba adivinar el porvenir, veía más extensos, más ricos, más adelantados los inmensos dominios que heredara de su antecesor Pachacutec.

El territorio de Chilli, que hasta entonces no había despertado las ambiciones de los incas, despertó la de Yupanqui, quien de acuerdo con sus generales y confiado en lo numeroso de sus ejércitos, se puso en marcha para añadir aquel florón á la corona que, desde Manco-Cápac, había de día en día adquirido mayor esplendor, no vacilando ante los peligros que, según los exploradores, tenía que encontrar en el camino de la fragosa sierra.

Yupanqui, arrojado y deseoso de gloria, decidió llevar á su ejército por el desierto de Atacama, á pesar de las mil dificultades que sabía encontrarían.

Vencidas éstas, penetró en el deseado territorio, y no sin trabajo y en fuerza de tiempo, logró dominar la provincia de Copayapu, hoy Copiapó,

los valles del risueño Coquimbo, el Mapuchu, hasta el Mauli, pero allí la resistencia de los indomables arancanos hizo inútiles los esfuerzos de los soldados del inca, quienes fueron derrotados en una batalla que duró tres días, teniendo que retirarse ante aquellos esforzados indios que más tarde tanto habían de dar que hacer á los españoles.

Yupanqui sintió decaer su entusiasmo, y dejando sometidos algunos pueblos, regresó á su imperio, disponiéndose á más útiles campañas contra los indios Huacrachucos y los Chachapoyas.

La risueña provincia de Copayapu quedó, pues, en poder de los hijos del sol, y el camino trazado por éstos á través de las peligrosas soledades, barrera entre el Perú y Chile, conserva aún hoy su pintoresco nombre «Camino del inca», como un atleta del pasado, como una página elocuente de su historia y cual si de generación en generación quisiera protestar contra aquellos heroicos, sí, pero atrevidos europeos, que los llamaron incivilizados y les arrancaron su dulce paz y la paternal dominación de los incas.

Y pasaron dos siglos y medio, durante los cuales aquellas risueñas comarcas cambiaron de faz; los indios, recelosos y desconfiando de sus conquistadores, habían abandonado sus campos y aldeas y se encerraban en un mutismo completo, enérgica protesta por su perdida libertad.

Su venganza consistía en ocultar los veneros de riquezas que en las quebradas y en los cerros

Chile.—Río Valdivia.—(Pág. 71)

Chile.—Casucha de piedra en el camino de la cordillera.— Pág. 71)

prodigó el cielo con usura y que los indios, por tradición, transmiten de padres á hijos.

Entre esas familias, mal resignadas con su suerte, encontrábase una que habitaba en el sitio llamado «Pueblo de indios»; eran cuatro hermanos, y su pobreza corría pareja con su altivez sombría.

Una noche, Campillai, el mayor de los hermanos, tuvo un sueño; caminaba por un angosto sendero, precipitadamente, cuando un fantasma, envuelto en un manto y cubierto de pies á cabeza, se interpuso en la senda que seguía.

El indio es altamente supersticioso y presta entera fe á los presagios; al siguiente día, les dijo á sus hermanos que su fin se acercaba.

—El sueño no puede mentir; la tierra me llamará.

Por la tarde, el indio estaba aún más preocupado.

—El Pacharurac—dijo—me envía buenos y malos presentes; si de noche soñé, de día he sentido temblar mi párpado derecho.

Entre los indios se cree esto un buen augurio.

Tres días después, una pobre india, muy vieja y tenida por hechicera en la comarca, se presentó en la humilde choza de Campillai. Tenía los ojos hundidos, blanco y escaso el cabello, el rostro surcado de arrugas; andaba encorvada por los años y sólo el brillo de su mirada acusaba en ella vida y voluntad.

—Me muero—dijo,—no tengo hijos ni parientes; guardo un secreto hace muchos años y no quiero llevarlo á la tierra; es la riqueza; es el

oro, el oro que buscan los blancos; pero no, para ellos, no; para el indio; pero la desgracia caerá sobre vosotros si algún día ese secreto fuese revelado; la muerte castigaría al traidor que se lo revelase á un blanco.

—¿La muerte?—repitió Campillai, recordando su sueño.

—Sí; ¿juráis?

—Juramos—dijeron los cuatro hermanos.

La hechicera fué llamando á uno por uno, y en voz baja apenas perceptible, les confió aquel secreto, enterrado en su pecho desde su juventud y que su padre la había transmitido.

Una vez cumplido su deseo, permaneció meditabunda, y de pronto gritó:

—No, no; ya lo dije, ya lo dije; perdón, perdón; guardarán el secreto, lo han jurado.

Y la anciana, como movida por un resorte, se levantó y salió corriendo, seguida por Campillai.

A corta distancia cayó desplomada; cuando el indio se acercó, estaba muerta...

. . . . . .

¡Qué hermosa era Llira, la india, con sus grandes y aterciopelados ojos; su cutis moreno, suave y brillante como el raso; sus largos y espesos cabellos negros como el ala de cuervo, su esbelta y delgada cintura, la morvidez de sus formas y lo correcto de sus facciones! Era pobre, muy pobre, pero el amor de Campillai la atentaba y, aunque no correspondida, esperaba que algún día su amado secase sus lágrimas y la tomara por esposa.

Sola pasaba su vida en su estrecha vivienda, cuidando de su anciana madre, ínterin suspiraba por ella Guayanay, el más joven de los hermanos de Campillai.

—Aquí estoy—la decía,—buscando tus ojos, que no miran á los míos; aquí estaré hasta que con tu cariño me des la vida; amas á mi hermano y él no te ama; tiene preso su corazón en los cabellos de una «blanca» y desprecia los tuyos; todas mis riquezas son para ti; la plata y el oro, si eres mi esposa; ámame por compasión.

Pocos días después de la muerte de la hechicera, empezaron los cuatro hermanos á gastar en costosos caballos, en trajes y joyas, con no poca admiración de sus vecinos, despertando la curiosidad de propios y extraños.

Ricos y misteriosos, continuaron algún tiempo en aquella vida de disipación que hasta entonces no habían conocido y que tanto daba lugar á las hablillas y comentarios.

En una de aquellas excursiones que Campillai hizo á Copiapó y en ocasión de solemnizarse la llegada de un alto personaje, vió el joven indio á una niña hija de un español, hermosa como los ángeles, blanca como el jazmín y con los colores de las rosas en sus mejillas; sus ojos eran azules como el cielo, castaños los cabellos, y con un talle flexible cual el junco y esbelto como una palmera.

Ante la belleza de la joven, perdió Campillai el sueño, la tranquilidad y la alegría.

La amó con ese amor impetuoso, ardiente y exclusivo, natural en un alma de fuego; la amó como no se ama sino una vez en la vida; la amó, la adoró como á su ídolo, la levantó un altar en su corazón, la idealizó, la divinizó; el amor le hizo transformarse; le dió, á su vez, ingenio, ambición, anhelo de ser algo en el mundo y de hacerse digno de aquella criatura; su vida le pareció un desierto sin ella; vivía con su recuerdo y soñaba con Dolores; su imagen le sonreía y le acariciaba y le prometía un porvenir de felicidad; la llamaba su esposa, la guardaba como un tesoro, la ocultaba á las miradas de todos y sólo él en sus ojos y ella en los suyos, encontraban la ventura.

¡Pobre Llira! ¡Cuán lejos estabas del pensamiento de Campillai! Tus encantos no impresionaban su ánimo y mientras tú suspirabas y morías de amor, él se extasiaba admirando á otra mujer.

Guayanay lo sabía; Guayanay espiaba á su hermano, porque los celos le volvían loco; amaba á Llira, y la india le había dicho que, amada ó desdeñada, no amaría sino á Campillai.

Y llegó un día en que Campillai, loco de amor, pidió la mano de Dolores y esperó la resolución de su padre como el condenado aguarda su sentencia de muerte ó la absolución de su delito.

—Yo soy inmensamente rico—le dijo;—no habrá otra dama en Copiapó que tenga mejores joyas ni más ostentosas galas que Dolores; yo seré esclavo de sus ojos y de su voluntad; ella será la dueña de mi sér, ¡oh! porque la amo, la ado-

ro, señor, y mi corazón de fuego no sabe querer á medias.

—Lo pensaré, consultaré á mi hija y dentro de tres días tendrás la respuesta.

Campillai regresó á «Pueblo de Indios» y durante aquellas horas vagó por los campos, se fijó en todos los augurios favorables ó adversos; volvió á soñar y tembló; el porvenir se presentaba sombrío; después la imagen de Dolores, casta, risueña, enamorada, le hacía olvidar los presagios y no veía sino su cercana felicidad.

Guayanay observaba á su hermano, y contrariado por el pesar que revelaba el semblante de Llira al convencerse del desamor de Campillai, sintió despertarse en su alma los celos, la ira, casi el odio.

La preocupación y el estado del indio no podía escapar á los ojos de sus hermanos; enemigos de la raza conquistadora, miraban como un verdadero ultraje, como una bajeza, el amor de Campillai por una blanca.

Todo tiene su término; aquellos largos días pasaron y, palpitante de emoción, se dirigió el indio á casa de Dolores.

La joven le recibió, y al leer en sus ojos el amor y un mundo de ventura, cayó á sus pies exclamando:

—¿Será verdad, serás mía?

—Sí; si mi padre consiente.

—¿Y tú me amas, ídolo de mi alma?

Dolores fijó sus ojos azules en los chispeantes del joven y trémula de emoción:

—Sí, Campillai; ¿lo dudas cuando voy á ser tu esposa?—murmuró.

En aquel momento entraba el padre de la encantadora española.

Con una mirada la hizo comprender que se alejara, y apenas quedaron solos dijo:

—Mi hija te ama y yo te concedo su mano, pero con una condición.

—¿Cuál es? Dila sin vacilar y te juro que la aceptaré.

—¿Lo juras?

—Sí.

—Pues bien; es preciso que me digas de dónde proceden tus riquezas.

El indio palideció y bajó los ojos anonadado.

La imagen de la hechicera se presentó ante él sombría, amenazadora, severa, terrible.

«Júrame que no venderás mi secreto á ningún «blanco», le había dicho.

Y era ese el secreto que se le exigía ó renunciar á Dolores; ¡terrible alternativa!

—¿Qué inconveniente ves en ello?—preguntó el español;—¿no vas á ser de mi misma familia? ¿vacilas? ó tu fortuna tiene un origen que te deshonre y entonces...

—Deshonroso, no y mil veces no; pero ese secreto es el de mis hermanos, lo hemos jurado, y un juramento no se vende, no se falta á él; el cielo y la tierra tomarían venganza.

—En ese caso, puesto que hay algo superior á tu amor por mi hija, no hablemos más.

Campillai sostenía una terrible lucha consigo mismo, entre el amor y su deber: Dolores, su

ventura, su cariño y la cólera de sus hermanos; ¿qué haría? Las sienes del infortunado latían con violencia; la sangre se agolpaba á su cabeza, le parecía que se ahogaba.

—¡Imposible!—pensó,—¡no puedo ser un perverso! Guayanay me mataría... se volvería contra mí...

Guayanay, á los ojos del indio, era el más terrible de sus hermanos; los otros le ayudarían si él los aconsejaba.

Dolores entró en aquel momento; al ver la severa fisonomía del anciano y el dolor y la desesperación en el semblante de Campillai, se estremeció, presintiendo algo doloroso; su mirada fué tan suplicante, que el indio acabó por perder la razón, y fuera de sí exclamó:

—Señor, ¿no cambiarás de resolución?

—No; no te entregaré á mi hija sin que sepa cuál es la fuente de tu riqueza; el secreto morirá conmigo, pero estaré tranquilo.

—Campillai, ¿hay algo en el mundo que sea un sacrificio para ti, tratándose de mí? ¿Serías capaz de renunciar á nuestra dicha y de matarme? ¡Porque me moriría!...

Los ojos de Dolores se llenaron de lágrimas.

—Tú antes que nada; te amo más que á mí mismo; señor, esta noche vendré á buscarte; es preciso que vayamos solos; verás y te convencerás... y que el cielo me perdone.

Y sin añadir una palabra salió.

La noche estaba obscura y esto mismo favorecía el misterio de que Campillai se rodeaba; acompañado por el padre de Dolores, recorrieron en

corto tiempo la distancia, y seguros de que los hermanos del indio no podrían sorprenderlos por estar ausentes, dejaron sus caballos al pie de un cerro, conocido más tarde con el nombre de los Candeleros.

El amor prestaba alas al indio, y en su ceguedad había olvidado su juramento y ni aun escuchaba el grito de su conciencia que le reprochaba vendiera el secreto de sus hermanos. Llegaron á un socavón que asemejaba á la entrada de una caverna y en la que tenía su albergue un jigantesco pájaro, el cual, sorprendido en su sueño, extendió sus alas y salió graznando fatídicamente.

El padre de Dolores tuvo miedo; en aquel momento sintió haber impuesto aquella condición á Campillai, pero siguió adelante y lanzó un grito de sorpresa y de alegría al encontrarse ante una riquísima veta de plata.

—Este era mi secreto; mis riquezas y la de mis hermanos proceden de este origen; ¿y ahora estás satisfecho? Por ti he faltado á mi palabra; no puedo dar mayor prueba de mi amor.

—Dolores es tuya; dentro de quince días será tu esposa.

Campillai, loco de alegría, ofreció llevar al siguiente día algunas piedras valiosas, y abandonando la mina, volaron á Copiapó, en donde, desvelada por la inquietud, esperaba Dolores.

—Abraza á tu esposo—exclamó el anciano al divisarla; no hay ya dificultad alguna.

Campillai le tendió los brazos y Dolores, entre ruborosa, confusa y feliz, se dejó estrechar en ellos.

Los hermanos del indio habían estado ocupados esa noche en vender algunas barras de plata, pero Guayanay (golondrina), rondando la casa de Llira, había visto pasar á los dos hombres, y un fatal presentimiento oprimió su corazón.

Loco de desesperación, mezclándose y confundiéndose en su ánimo el odio á los blancos, la lucha entre el amor fraternal y los desdenes de Llira, que se moría lentamente por el indio traidor, vaciló toda la noche y, ya colérico, ya abatido, esperó el nuevo día.

En las primeras horas de la mañana, corrió á casa de la india; la pobre joven era una sombra de sí misma; había sabido que Campillai amaba á otra, que Campillai la desdeñaba y que no tendría consuelo sino en el olvido ó en la muerte.

—Llira—le dijo Guayanay,—Llira mía, Pacharurat sabe que te quiero y que tu dicha será mi dicha; sé mía y harás por olvidar á ese ingrato que por «una blanca» ha despreciado un tesoro como tú.

—La tierra me consolará; allí soñaré con Campillai.

—¿Todavía le quieres?

—Sí, siempre.

—¿No tendré esperanzas?

—No, jamás.

—Tú le condenas.

Y los ojos del indio lanzaron un destello de odio que hizo estremecer de terror á Llira.

—Adiós, no volveré á buscar tus ojos para que miren á los míos.

Y Guayanay desapareció.

Llira temió; Campillai corría algún peligro; su amor la hizo valiente y desde aquel día espió á los hermanos del joven.

Dolores era feliz: todo la sonreía, todo cuanto la rodeaba la prometía un porvenir de ventura; rica, hermosa, joven y adorada.

¡Qué brillo desprendían sus hermosos ojos! ¡qué sonrosado cubría su semblante prestándole nuevos y celestiales encantos! Su albo seno estaba agitado por sensaciones dulcísimas y al ocuparse de sí misma pensaba en que se ataviaba para Campillai, para aquel indio que no vivía sino por ella y para ella y que la aguardaba impaciente. La hora de la ceremonia se acercaba; los convidados llegaban presurosos; el padre de Dolores, dichoso con la dicha de su hija, creía en lontananza llegar á sus últimos días rodeado de sus hijos y sus nietos.

Faltaba media hora para la ceremonia y, ansioso de contemplar á Dolores, entra el buen padre en sus habitaciones y la contempla enagenado.

—¡Qué hermosa estás, hija mía! —exclama abrazándola.

—¿Y Campillai?—responde la joven.

—Aún no ha llegado.

—Extraña en verdad es su tardanza.

—¿Pero qué rumor es ese que en la calle y en la casa se escucha? Gritos, murmullos, voces y sollozos...

Dolores, herida por un terrible presentimiento, salió precipitadamente.

—¡Ha sido asesinado! Lo han muerto anoche al regresar á su casa.

—¿Quién grita?—dice Dolores, helada de terror.

Una india hermosísima, una criatura bañada en lágrimas y acusando el mayor dolor, se arroja á las plantas de la española y la dice:

—¿Quieres verlo? Ya no te dirá que te ama; lo han asesinado; ¡cobardes! Ven... está allá tendido... ven...

Dolores palideció densamente; sus ojos se nublaron, y lanzando un gemido, cayó desmayada...

Llira, pues era ella, la contempló un momento, y después, abriéndose paso entre los grupos, se lanzó á correr diciendo:

—¡La blanca no tiene valor! La india lo amaba más...

¿A dónde va Llira con el cabello suelto y anegada en llanto? Atravesó ràpida como el relámpago la ciudad, el campo y llegó á su aldea; entró en su cabaña, tomó algunas pieles que cuidadosamente conservaba y corrió hasta el pie del «Cerro de los Candeleros»; los indios rodeaban el cuerpo de Campillai.

—La tierra te lo guardará, Llira—la dicen;—no llores; ahora será sólo tuyo...

La india se había arrodillado, y con sus manos trémulas sostenía la cabeza del indio, ínterin preparaban alimentos y utensilios, para que nada le faltase en su tumba!

Pero ¿y Guayanay y Anco Otoya y Atan, los hermanos de Campillai?

Se ignoraba su paradero; habían desaparecido;

la voz pública los acusaba, y Llira afirmaba que habían sido ellos; los había visto esperarlo y lanzarse sobre él; ella había corrido á la ciudad y dado la noticia.

¡Los sueños no habían mentido!

¡Nadie volvió á encontrar el derrotero de la mina! ¡Nadie sabía en dónde se encontraba!

Guayanay y sus hermanos desaparecieron.

Llira vivió un año más y murió de dolor.

Y añade la tradición que Dolores se embarcó para España y fué á enterrar en un convento sus recuerdos, sus ilusiones y su amor perdido.

En cada comarca hay filigranas especiales que á veces, al carecer de espíritu de investigación, pasan desapercibidas.

El prolijo estudio las descubre ó aquilata, y al cruzar por todo el continente americano á cada paso se ensanchan más y más los horizontes y la impresión se graba indeleble en el ánimo.

Lejos de los centros mundiales, toma creces el idealismo, se reconcentra más la leyenda y se esculpe en el sublime templo de la idea para transmitirse á generaciones y generaciones.

Los prodigios naturales en América han sido inspiradores, para las obras de altísima ciencia, de atrevido vuelo, de transcendental resultado en el progreso moderno, monumentos de tal clasicismo que en las edades futuras darán magna idea de los siglos XIX y XX y de la cultura y civilización en América.

En ese esplendoroso número figurará la línea ferroviaria de la Oroya, en el Perú, y la magistral

trasandina, que une á Chile con la Argentina á través la imponente cordillera.

Desde los Andes al Funcal y de allí hasta la cumbre, hasta el Santo Cristo Redentor, de la cordillera, el ánimo está suspenso y pendiente de aquellas subidas soberbias, á cada instante más accidentadas, más pendientes, más repletas de obstáculos, más grandiosa ante el rendimiento de tamañas dificultades.

Por grados aumenta el asombro al internarse el tren por entre gigantescas moles perforadas, por agrestes frondosidades; ya cerca del Funcal, el espectáculo es soberbio: la maravillosa obra de ingeniería es un verdadero artístico monumento. En el fondo de un anfiteatro de rocas, cubiertas de nieve gran parte del año, está situado el hotel, que se apoya en los ciclópeos peñascos. En 1907, época de mi última excursión, aún desde allí había dos ó tres horas á caballo ó en coche para llegar á las Cuevas, territorio argentino.

Hoy, portentoso túnel, uno de los más largos del mundo, cuya obra toca á su fin, facilitará el paso para la locomotora, enlazando así Santiago con Buenos Aires.

¿Y qué diremos del pensamiento audaz de un ferrocarril trasamericano que enlazará Nueva York con la capital argentina? Será otro de los grandes prodigios del siglo xx.

En el trayecto de los Andes al Juncal existe una tradición en el sitio llamado Salto del Soldado.

Verdaderamente tiene mucho de fabuloso y más aún porque los elevadísimos murallones de granito han reducido su base y estrechado más el

cauce del caudaloso río Aconeagua, que en el fondo de la quebrada se agita y la cual tiene como 70 metros de profundidad y de dos á tres de ancho, asegurándose tenía anteriormente veinte.

Lo cierto es que, al decir de las crónicas, un soldado de los prófugos de Raníagua, después del famoso sitio de 1854 y toma de la ciudad, cruzó largas distancias perseguido por fuerzas realistas, y alentado por el noble patriótico anhelo de salvar una bandera teñida con la sangre del abanderado, que sólo la abandonó al perder la vida.

El animoso patriota llegó á la quebrada cuando muy de cerca lo perseguían; midió la distancia con la vista y sin vacilar saltó sobre el abismo, alcanzando el lado opuesto; escalonando las cortaduras de las rocas y cruzando las cumbres, logró llegar á suelo argentino, exánime, sin fuerzas, pero portador de la bandera nacional. Tal es la leyenda del Salto del Soldado, que al cruce del tren admiramos.

Desde la cumbre regresamos á Santiago; días después nos embarcamos en Valparaíso.

Tristeza inmensa invadía el espíritu, contemplando las calles cubiertas de escombros, los gallardos edificios convertidos en ruinas y las desmanteladas paredes de los grandes almacenes que el terremoto de 1906 había reducido á la nada. ¡Qué terrible catástrofe! Los estragos se observan en todas las poblaciones de la línea hasta Santiago.

VIII

En Magallanes.—Los fueguinos.—Al correr de la pluma.—Uruguay.—La Argentina á vista de pájaro.—Mar del Plata.—El Nilo del Nuevo Mundo. Lucía Miranda.

El paso del estrecho de Magallanes había sido uno de mis ideales. El vapor marchaba á toda máquina; las conversaciones de los pasajeros se relacionaban con el vasto archipiélago que se extiende entre Cabo de Hornos, llamado Tierra de Fuego, y el famoso estrecho que debe su nombre á uno de los navegantes más insignes.

A nuestro paso contemplábamos la frondosidad de las enmarañadas selvas, la corpulencia y altura fabulosa de los centenarios árboles; figurándonos estar en el centro de aquel país cruzado por canales, hermoseado con golfos y bahías, esmaltado por las aguas de imponentes cataratas y ceñido con la arrogante diadema de nieves perpetuas.

Allá, las altas cimas envueltas en opalino manto; al pie, los risueños valles, las frescas prade-

ras, haciendo contraste con pendientes escabrosas y con estériles campos. Sobre las ondas del mar, las canoas agrupadas en los costados del vapor y en ellas los indios con su extraño atavío y sus tipos singularísimos, medio ocultos entre las guedejas del cabello largo y negro como el azabache que les cubría los hombros, haciendo casi imposible el estudio fisiológico.

Sin embargo, observé usaban pintura en el rostro achatado y con pómulos salientes; la frente era estrecha, la nariz roma, los ojos negros y brillantes, el busto por extremo fuerte y desarrollado; grandes capas de piel de guanaco cubrían la desnudez de su cuerpo.

Insistentes ofrecían flechas y pieles á cambio de ron y de tabaco. Los indígenas tehuelches, habitantes de la Patagonia, mostrábanse también con los fueguinos, descollando por su alta estatura y por sus facciones más perfectas y regulares que la de los jamanas y los de la Tierra de Fuego. Las mujeres lucían ajorcas como las árabes, brazaletes y collares y grandes aros de plata como pendientes.

Aquella región y sus habitantes son por extremo maravillosos, digna de más prolijo examen y de profundo estudio.

El cabo de San Francisco, los puertos de San Julián y Santa Cruz, recuerdan al viajero los peligros de aquellas costas donde se perdió el «Santiago», buque europeo que formaba parte de los que mandaba Magallanes y que fué el primero que señaló una larga serie de desastres y de calamidades.

Montevideo.—El cabildo.—(Pág. 88)

Montevideo.—Casa de gobierno.—(Pág. 89)

Las agrestes montañas que se divisan al paso de Magallanes, son el primer eslabón de la portentosa cordillera andina, que tan sorprendentes manifestaciones tiene en la mayor parte de América.

Días de bonanza, mar como un espejo y viento suave, nos condujeron hasta las Repúblicas del Plata. Como paloma anidada en búcaro de flores, está Montevideo, la coqueta capital del Uruguay, que si bien no presenta ni vestigios arqueológicos ni grandes maravillas geológicas, cautiva y seduce por su fresca y lozana vegetación, por el clima exento de los rigores del invierno y de la abrasada temperatura ecuatorial.

Hay también mucho que admirar en los grandes edificios, en los lujosos alardes de construcciones, en la belleza de las calles como la del 28 de Julio y otras de corte moderno y orilladas por casas suntuosas.

El Uruguay tiene condiciones que se prestan para la curiosidad y el estudio.

Portentosas haciendas de productos fabulosos, potreros extensos con miles de cabezas de ganado y no exajero si digo millones; campos feraces y por extremo productores, florestas y campiñas con tonos suaves y brillantes y un todo que recrea y enseña al europeo lo que vale y lo que puede la exuberante región americana.

Maravilla y grande es por sí sola el río de la Plata, cuya extensión entre la República Oriental y la Argentina, es próximamente de ochenta y cuatro kilómetros.

Mar grandioso de agua dulce, como lo apellida

el descubridor Solís; arteria poderosa para el comercio y para la civilización, sobre cuyas ondas se mecen orgullosas las naves de todas las naciones; el soberbio motor fluvial da vida á la República; es su filón más rico, es la base del poderío argentino.

El río de la Plata alcanza al frente de Buenos Aires ocho leguas de ancho, y no deja de ser peligroso por los arrecifes y bancos de arena, por lo tumultuoso de sus aguas que el «Pampero» encrespa, formando montañas imponentes cuando sopla con violencia extraordinaria.

Son prodigios modernos las soberbias líneas ferroviarias, tal como la de Santa Fe, la del Sud y sobre todas la del Pacífico, que enlaza con la asombrosa vía Trasandina, donde la locomotora se impone para enlazar provincias y pueblos hermanos, para borrar fronteras, hacer fácil la comunicación con Chile y ser un manantial fecundo é inagotable de riqueza comercial.

Debe consignarse como maravilla el desarrollo fabuloso de la República Argentina, donde la industria toma de día en día más altas proporciones, extendiéndose por todo aquel país que cuenta 1,125.036 millas cuadradas y cinco millones de habitantes.

No tendrá el anticuario base para profundos estudios arqueológicos, pero en cambio, cuántos portentos, cuántos detalles apreciara el viajero pensador al recorrer la ciudad de Buenos Aires; al contemplar los gallardos edificios que han borrado la vetustez de los primitivos, y al pasear la mirada por las anchas avenidas en donde la vida

y el movimiento acusan lo que es hoy la sultana del Plata.

No parece sino que al ver el lujo de los comercios, las joyerías sorprendentes y la alegre concurrencia que invade las anchas calles, fuera muestra de abundancia prodigiosa y de bienestar general.

No busquemos, pues, en la República Argentina, numerosos inmortales vestigios de generaciones extinguidas ni restos de la civilización de pueblos casi prehistóricos, pero extensísimo será el cuadro moderno de esa nación tan preponderante y que está animada por el espíritu de empresa, que es la palanca más vigorosa en el siglo xx.

El internarnos hasta tocar en el corazón de la República daría margen á grandes sorpresas y á hondas admiraciones por la exuberante vegetación, la lozanía de los campos, el tesoro que encierran algunas comarcas no explotadas aún y el singular y salvaje brío con que la naturaleza viste las selvas y las orillas de los profundos y anchurosos ríos.

No existe nada que se pierda en las nieblas de los siglos, sino las frondas coetáneas de las antidiluvianas razas, pero la mente piensa y abarca todo cuanto en esas regiones pueda llevarse á cabo con la iniciativa y con la voluntad.

Algo queda en el Chaco que recuerde el origen de los pueblos indígenas, pues que en el fortín de Samaipata se ve esculpido en relieve en una roca un disco curiosísimo, en el centro del cual hay una figura felina, tigre ó jaguar, semejante en todo á las primitivas y toscas esculturas

asirias y también á muchas que se han encontrado en la India inglesa.

En el Sudoeste del Neuquen existe un hermoso lago que conserva su nombre indígena Nahuel-Huapí, que tiene un perímetro aproximadamente de doscientos cincuenta kilómetros y una superficie como de ochocientos. Apacibles riachuelos le prestan su corriente y busca desaguaderos en lagos más pequeños, para tener la salida por el río Limay. La situación pintoresca del lago se hace más bella aún por las veintiséis islas que surgen de él y presentan lujosa y rica vegetación con toda la frescura, todo el verdor caprichoso y variado que conserva la benignidad del clima.

En las vertientes de Copihué se extiende la Laguna Verde, cuyas aguas son medicinales y que tiene en sus cercanías baños ferruginosos, siendo por extremo curioso que salvedad hecha de algunos meses, están en el resto de año rodeados de nieves.

El Copihué es un antiguo volcán hoy apagado y que se levanta á 4.000 metros sobre el nivel del mar. En el cráter del volcán hay una laguna y en ella tiene origen el río Agrio.

En el territorio de Santa Cruz, muy poco conocido aún, extiéndese el lago Buenos Aires, con treinta kilómetros de largo por veinte de ancho. Sus aguas se deslizan mansamente y acarician el pie de las montañas que preceden á la cordillera y que los bosques cubren casi por completo, destacándose en ellos dos picachos, uno al Norte y otro al Sur; éste mide 1.550 metros y el primero 1.480.

Buenos Aires.—Edificio del diario «La Prensa».—(Pág. 92)

Hace algunos años que, al lanzarse el viajero por el interior de la República, hubiera encontrado costumbres más gráficas y poblaciones que despertasen tal vez su curiosidad, pero que hoy han sufrido unas y otras total transformación. Por ejemplo, la provincia de la Rioja, hubiérase prestado á estudios muy especiales, tanto por el aspecto del país en general cuanto por la extraña perspectiva de aquellos pueblos. Por entonces la Rioja era una ciudad triste, decaída, sujeta á los ardores del sol y á las consecuencias de un clima que recuerda maravillosamente el de Palestina.

Las llanuras cubiertas de finísima arena, la tierra quebrada y montañosa, los cerros semejando castillos medioevales, y la originalidad en todo, hacía interesante la investigación y curioso el bosquejo de aquella vida y de aquella región que tenía prismas y semejanzas con el Asia, y esto hasta en las carabanas de carretas que habían menester de algunos meses para llegar á la capital Argentina.

Aún hoy, y á pesar de las modificaciones, no deja de tener su atractivo para el europeo el efectuar una excursión por esas provincias en las cuales aún quedan restos que traducen hábitos añejos y la existencia especialísima de los habitantes de los campos.

Todavía existe el *gaucho*, ese tipo originalísimo y gráfico que tiene mucho de poético, de audaz y de terrible.

El gaucho tuvo en un tiempo influencia real y positiva, y acostumbrado á vivir siempre en los campos, á impresionarse con las escenas de la

naturaleza, á ser dueño y señor de vidas y haciendas, como los antiguos caballeros feudales, no admitía presión ni freno en sus aspiraciones ni para su incontrastable voluntad.

Había algo de misterioso en el tipo del gaucho, mucho de interesante y no poco de legendario, y si bien va desapareciendo, aún vive en algunos departamentos con todas sus audacias y con todos los alardes tradicionales.

Peregrinando por la zona cordobesa, es de admirarse el prodigioso dique de San Roque, inmenso y atrevido trabajo de ingeniería, el mayor que para irrigación habían contemplado mis ojos; su gran capacidad admite el agua necesaria para irrigar 450.000 hectáreas de tierra.

No sería desprovisto de interés ni de curiosidad viajar por Tucumán, donde amén de la lujuriosa vegetación existen hermosísimos ingenios, sobre todo azucareros, y cuyas instalaciones están á la altura de las más perfectas del extranjero.

¿Qué mayor prodigio que esa creación portentosa llevada á cabo en cortísimo número de años, llamada La Plata? Los hoteles, los variados y pintorescos chalets que forman el soberbio marco de la población, las casas blancas y bellísimas y ese todo que ha sido cimentado, perfilado y concluído en poco más de veinte años, representa una verdadera maravilla moderna y traduce el espíritu creador, rasgo característico argentino. En ningún paraje del universo tiene transformación tan rápida el pasado con la actualidad. Donde nada había sino el desierto, hoy se extiende suntuoso jardín,

Buenos Aires.—Banco de la Nacion Argentina —(Pág. 95)

después una ciudad y, por último, el complemento de lujo, de *confort*, de riqueza y de progreso.

Mar del Plata es otra suntuosa creación. Los grandes balnearios; las cómodas viviendas; las risueñas perspectivas, son poderoso aliciente para el movimiento que en la época veraniega se observa y es hoy, como Saratoga para las familias cubanas, el centro de lo más selecto de la sociedad bonaerense.

En aquel vasto escenario del poder creador se desliza el tiempo entre los placeres de la natación, contemplando las rompientes de nevada espuma, los caprichosos jiros de las ondulantes aguas que ya murmuran amorosas y besan plácidamente la costa ó se levantan tumultuosas haciendo alarde de su poderío.

El sitio encantador donde el organismo adquiere nueva y saludable savia en las salobres olas, es en la República Argentina, la revelación de la frase: «Querer es poder».

La población entera aparece como inmenso jardín, destacándose en él las galanas construcciones de aquella ciudad extraña, improvisada, que presenta suntuosas calles y bulevares donde las palmeras levantan orgullosas su fresco y verde ramaje.

Muchos caudalosos, profundos y extensos ríos cruzan el continente americano, brindando en sus orillas todas las pompas de un mundo primitivo, todas las bellezas que la imaginación más idealista ha podido soñar. Entre los más potentes soberanos fluviales, mencionaremos el Paraná, sembrado de episodios históricos, saturado por múl-

tiples aromas de las selvas y embellecido por altísimas y copudas arboledas que se reflejan en los cristales del río.

Paraná (Padre del mar), en guarani, confunde su corriente con la del regio Amazonas y curioso por más de un concepto es la navegación hasta el Paraguay, para consignar en la cartera de viaje algunas «añoranzas» de los tiempos pasados.

La isla de Martín García evoca la memoria de Juan Díaz de Solís, descubridor del río de la Plata, asesinado por los indios charruas hace cerca de cuatro centurias al descender á tierra con los siete que le acompañaban. En la embocadura del Paraná y del Paraguay, pasaremos de largo por las Dos Hermanas y por San Pedro, para detenernos un momento en El Rosario, donde el patricio Belgrano enarboló la primera bandera independiente y que hoy es ciudad adelantadísima.

Al llegar á San Lorenzo, se pronuncia con respeto el nombre de San Martín. En aquel sitio hizo sus primeras armas, recibió el bautismo de sangre el héroe de Maipú.

No alcanzan á describirse los atractivos y los encantos desde San Lorenzo en adelante. Las aguas del río fecundizan extensas llanuras, campos hermosísimos, vistiéndolos con todas las frescuras y verdores primaverales.

El imperio del coloso mide ciento ochenta mil leguas cuadradas y llega hasta bañar su planta en el Océano Atlántico, á los treinta y seis grados de latitud.

Libre y voluntarioso, se desborda periódicamen-

Buenos Aires.—Plaza de Mayo.—Monumento al general Belgrano.—(Pág. 97)

te como el Nilo y pasea sus aguas límpidas, abundantes y tranquilas por pampas y valles, por selvas y regiones floridas y seductoras.

En algunos puntos tiene 2.500 metros de anchura el lecho del Paraná, pero en otros toma doble extensión, como por ejemplo, cerca del famoso salto de Guairá, una de las cascadas más hermosas del Nuevo Mundo; el Paraná alcanza entonces 4.200 metros de anchura, pero redúcese instantáneamente para encauzarse por un estrecho canal como de 60 varas, precipitándose con furioso ímpetu, saltando sobre rocas y peñascales, hasta caer perpendicularmente en hondísima profundidad, con atronador y espantoso estrépito, desde una altura de 18 á 20 varas.

Las sombras de la noche envolvían al vapor «Paraná», dejando el río en medrosa obscuridad, precisamente en el momento de su paso por la embocadura del Tercero ó Carcarañá, lugar que por los años de 1527 fué asiento del fuerte de Sancti Spíritus, fundada por Sebastián Caboto y primera colonia del Río de la Plata.

Aún palpita la tradición histórica, la página lúgubre de aquella época de glorias y conquistas.

La guarnición del fuerte se componía de 110 hombres, los que al parecer estaban en perfecta armonía con los indios *timbús*, obedientes á sus caciques, pero entre éstos al más belicoso y audaz, Mangora.

Los españoles tenían por jefe al capitán don Nuño de Lara.

Entre los hombres que guarnecían el fuerte, había un Sebastián Hurtado, con su esposa Lucía Miranda, hermosísima española que, á pesar de todo y dando cara á los peligros, lo acompañaba á todas partes con amorosa valentía.

La belleza de Lucía deslumbró al indio Mangora y quiso apoderarse de ella á todo trance para que tomase rango entre sus mujeres y fuese la favorita.

La mujer blanca había ofuscado la razón del salvaje, aguzando su osadía natural, sus instintos crueles y el odio á los extranjeros, porque uno de ellos era dueño de la que le abrasaba con su recuerdo. Las tentativas de Mangora para apoderarse de Lucía, fueron infructuosas, y, ciego de furor, despertó en los indios el deseo de recobrar su entera independencia, exterminando á los blancos y destruyendo su fortaleza. El sagaz indígena halagó y excitó las pasiones brutales de los suyos, porque en el fuerte había otras mujeres codiciadas también y que eran la parte mejor del botín. Resueltos á todo, esperaron una ocasión propicia, que no tardó en presentarse. Los víveres escaseaban y para renovarlos salieron algunos soldados dejando cortísima guarnición, como habían hecho anteriormente en casos análogos y confiando en la mansedumbre y amistad de los timbús.

Mangora no perdió un instante, y convocando á los indios:

—Ya es tiempo—dijo,—los blancos duermen; no desconfían y es fácil la sorpresa. La mayor

parte han marchado hoy y quedan muy pocos en el fuerte. Caeremos sobre ellos y morirán.

—Quemaremos la fortaleza—gritaron.

—Primero la matanza y robar á las mujeres y á los niños—ordenó el feroz Mangora.—Internarlos en los bosques por si vuelven los otros y nos persiguen; entre ellos está Sebastián Hurtado. Llegó la hora; esa blanca será mía ó morirá.

El rostro de Mangora tenía expresión cruel y en sus ojos brillaba el deseo salvaje de la posesión.

—La noche nos protege, marchemos—añadió.

El indio se desliza por el campo como las culebras; se arrastra sin ruido y cae sobre el enemigo con la prontitud del rayo.

Cautelosamente llegaron los timbús hasta Sancti Spíritus, y, sin duda, muy conocedores del terreno, penetraron en el interior como sombras, aprovechando la obscuridad y la desmedida confianza de los españoles. Estos dormían á pierna suelta, y despertaron cuando los timbús cayeron sobre ellos.

La escena fué horrorosa. Los desventurados conquistadores morían sin poder defenderse, escuchando los gritos de sus mujeres y de sus hijos, cazados por los indios.

Mangora, harto de sangre, corría por todas partes buscando á Lucía; la encontró paralizada por el horror y medio desnuda, porque el ruido del combate y los ayes de agonía la habían despertado sobresaltada. Muchas veces había visto á Mangora en el fuerte y en el campo, y la mirada

ardiente y tenaz del indio acusaba la indomable pasión que sentía. Por eso comprendió la causa del tumulto, quiso esconderse; huir: pero sus pies estaban como clavados al suelo y sólo consiguió caer de rodillas, implorando el favor de Dios.

En aquel momento llegó Mangora, vió á Lucía, y arrojando la tea de resina que llevaba en la mano, se precipitó sobre la infeliz mujer, envolviéndola y sujetándola en sus brazos nervudos, fuertes como unas tenazas.

Aún quiso resistirse la española, pero Mangora levantóla como una pluma, la cargó sobre el hombro y sin parar mientes en sus gritos, dió á correr para salir de la fortaleza, saltando por encima de los cadáveres como una fiera y diciendo á los timbús:

—Acabad con todos, y que no quede ni señal del castillo.

Los primeros rayos del sol bañaron los cuerpos de los soldados, víctimas de los timbús y los escombros del fuerte que todavía humeaban.

En las márgenes del Paraná y del Carañara todo estaba silencioso y tranquilo. Nada hacía sospechar el horrible drama representado aquella noche.

Dos días después regresó el capitán Sebastián Hurtado con la partida que mandaba, y al dar vista al fuerte, lanzó un grito de asombro, repetido por los soldados. En lugar de la flamante fortaleza, no veía más que escombros medio calcinados.

Registran las crónicas que la hermosa española

Lucía Miranda fué quemada viva por los indios, habiéndose resistido á las brutales caricias de Mangora.

Recorriendo Hurtado campos y espesuras, cayó en poder de los indios y conducido á presencia de Mangora, fué muerto á flechazos, no sin haber sabido la triste suerte de Lucía.

IX

La Cruz de Corrientes.—Paseo por el río.—El mundo de las selvas.—La Asunción.—Primera visita al Brasil.

Aquel viaje era un prodigio de impresiones, perspectivas admirables, recuerdos inmortales, idealismos de dulzuras infinitas y realidades incopiables.

Tuve hasta la fortuna de que el capitán del «Paraná» fuese un caballero hidalgo muy dado al estudio de las historias añejas, y á él debí en gran parte datos importantes y narraciones amenas referentes á todos los lugares en donde se detenía el vapor.

Muy de madrugada me hallaba ya sobre cubierta deleitándome con lo apacible de la atmósfera y con el ambiente suave y fresco.

—Estamos cerca de la barranca en donde los indios minuanes asesinaron en 1584 al caballero don Juan de Garay, segundo fundador de Buenos Aires.

La hermosísima vista del río con sus selvas de

tacuarembos, de tacuaras, de trepadoras y de millares de árboles, no me daba lugar para medir el tiempo; de repente me encontré en la ciudad fundada en 1588 por Alonso de Vera y que bautizó con el nombre de San Juan de Vera de las Siete Corrientes. Este último ha prevalecido para toda la provincia.

Quise bajar á tierra y no me pesó, porque á más de que la población es importante y muy comercial, me di cuenta de una tradición que recuerda la del «Ave María» en Granada, retratando gráficamente á la España del siglo XVI.

En lugar inculto y despoblado resolvieron los españoles crear una ciudad, y como para señalar el sitio de un modo indiscutible, pusieron una cruz como de cinco varas de altura, el lábaro santo de la fe católica, la venerada enseña que extendió el cristianismo por todas las regiones americanas.

Hallábase colocada en la puerta de una especie de fortín que provisionalmente levantaron los conquistadores al desembarcar en aquella costa y formar el plan de crear una población.

Todas las numerosas tribus que poblaban las cercanías y que pertenecían á las naciones *guarani* y *guaycurú*, diéronse parte del intento que abrigaban los hombres blancos, determinando á unir todos sus esfuerzos para contrarrestarlos.

Repentinamente y con numerosas fuerzas, acometieron el fortín, proponiéndose exterminar á sus enemigos, bien fuese dándoles muerte ó sitiándoles por hambre y sed. Rancias crónicas afirman que los audaces españoles se disfrazaban de

indígenas para proveerse del agua que necesitaban y de la cual se surtían en el río Paraná.

Frecuentes eran las arremetidas al fuerte, y como encontraban tenaz resistencia, á pesar de que disminuían en número y el vigor de los defensores del fortín, vieron los indios en la cruz el talismán protector de aquéllos, y desde entonces formaron verdadero empeño en destruirla y para este objeto amontonaron en torno del madero sacro grandes haces de leña, prendiéndolo con el propósito de que el fuego aniquilase al temible auxiliar.

Impotentes fueron las llamas para destruir la cruz, porque precisamente era de madera de *urunday*, que tiene la condición de ser incombustible. Tal suceso aconteció en viernes de Dolores.

Coléricos los indios al ver el mal resultado que habían tenido, acometieron con mayor denuedo, y sin parar mientes en el fuego nutrido que desde el fortín caía sobre ellos, acumularon mayor cantidad de leña y en breve las llamaradas subieron hasta el cielo, pero poco á poco se consumió el combustible, sin anunciar la destrucción del simbólico leño, y de repente un fuerte relámpago iluminó el espacio, acompañado de un rayo y de formidables truenos.

Tres indios quedaron sin vida y los demás huyeron despavoridos, no sin ver con profundo estupor que la cruz resaltaba arrogante y que la hoguera, medio extinguida, lamía su pie con las postreras llamaradas.

Aquel prodigio dió por resultado la casi completa sumisión de los indios y los que no lo efec-

tuaron se guarecieron en los bosques. En cuanto á los españoles, fué un motivo más para esperarlo todo de la protección divina, y su fe aumentó cuando fueron inútiles sus afanes para transportar la cruz á sitio más conveniente, por lo que levantaron allí mismo una capilla y un altar.

En 1770 elevaron los correntinos una columna conmemorativa al edificar una iglesia moderna, trasladando á ella la cruz milagrosa é instituyendo una fiesta anual consagrada á la Cruz del Milagro.

Tal es la hermosa tradición de Corrientes, origen de sus armas; una cruz sobre siete puntas de roca y una hoguera á los pies.

Al pasar del vapor y después de la corta detención, divisábamos en las orillas del Paraná, sobre alfombra de flores, los «ranchos» de *tacuara*, techados con paja, habitación del indio guaraní.

Fácil es desde Corrientes internarse para visitar el curiosísimo territorio de las Misiones, prodigiosamente rico en bellezas naturales, en saludables brisas, en incomparables y soberbios paisajes.

Bien hicieron los sabios hijos de San Ignacio de Loyola al escoger aquel lugar encantador para establecer las famosas misiones que son honra y prez en los anales de la compañía jesuítica.

Haciendo rumbo para La Asunción del Paraguay, subió el vapor por el risueño río de aquel nombre. ¡Cuán bellísimo y sereno es! ¡cuántas seductoras siluetas que casi desaparecen á la vista por el lujoso atavío de sus altísimas frondas! Mil aromas desconocidos embalsaman la atmós-

fera, y millares y millares de alados cantores pueblan las espesuras.

Revolotea entre las ramas el primoroso Martín pescador, luciendo su plumaje verde y azul celeste, que hace contraste con el del colibrí, esmeralda claro y lirio; en la superficie del agua descuella el cisne con su cabecita negra y sobrenadan las alitas azules y blancas de los patos que alzan sus crestas rojas.

Gallardos y abrillantados por el sol, se balancean los guacamayos con su vistoso ropaje rojo, azul y amarillo; el singular yapil, vestido de negro y gualda, y en la orilla del anchuroso río está acostado el yacaré, que los indios guayacurús destinan para su manjar favorito.

Aquel mundo de las selvas, aquella variedad de aves, de fieras, de reptiles que se arrastran, acechan, trepan, saltan, cantan y arrullan, es un mundo tan curioso, tan pintoresco, tan armónico y á veces tan terrible, que constituye un total prodigioso y que verdaderamente ocupa puesto indiscutible entre las maravillas americanas.

Habíamos llegado á la entrada del Pilcomayo ó «Río de los Pájaros», que nace en la cordillera andina, al Noroeste de Potosi, cerca del lago de Poopó, y desde allí, cruzando sierras agrestes y recibiendo en su seno las tumultuosas afluencias de grandes ríos, se encamina á la vasta llanura del Gran Chaco, la baña y fertiliza, dividiéndose en dos brazos poderosos que culebrean sosegadamente por espacio como de 300 leguas y vuelven á buscarse y á enlazarse antes de su desagüe en el Paraguay.

No hace largo tiempo que se llevó á cabo una excursión para explorar el río Pilcomayo, descubriéndose muchas bellezas hasta entonces desconocidas; citaremos entre ellas la hermosa laguna de las Palmas, que debe su nombre á las muchas esbeltas y gallardas que se alzan en sus márgenes; el celebrado lago Patiño, que es mirado por los indios con supersticioso pavor, justificado porque los más atrevidos investigadores no han osado surcar las aguas de aquel mar muerto americano, habitado en las cercanías por indios completamente salvajes.

Veinte años más tarde, el vapor «Berlín» nos condujo desde Buenos Aires á las playas feraces del Paraguay, donde á los más ricos dones de la naturaleza se adunan los esfuerzos de aquel pueblo viril y activo que ha entrado en el movimiento general americano en relación con sus elementos y con sus recursos nacionales.

Es típico en sus costumbres y ha conservado esa patriarcal hospitalidad, tradicionalista en América, ese agasajo sencillo, franco, que arraiga en el corazón.

Situado entre dos ríos admirables, el pintoresco Paraguay y el majestuoso Paraná, encierra todas las pompas, todos los tesoros de la naturaleza, selvas de verdor eterno, campiñas de abundante producto; valles risueños y brindando frutos de todas clases; grandes árboles de ricas valiosas maderas y fácil labor para las tareas agrícolas, por su clima suave, apacible y sin rigores invernales.

El café, el tabaco, la hierba mate, lá sabrosa

Indio del Chaco.—(Pág. 107)

Paraguay.—San Bernardino, Hotel del Lago.—(Pág. 108)

naranja, la palmera caranda y la caña lozanísima, tienen exuberancia pasmosa, y las florestas, frescura perdurable.

Los algodoneros dan grandes cosechas, así como la hierba mate, llamada en Europa té del Paraguay.

Forzosamente y siendo la República paraguaya el centro de la América del Sur, han de cruzar por ella las líneas ferrocarrileras intercontinentales, cuando en breve plazo se unan las del Brasil con la Argentina y el Pacífico, lo que augura un porvenir próspero y brillante; por sus ríos navegables, el viaje á Buenos Aires es tan deleitoso como rico en placenteras perspectivas.

La Asunción, capital de la República, cuenta 80.000 habitantes, y tiene aspecto grato y pintoresco, edificios modernos de buen gusto, entre éstos el Palacio Nacional, la parroquia de la Encarnación, aún no terminada, la catedral y otros destinados á dependencias públicas y al culto religioso.

Aún quedan restos de la casa donde vivió el sombrío dictador Francia; la casa palacio de Solano López y la de Elisa Linch.

En la hermosa avenida España hay preciosas quintas, entre éstas la de un español que goza gran prestigio en La Asunción, don Nicolás Angulo; el palacete está en el centro y como quien dice entre un bosque de naranjos, mandarinas y flores.

Hogar donde se alberga la honradez, el amor al trabajo y las nobles y grandes virtudes hospi-

talarias, á las cuales se rinde culto en todos los círculos sociales.

En la costa Norte del bellísimo lago Ipacaray se creó la colonia alemana San Bernardino, en fertilísimo sitio, sombreada y embellecida por aquella lujosa vegetación.

Dos lindos vaporcitos surcan el lago; el ferrocarril, desde la capital hasta la alegre y lozana estación de Araguá, conduce diariamente numerosas familias argentinas que buscan solaz en su benigno clima.

En la Niza paraguaya hay lindos chalets y hoteles risueños á orillas del lago.

El panorama es por demás espléndido.

Aún quedan restos de las célebres misiones y frescos notables y bien conservados en la iglesia de Yaguarón.

Hasta Paraguari nos condujo el tren; desde allí, en un cochecito de cuatro asientos, cruzamos campos y bosques sin darnos cuenta de lo escabroso del camino, merced á la buena dirección del comandante Baez, á su amable cortesanía y á los paisajes tan variados como caprichosos y lozanos.

Otro cariñoso convite me llevó á Villa Rica, centro comercial con el interior.

La ciudad está esparcida entre huertos y jardines; las casas semejan nidos ocultos bajo las frondas y coronados con guirnaldas de flores; las calles son rectas y el conjunto de la población es alegre, bañado en luz y cobijado por el cielo límpido y sereno.

Hay algo bíblico en la indumentaria de las

Río de Janeiro.—I a Exposición de 1908.—(Pág. 111)

mujeres del pueblo que, envueltas en telas blancas y con jarros ó cántaros sobre la cabeza, evocan el recuerdo de Rebeca, dan gráficos tonos al cuadro y colorido ideal.

Al despedirme del suelo paraguayo, llevando en el corazón recuerdos perdurables, alteré mi itinerario, adelantando el viaje al Brasil.

Portentosa es de aquella tierra brasileña la entrada de Río Janeiro por la bahía sin rival. No hay pluma, no hay pincel, no hay imaginación bastante poderosa para pintar ni describir la perspectiva que ofrece, ni los múltiples detalles á cuál más pintorescos, más risueños, más grandiosos y más sugestivos.

Allá se destacan los peñones agrestes y los altos picos de los «Organos», que semejan atalayas, vigilantes perdurables de la soberbia embocadura de la bahía.

Al frente, como cíclopes orgullosos, se elevan los Andes del Brasil, presentando escarpadas cortaduras y accidentadas cimas de colosal elevación.

La mirada reposa sobre las del Corcovado y la Tijuca; entre árboles frondosísimos y en un risueño pensil, se ve á través del ramaje la antigua iglesia de Nuestra Señora de la Gloria.

Abajo, multitud de isletas frescas, barnizadas con lujosos colores purpúreos y verdes variados é incomparables.

Arriba y al pasar del vapor, se mira destacarse el extraño peñasco agrietado y decrépito que se llama «El Pan de azúcar», y medio ocultas entre los celajes del firmamento, muy altas y por todo

extremo misteriosas, se distinguen aún las ruinas del famosísimo convento de Benedictinos.

Aquella perspectiva es de las que se resisten á la descripción, como todo lo poderosamente grande, pero que se incrusta en la mente por lo incomparable, por lo prodigioso, por la vida y la luz que desborda bajo la embriaguez del sol ardientísimo.

De mí sé decir que no la olvidaré jamás.

La bahía de Río Janeiro es coloso pórtico del Nuevo Mundo; como tal la juzgué.

Cruzan el Brasil múltiples y caudalosos ríos, y es tradicional la fertilidad y riqueza de aquella tierra. La mano soberana del Supremo Creador ha derramado bienes con profusión de los que Portugal tuvo por largo tiempo el goce.

Hoy las haciendas brasileñas, las minas y los ingenios han creado fortunas fabulosas, y fama tienen en Europa por su esplendidez, por sus joyas y por sus millones, los hijos de aquella región.

Allá por los tiempos en que reinaba en Francia María de Médicis, brilló en la corte una india nacida en el cacicato de Tupinambas, no sólo interesante por su hermosura, sino también por el tiernísimo episodio que la había conducido á playas francesas y á ser gala, joya, ornato, entre las más encopetadas damas.

En un edén de palmas y de flores, extendíase el territorio de Tupinambas; era cacique el padre de la preciosa Paraguazú, cuando los hombres blancos desembarcaban en aquellas costas para tomar posesión de ellas en nombre de Juan III, rey de Portugal.

Río de Janeiro.—Avenida de Mangue.– (Pág. 112)

Rio de Janeiro.—Plaza de Carioca.—(Pág. 112)

Bramaba el viento; la lluvia era torrencial, el temporal levantaba montañas colosales en el mar enfurecido. Un barco porfiaba en vano por llegar á punto de salvación. La lucha contra los elementos fué ruda, tenaz y por último desastrosa.

Un hombre solo se salvó en aquella catástrofe. Largo rato se disputaron las olas al infeliz náufrago, hasta que por último le arrojaron á la playa. Era Diego Alvarez de Correa.

El cacique de Tupinambas le dió hospitalidad y se esmeró en prodigarle cuidados y demostraciones de afecto. Paraguazú le entregó su corazón, unió su suerte con la del gallardo portugués, le amó con ese amor exclusivo é impetuoso, propio de los climas tropicales, cifrando toda su ventura en hacerle olvidar su lejana patria y la familia.

Pero Diego no olvidaba; Diego, cautivado por los hechizos, por la clara inteligencia de la india, soñaba, sin embargo, con volver á la vieja Europa, con entrar de nuevo en los usos sociales que hacía largo tiempo había abandonado.

Siempre su mirada estaba fija en el horizonte y cuántas veces desdeñando las caricias de Paraguazú se paseaba solitario por las orillas del mar, escudriñando las olas, hasta lo más lejos, por si descubría la nave que debiera conducirle al viejo mundo.

Un día vió realizada su esperanza; un bajel hendía las apacibles hondas y, aún lejano, vió las señales de Diego y, presuroso, acercóse á la costa cuanto le fué posible.

Lanzóse al agua el impaciente joven, y nadó

para alcanzar la lancha que se dirigía en su auxilio.

Desde una verde fronda había observado Paraguazú la marcha de la nave, las señales de Diego, la lancha desprendida para ir á buscarle y, por último, sintió desgarrarse su corazón cuando Diego habíase arrojado al mar.

Huía de ella, la abandonaba y no podía dudarlo.

El amor la dió alas; corrió, llegó á la playa, y sin vacilar se lanzó á las olas. Nadaba como un pez, de tal modo, que llegó á la lancha al propio tiempo que Diego. Minutos después se encontraban ambos á bordo del navío, y dos meses más tarde desembarcaban en Europa.

Paraguazú perdonó al ingrato, y Diego, orgulloso de los rápidos progresos que la india hacía en idiomas y en cultura, la presentó en la corte francesa.

La historia de la indígena corrió de boca en boca, idealizándola á los ojos de todos, siendo no pocos los que envidiaban al afortunado Diego.

No se había extinguido el prestigio de Paraguazú en las tribus de Tupinambas, y su influencia despertó en la mente de Diego un pensamiento que puso inmediatamente en práctica.

Por aquel entonces era ya un hecho la colonización del Brasil, y ciertamente no escaseaban tampoco los abusos y las ambiciones en aquella región americana.

Paraguazú y Caramurú, nombre adoptado por Diego al volver á ser habitante del suelo natal de su mujer, protegían á los indígenas y ejercían so-

¿Brasil.—Belen de Pará.—Intendencia y Palacio del Gobierno.— Pág. 114)

bre ellos el poderoso y benévolo influjo que era fuente de bienes para Portugal, dado que tendía siempre á civilizar las tribus y á someterlas pacíficamente al poder portugués.

Tal había sido la idea que Diego concibiera en París y que había llevado á feliz éxito.

La preponderancia que tenían causaba celos á uno de los gobernadores, é impulsado por aquéllos, hizo encarcelar al patriota portugués. Paraguazú enarboló la bandera revolucionaria; todos sus indios tupinambas secundaron su propósito; el gobernador arbitrario murió en la refriega; su cabeza fué paseada como trofeo de guerra, y Caramurú recobró la libertad.

X

En el Centro América.—El Izalco.—El lago de Amatitlan.—Deslumbres.—La antigua y la ciudad vieja.—Las Repúblicas hermanas.—Lagos y cumbres.

No todas mis investigaciones á través ruinas y escalando serranías han sido hechas durante un solo viaje por el continente americano, y precisamente al encontrarme en el Brasil hube de regresar precipitadamente á Europa, donde permanecí algunos meses.

Tras breve plazo volví á encontrarme en América y de nuevo llevé adelante la práctica de mis bellos ideales en lo que se referían á desenterrar tradiciones, reconstruir civilizaciones y registrar históricas ruinas.

País á propósito para esto era la América Central, y allá me dirigí desde Panamá, en el vapor «Honduras», que años después se perdió en el mar Pacífico.

El trayecto hasta Guatemala es no sólo por extremo entretenido, sino asaz, pintoresco y bellísimo.

Aquel mar Pacífico no levanta olas, no presta movimiento ninguno al vapor; está generalmente tan manso, tan sosegado, que la superficie semeja á un espejo con el fondo azuloso, transparente y reproduciendo en él aquellas costas feraces, y en donde la eterna primavera conserva la lozanía de los árboles, los tapices de musgos y la abundancia de los frutos.

En noche serena y cuando la luna en todo su esplendor diamantiza las olas, sorprende, produce indefinible impresión el extraño espectáculo de una hoguera en el cielo; llamaradas de fuego que se confunden con el azul del firmamento, enrojeciéndole con fulgores incopiables.

Es el Izalco, el volcán salvadoreño, siempre en actividad.

La Unión, la Libertad y Acajutla, tres puertos de las costas de El Salvador, pasaron rápidamente á nuestra vista, porque el vapor marchaba á toda máquina para fondear horas después en San José de Guatemala, donde apenas tuve tiempo de descansar, porque ya silbaba la locomotora del tren especial que me aguardaba.

Detúveme en una ciudad por extremo risueña y que se destaca entre verdes y elevadísimos cocoteros; Escuintla, perezosamente reclinada al pie de una montaña y que tiene por fidelísimos cortesanos multitud de hermosos cortijos y haciendas donde se hace en grande escala el laboreo del azúcar, del café y la cría importante de ganado.

En aquellas zonas guatemaltecas hay derroches de luz, de galanura campestre, de prismas envi-

diables y de armónicos contrastes en los variadísimos paisajes.

Más lejos deslumbra el bonito lago de Amatitlan; el sol formaba caprichosos iris en sus aguas, donde se espejan los nopales que visten sus orillas. Tendido está al pie de los cerros y á 1.187 metros sobre el nivel del mar.

El vaporcito la «Concha» se mecía sobre la superficie y en él recorrimos las tres leguas que tiene el lago, que es origen del río Michatoya.

Como taza de plata aparece á los ojos del viajero la ciudad de Guatemala, situada en el valle de la Ermita, á corta distancia de los volcanes de Agua y de Fuego, el primero á 3.752 metros y el segundo á 4.000 sobre el nivel del mar; dista media legua de las ruinas que hoy se conocen con el nombre de la Antigua.

Las calles de la ciudad parecen de alabastro, porque una piedra blanquísima forma su pavimento, y en conjunto presenta un aspecto alegre, original y típico americano.

Formular un deseo fué llevarlo á la práctica: la visita á las ruinas de la población que fué la segunda fundada en 1527 y que una serie de terremotos redujeron á escombros.

El sitio no podía ser más adecuado para que la vida encontrara toda clase de atractivos; fertilidad, suave ambiente, florestas siempre amenas y ramilletes de guirnaldas olorosas. Las calles anchas, solitarias, con desmoronados edificios, con desmanteladas habitaciones, con grandes balcones que se sostienen como por prodigio, con grandes plazas donde la hierba crece y se enseñorea,

ocultando poco á poco restos de pilares, vestigios de escudos señoriales y arcos y esculturas, adornos un tiempo de casas y palacios desplomados.

Todo produce honda tristeza; todo habla con un lenguaje elocuente de aquellos siglos XVI y XVII, de aquellas grandezas de una época en la que España era dominadora de dos mundos.

¡Qué grandiosidad en los templos! Allí están las altas naves de San Francisco, las gigantescas portadas, las colosales columnas, las bellísimas molduras y el resto de coro, tan rico como atrevido; los artesonados imponentes, los mosaicos tan bien conservados que parecen obra modernísima.

De la catedral existe lo suficiente para acusar lo suntuoso de la construcción, con retablos de mérito indiscutible. Hay una famosa bóveda en el arruinado convento de Capuchinas, que es base del edificio, sostenida por un solo pilar, de tal solidez, que ha resistido á los estragos del tiempo y á los terremotos, cual si fuera un gigante ó un gladiador victorioso en ruda lucha.

Es preciso investigar lentamente aquellos escombros y los aún grandiosos restos de la antigua Guatemala, para darse exacta cuenta de lo que debió ser aquella ciudad.

En un patio cubierto de hierba y habitado por alimañas, se ve una fuente de piedra que trae á la memoria las casas señoriales de la alegre Andalucía; es el patio de la arruinada Universidad; la hiedra se adueña de los carcomidos muros y trepa á su antojo por ventanas y balcones.

Legendarias, misteriosas, casi fantásticas son las

Río de Janeiro.—Avenida de las Palmeras del Jardin Botánico.—(Pág. 121)

no menos celebradas ruinas de la «Ciudad Vieja», la primera fundada por el conquistador don Pedro de Alvarado, en el mismísimo lugar donde, según los recuerdos indígenas, se levantaba Técpan, capital de los kachiqueles. El volcán de Agua inundó los campos con torrentes devastadores, arrastrando cuanto á su paso encontraban: arboledas, casas, palacios, contándose entre éstos el que habitaba la gobernadora de aquel reino y capitana generala doña Beatriz de la Cueva (la sin ventura), viuda del adelantado don Pedro de Alvarado; ella pereció, así como sus damas, guardias y una gran parte de los habitantes de la ciudad.

Aún medio enterradas se ven las rejas que debieron ser la entrada del palacio, y una torrecilla se yergue sobre los escombros; afírmase que era la del oratorio de doña Beatriz.

¡Qué hermosas son las ruinas! ¡campo extensísimo para el estudio, escuela sorprendente! En las bóvedas, en los templos ó en los sepulcros, márcase la tendencia de la época, el espíritu social, la idealidad ó el materialismo, porque no cabe duda alguna que todo se armoniza é identifica y que los rasgos característicos de una centuria quedan estereotipados en las creaciones del ingenio.

En la plaza que los escombros rodean, se alza aún el histórico «Tempisque», el árbol á cuya sombra trazó el plan de la ciudad don Pedro de Alvarado.

Atardecía, cuando abandoné las ruinas famosísimas que se confundieron entre las sombras del crepúsculo y se perdieron finalmente en el miste-

rioso imperio de la noche. Los cerros, las llanuras, los volcanes altaneros, los mansos arroyuelos, los murmullos de las selvas, los astros nocturnos, el conjunto incomprensible de la creación, parecía vestirse con nuevos arreboles á favor de los primeros destellos de la casta diosa de la noche.

Si los peruanos rindieron culto al misterioso hijo del sol Manco Cápac, legislador y fundador del imperio inca; si los chibchas veneraron á Nemqueteba, sabio anciano de larga barba y cabellera ceñida, vestido con túnica y manto anudado en el hombro (traje que usaban los chibchas cuando la conquista), que sin saber cómo apareció por el Oriente para dictar sabias leyes y proteger á los naturales de aquellas tierras, también los hijos del soberbio territorio encerrado entre dos istmos, el de Panamá y el de Tehuantepec, y dos mares, el Atlántico y el Pacífico, tuvieron á Votán, fundador, según antiguas tradiciones indígenas, de la famosa ciudad del Palenque, cuyas ruinas asombrosas despiertan hoy la curiosidad de arqueólogos y de historiadores. En ese caso, Tecpan fué la capital del imperio formado por Votán, quien desembarcó en las costas de Tabasco, acompañado por varios que le ayudaron á someter al país.

Ya en las antigüedades de México, hemos hablado largamente de Palenque y no en menor escala ni acusando menos interesantes vestigios, cuenta Guatemala con ruinas soberbias: Uxmal, Chichén, Itza y otras que ya en parte hemos reseñado en la región mexicana, frontera con Guatemala.

En el nuevo continente ha sido por demás benéfica la tierra y ciertamente que al señalar las diferentes comarcas ha de caerse inevitablemente en repetir ciertos detalles, si éstos se refieren á la vegetación portentosa, á la fertilidad del suelo y á las incomparables gentilezas de los paisajes; sin embargo, aun mirado bajo este punto de vista, cada país tiene un sello especial, y el del Centro América se acentúa, se singulariza, y esto en cada una de las cinco Repúblicas hermanas.

Todo el territorio está regado por hermosos ríos y arroyos que reproducen una vez y otra las cosechas de toda clase. Posee minas valiosísimas, y Guatemala es rica en placeres de oro, en minerales y salinas y en diferentes productos de exportación. Su hermoso y profundo río, el Usumacinta, forma en su rápida corriente preciosas cataratas, sobre todo en el trayecto de Pepén á Tabasco.

No menos favorecido en metales, en carbón de piedra, cobre y plomo es el pobladísimo San Salvador, donde las haciendas y el cultivo del café son importantísimas.

Por demás curioso es el lago de Ilopango, en el centro del cual surgió repentinamente un volcán que, despidiendo piedras y lavas, acabó con todos los habitantes acuáticos que se solazaban en el fondo de las aguas.

Durante largo tiempo vivieron los habitantes de la capital en continuo sobresalto, porque la destrucción de aquélla debía ser producida por una erupción del volcán, según afirmaban los geólogos, pero contra todos los pronósticos, se apagó

repentinamente y la ciudad recobró la tranquilidad; no eran de extrañar sus temores, pues que hacía algunos años había sufrido terrible terremoto y estaba apenas reconstruyéndose.

Honduras tiene un suelo excepcional y curiosísimo que ostenta majestad incomparable; un esplendor mágico con sus altas montañas que coronan valles y campiñas, perdurablemente envueltas en verdura y flores; sus bosques vírgenes presentan tal frondosidad y tal elevación, que materialmente se pierden allá en lo infinito, regados por ríos auríferos que siembran en sus orillas pepitas de oro.

Los tesoros que encierran las entrañas de la tierra hondureña son inagotables, y los minerales valiosos, las piedras preciosas y de toda clase se encuentran entre los peñascales, en los murallones de las serranías, en las selvas, en las grietas y en las aberturas de los cerros.

Es asombrosa tal acumulación de riquezas, que colmarían las ambiciones más exageradas.

Las espesuras de follajes, las guirnaldas de parásitas, los caprichosos obeliscos formados en los troncos de los corpulentos árboles, por los millares de trepadoras entre los variadísimos arbustos, componen cortinajes espesísimos, y entre ellos se divisa á lo lejos ya un cerro, ya un monte enmarañado, escalón de la cordillera, y allí, casi á flor de tierra, filones y vetas de valiosísimas minas, pudiendo decir que el pie va hollando la capa de metales y de tesoros.

En las inmensas y prolongadas soledades hondureñas hay sitios que verdaderamente son pa-

Honduras.—Vista de la isla del Tigre y puerto de Amapala.—(Pág. 124)

Nicaragua.—San Juan del Norte.—Pág. 125)

raísos donde entonan sus himnos las aves más extrañas, donde crecen maderas que en los mercados de Europa han creado capitales fabulosos, y allí también la vida se deslizaría como en apacible sueño en campos inmensos y en alegre y pintoresco nido.

La patria del insigne Morazán, tiene el puerto de Amapala en el fondo del más hermoso golfo de América, que presenta escenas sin rival que parecen surgir del fondo de las aguas.

El golfo de Fonseca es una de las mayores bellezas naturales que ostenta la tierra americana.

Un poco más lejos está Corinto, el puerto nicaragüense, orillado de esmeraldas y de verdaderas pirámides de flores, bañado por el ardiente sol y rebosando alegría y bienestar.

Morirá conmigo el recuerdo de apacible noche de luna, cuando entre los acordes de la música daba yo el postrer adiós á las costas de aquella República que tenía para mí tantos atractivos y guardaba tan numerosos amigos.

Nicaragua es una región en donde el viajero disfruta las bellezas de sus hermosos lagos; el de Managua tiene treinta y dos millas de Este á Oeste y de Sur á Norte dieciséis, encontrándose á 156 metros sobre el nivel del mar. El bellísimo lago desemboca en el río San Juan, uno de los más hermosos del país y en el cual, á semejanza del Magdalena, viven en sus guaridas numerosas familias de caimanes.

En el río hay sitios penosísimos para la navegación, pero en cambio ¡qué esplendideces de crepúsculos y de auroras! ¡qué ensenadas en aque-

llas orillas de selvas olorosas y frescas! ¡qué atrayentes las frescuras del caudaloso elemento fluvial!

A la entrada del soberbio lago de Nicaragua se encuentra el fuerte de San Carlos, célebre en la historia de la guerra contra los filibusteros; el lago es un Océano en miniatura, á veces tan turbulento, que las olas levantan grandes marejadas que chocan contra el vapor y producen terribles balances. Aquel mar de agua dulce es magnífico, y puede contarse como una gran curiosidad centro-americana.

Las ondas apacibles del lago de Managua, son espejo diáfano donde se miran el volcán Momotombo y su atláter el Momotombito. Varias lagunas como la de Masaya, Apoyo, Tiscapa y la del Tigre, al pie del volcán Assososca, siembran y embellecen el territorio de la República.

El lago de Nicaragua está á 128 pies sobre el nivel del mar, y en el mismo departamento de Granada y en las islas Zapatera y Corrales, hay ruinas y vestigios notables de los indios primitivos, y es por demás curiosa una visita á los sitios indicados.

Idolos, jarrones, utensilios de barro, se han encontrado bajo las capas de tierra y figuran hoy en los museos de Europa.

También hay complacencia en hacer una excursión campestre hasta la laguna de Assososca, porque en ella y en los murallones altísimos que la encierran, se ven jeroglíficos extraños, á tal altura, que parecen imposibles haya podido llegar hasta allí la mano del hombre.

Nicaragua.– Isla Zapatera, embarcadero—(Pág. 125)

¿Quién fuera capaz de descifrar aquellos caracteres? Según autorizadas opiniones, fueron los jeroglíficos invención de los caldeos, aun cuando también se atribuye á los fenicios el simbólico lenguaje transmitido por ellos al pueblo egipcio.

¿Pero cómo y en qué época fué á su vez adoptado por los pueblos americanos primitivos? Lo cierto es que su traducción sería la llave para la historia del origen de las razas americanas.

Existen en Nicaragua verdaderos oasis con florescencias hermosas, y el anhelo que despiertan de vivir allí en el reposo de aquellos campos de tan singular belleza. Hay un pueblecito, Ñindirí, escondido como la violeta entre florestas y arboledas. Las casitas se descubren á través de bosquecillos, de frutales, y cual misterioso nido en aquel riente y delicioso edén.

Masaya es una ciudad pequeña que tiene semejanza con las poblaciones orientales; está pintorescamente encerrada entre huertos y jardines.

Cerca se ve el volcán Masaya, y en los alrededores quedan las huellas de sus arranques volcánicos; se eleva á una altura de 2.972 pies sobre el nivel del mar.

El Cosegüina hierve eternamente y su cráter está á 3.835 pies; es uno de los más temibles en sus rudos desahogos, pues que en su última manifestación sembró el espanto y la ruina en 1.500 millas de diámetro. Este volcán y el de Conchagua son el maravilloso vestíbulo en la soberbia bahía de Fonseca.

El Mombacho corona la ciudad de Granada y tiene 4.588 pies de altura sobre el nivel del mar.

Hay además en el mismo departamento de Granada, otros notabilísimos volcanes, como son el Ométepe y el Madera, el primero á 5.700 pies y el segundo á 4.700; el más elevado de la República, es el volcán Viejo, que cuenta 6.200 pies sobre el nivel del mar.

Las catedrales de León y de Granada son dignas de la atención del viajero; y, en suma, Nicaragua es una de las piedras preciosas, engarzada en la corona de la América Central.

En aquella región tiene la cordillera de los Andes grandes fuentes de estudio para el observador y naturalista. En Guatemala, con los volcanes de Agua y de Fuego, de Acatenango, de Pacaya, de Atitlan y otros. En San Salvador, con el de San Vicente, Quetzaltepec, San Miguel y el de Tecapa, y en Costa Rica, donde la cordillera adquiere una grandeza incomparable con las altísimas cumbres volcánicas, como son el Barba y el Irazu, á 11.275 pies; el Chirripó Blanco, á 11.740; los Votos, á 9.840; el Turrialba, á 12.500; el Chirriguí, á 11.275, y otros varios que omitimos.

La República de Costa Rica, que ciñe la diadema purísima que le forman las altas crestas de sus volcanes, es la nación verdaderamente aparte en las que componen el territorio centro-americano. Hay en ella algo que subyuga y cautiva al atravesar sus campos y es el bienestar que se advierte en las clases del pueblo, el que lleva reflejado en el semblante la alegre satisfacción de quien no carece en su hogar de lo más necesario para la subsistencia.

Nicaragua.—Calle de Aluvión en Managua.—(Pág. 126)

Costa Rica.—Edificio del Banco.—(Pág. 129)

No tiene Costa Rica más bellezas geológicas que las de su cordillera imponente, pero sí encierra en su alegre suelo todas las abundancias que pródiga le brinda, feraz y cariñoso. La vida en Costa Rica es grata, sencilla y fácil. Desde Puerto Limón, siguiendo la nueva vía ferrocarrilera, puede juzgarse de todas las gallardías que la naturaleza ha derramado con profusión.

Por sí misma la línea que recorre la locomotora, es preciosa y cuajada de contrastes admirables.

Al abandonar la zona costa-ricense, no olvidaremos mencionar sus lagos del Socorro, Barba y Ochomogo, completando así la ojeada que hemos dado por la más pacífica é independiente de las Repúblicas centro-americanas.

Y ahora, lector, sígueme si te place hasta las orillas del mar, donde nos espera un bote que ha de conducirnos á la cercana isla Ubita.

XI

Amelicatl.—La venganza.—Dos tumbas.—Las fuentes de Coatepeque.—De un salto al Orinoco

A la sombra de los árboles y en pláticas sabrosas se deslizaron las horas de aquel día campestre, y llegó el crepúsculo convidando á disfrutar de las brisas marinas y del sosiego de la noche tan plácida y serena, que resolvimos prolongar allí la velada, reanudando la conversación que horas antes nos había entretenido.

Convidados para aquel día de campo habían sido también unos jóvenes recién casados, él salvadoreño y ella guatemalteca. Ruda y larga lucha habían sostenido para vencer la oposición de ambas familias, hasta conseguir que Leonor trocase su traje de colegiala por el vestido de boda.

Caso extraño; la tradición que se cierne sobre la laguna de Coatepeque, había sido causa de rechazar hasta el último instante la boda de nuestros dos enamorados. Decíase que era funesta y de trágico desenlace la unión que se efectuaba en la jurisdicción de la laguna. ¿Y cuál era la

influencia fatal que ejercían aquellos lugares? Fácilmente me pusieron al corriente del tradicional temor, refiriéndome una antigua leyenda que se remontaba á la época de la conquista.

Huyendo de aquellos blancos que habían incendiado su palacio de Carrizos de la Laguna, en pequeño caserío destruído cien veces por los arroyos del Lamatepec, encontrábase oculto con sus mujeres é hijos el cacique Xochitl.

El indio invocaba á sus dioses; pedía á Túnel, el sol, ocasión para sacudir el yugo y presenciar el exterminio del invasor, lleno de gozo ante la venganza salvaje.

El indio era empujado al valle por el blanco y allí se le cazaba como al ciervo; los hombres de piel blanca lo devastaban todo, mataban á las mujeres, á los ancianos, á los niños, y después les dejaban sus carnes abiertas por aquellas endiabladas armas, desconocidas, que vomitaban humo, fuego y muerte.

Un empenachado guerrero, deseando amedrentar al cacique, hizo alto en Huic-Ozcol, para contarle la muerte del gran Atlacatl, rey de Cuscatlán, y el indio temblaba de miedo, rodeado de sus mujeres y de sus hijas, entre las que destacaba por su hermosura la graciosa Amelicatl.

Al ver ésta á un extranjero de brillante armadura y casco de plumas, dando un grito de horror echó á correr, ligera como el pájaro, veloz como la gacela, perseguida en su carrera por el audaz desconocido.

En el bosque sólo se escuchaba el chasquido de las cañas que se partían, de las hojas que se

agitaban y de las ramas que se desprendían de los árboles.

Amelicatl, de color de canela, alta y esbelta, de negra cabellera, ojos vivos, boca abultada y con su enagua de plumas de «queszat», estaba radiante de hermosura, saltando de junco en junco y de broza en broza, con el espanto retratado en su semblante.

El desconocido, separado de sus camaradas, se había extremado en los bosques, precisamente al encontrarse con la bella Amelicatl; sorprendido y enamorado, se lanzó en su persecución.

Tras largo correr, el atrevido mozo preparó, cual bizarro militar, una segura emboscada; la india cayó enredada en los breñales de la selva virgen, y el joven de brillante armadura y casco de plumas, la ayudó á levantarse y, asiéndola cariñosamente, trató de borrar de aquel semblante las huellas de horror.

Para ello le habla con dulzura, con cariño, la cuida y mima, y Amelicatl cambia su mirada recelosa por otra de confianza y gratitud.

Ella cree encontrar la muerte á los pies de aquel hombre de tez blanca, y lo ve de rodillas ante ella.

El invasor se levanta y acercando su boca á los abultados labios de la india, le da muchos besos, mientras le repite mil frases de ternura y le jura y perjura que la adora entrañablemente.

Amelicatl comprende al extranjero; Amelicatl sabe que aquello que le dice es que no quiere separarse de su lado; adivina que soñaba con un amor salvaje, como el suyo, que con él tendrá

siempre un defensor, merced al cual nunca recibirá daño alguno de los blancos...

Y los besos se suceden y el soldado sienta en sus rodillas á la mujer de color de canela, de gallardo cuerpo; de los labios de ésta se desprende una sonrisa, que hace enloquecer al enamorado galán.

. . . . . .

Amelicatl concluye por creer al extranjero y, de la mano los dos, se dirigen á la choza del amedrentado cacique, padre de la india.

Un grito de ésta libra al joven de una muerte cierta. Xochitl avanza fiero y receloso; aquel hombre es de la raza de los que incendiaron su palacio, de los que le privaron de su reino...

—Cálmate—dícele la india;—el blanco es bueno; me quiere, me ha besado, me ha dicho que soy igual á él, que nos protegerá; cálmate, padre, lo quiero mucho.

El extranjero entrega sus armas al cacique en señal de sumisión, y en medio de las más extrañas emociones, el cacique comprende lo que ocurre entre su hija y el recién llegado.

Todo es gozo, contento y alegría; todos prorrumpen en gritos de contento, todos... menos un indio que, enterado de lo ocurrido, parte veloz, internándose en la espesura, sin que las voces de Xochitl le detengan.

. . . . . .

El guerrero y la india se entienden perfectamente; ella le señala paraje lejano donde podrán gozar de la soledad más apetecida; él se cree transportado á la región de los sueños; aquella mujer hermosa le atrae poderosamente, y agarrándola de la mano parten contentos, reflejándose mutuamente su gozo en las pupilas de sus ardientes ojos.

Llegados al deseado paraíso, los dos enamorados jóvenes construyen una choza, primitiva, pequeñita, ideal, bajo su techumbre de cañas y hierbas; el mancebo dice á Amelicatl todo lo que su alma enternecida siente por ella; todo lo que la quiere, todo aquello de que es y sería capaz de hacer por ella.

Amelicatl le escucha placentera; ríe llena de gozo, se cree dichosa y, apoyada su cabeza de espesa melena sobre el hombro del blanco, recorren la selva, enredándose de vez en cuando en las galanas trepadoras, oyendo los gorjeos del «zinzontle», acariciados por blanda brisa impregnada en los aromas de las flores silvestres.

Así pasan la tarde, el día, el tiempo, tiempo que corre, que vuela, que no se siente, y Amelicatl canta en «nahual» con tono melodioso, acompasado, arrobador.

El extranjero no sabe qué hacer para adorar más á aquella mujer llena de encantos, y la aprisiona en sus brazos, la besa, llega á torturarla con tanto cariño, pero la india á cada momento se cree más dichosa y venera y contempla extasiada á aquel hombre de luciente carcaj y con su indígena penacho de plumas.

Los dos cantan y ríen, cuando de repente se oye como un fatídico lamento: es el *tecolotl*, el ave de mal agüero que lanza su gemido como presagio de muerte. Amelicatl tiembla; palidez lívida invade su semblante. Cabral corre para ahuyentar al importuno que turba su idilio amoroso, pero en aquel momento una saeta emponzoñada parte del bosquecillo próximo y hiere en el corazón al hombre blanco, quien cae desplomado.

Amelicatl, trémula y sintiéndose faltada de fuerzas, corre en socorro de su amado, mientras ve escapar á lo lejos al indio Jicuahuit que, satisfecho, se aleja de aquel paraje, soltando una carcajada estridente.

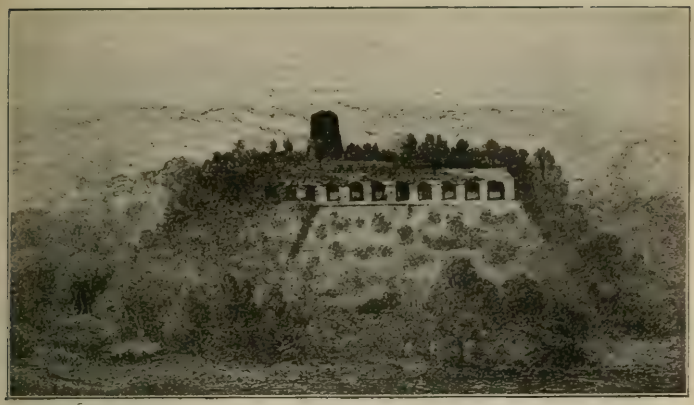
Recuerda la india las promesas que en otro tiempo hiciera al hombre que hoy la priva del sér á quien tanto quería, y la infeliz mujer de color de canela y cuerpo gallardo, cae sobre el cadáver del infortunado guerrero.

. . . . . .

Xochitl, seguido de sus mujeres é hijos, tiene que escapar en busca de un albergue; los blancos se acercan y le matarán seguramente.

Llega el desgraciado cacique al paraje escogido poco antes por Amelicatl, y el pobre indio encuentra de repente, á sus pies, los cadáveres de su hija y del soldado español.

El desventurado padre cavó dos sepulturas, tan próximas, que se tocaban por su base, y en ellas, ayudado por sus mujeres, enterró á los dos enamorados.



Centro America.—Ruinas de Palenque. Palacio.—(Pág. 122)

Venezuela.—Camino de la Guaira á Caracas.—(Pág. 139)

Cuentan los indios de aquellas cercanías, que de las dos tumbas brotaron dos fuentes frescas y límpidas, y que de noche, á la luz de la luna, cual nubecilla visionaria, se levantaban sobre ellas dos figuras que, juntas y cogidas de las manos, cruzaban las aguas de la vecina laguna.

Las fuentes existen todavía, muy próximas entre sí y manando, una, agua tibia, mientras la otra la arroja cristalina y fresca.

Son las lágrimas de los amantes y del temeroso Xochitl, el cacique, á quien los blancos incendiaron su querido palacio de carrizos de la laguna de Coatepeque.

Esta es la tradición que fué contada en la isla Ubita.

Para salir en la madrugada, nos esperaba en Puerto Limón el vapor «Panamá», y con mar rizada y medio arisca, viento fuerte y cielo nebuloso, emprendimos viaje con rumbo á Venezuela.

Fué por tercera vez que me tocó en suerte internarme en las comarcas, cuna de la independencia americana.

Regadas están por ríos caudalosísimos y no es de extrañar que aquellas praderas brinden eterna frescura y lozanía.

De las arterias fluviales, la más admirable, la más importante es el Orinoco, y agrádame consagrarle algunos párrafos.

La hoya del Orinoco marca una de aquellas esplendorosas manifestaciones de las vías fluviales en América. El majestuoso río, el primero de Venezuela y uno entre los más importantes del Nuevo Mundo, ha sido comparado por los poetas

al Nilo, al Ganges y á otros muchos que tienen sus páginas en la historia.

Nace el Orinoco al Sur de Venezuela y en toda su extensión corre por 2.374 kilómetros y alcanza al frente de ciudad Bolívar una anchura de 732 metros. Se desprende en su origen desde una altura de 1.588 metros sobre el nivel del mar, y durante su rápida carrera tiene 2.229 kilómetros navegables, desembocando el gran río por diecisiete canales en el Océano Atlántico.

Hay algo de fabuloso y mucho de fantástico en estos inconmensurables ríos de América, que no sólo por su anchura y su extensión sorprenden y asombran, sino también porque la caprichosa y fecunda madre tierra ha sembrado por doquiera en las márgenes todos los lujos, todos los derroches, todas las abundantes muestras del gran poder creativo.

Veamos, admiremos en Venezuela hermosos lagos: el de Maracaibo y el de Valencia, y al surcarlos en bote ó canoa, deslumbrémonos con las perspectivas que presentan. El de Maracaibo es notabilísimo por su extensión, su profundidad y la feracidad de sus orillas y de los campos que lo rodean; su entrada es dificilísima, y es menester valerse de hombres prácticos que á ello se dedican; por sus aguas pueden surcar embarcaciones de todos tonelajes y llegan hasta cerca de la ribera. El número considerable de ríos que recibe hace que, cuando comienza la menguante de éstos, dejen grandes pantanos que, con sus emanaciones pestilentes, son foco de fiebres pa-

lúdicas y de otras enfermedades producidas por aquella insalubre atmósfera.

El lago de Valencia es mucho más pequeño, pero suficientemente grande y profundo para contener 22 islas y ser navegable en su mayor parte. Es un lago interior, enteramente separado del mar y á la altura de 431 metros sobre el nivel del último. Sus aguas tienen un ligero sabor salado, que no es obstáculo para que se usen como potables en sus alrededores. Las tierras que le circundan son muy fértiles y están bien cultivadas. En sus bordes se forman también pantanos que ocasionan enfermedades palúdicas.

La ciudad de Valencia es un edén riente, y, bañada en luz, circundada de jardines y de lindas casas de campo.

Acercándonos á la capital de Venezuela, nos parecerá una hermosa joven criolla descansando en un nido de flores y defendida de los vientos fríos por la cima del accidentado Avila y por el altísimo peñón de la Silla, que lleva el nombre de la ciudad.

El valle es divino y el clima por demás deleitoso. En 1567 fundó la ciudad Diego Losada, en el lugar que siete años antes había ocupado un hato de ganado de Francisco Fajardo, hijo de un español y de una india guaiquiri, asesinado más tarde por Cobos, justicia mayor de Cumaná.

El cristalino río Guaire baña el sosegado valle de los Caracas y lo fertiliza serpenteando por entre arbustos y plantas que conservan su eterno verdor primaveral.

Desde el cerro del Calvario, antes inculta cima

y hoy precioso y original paseo, se disfruta de un panorama inolvidable y de panoramas tan hermosos como dignos del hábil pincel del artista, pues la fantasía no puede forjarse conjunto más encantador.

A vista de pájaro se destacan las altas torres de la catedral y de las numerosas iglesias, los parques, las calles, el antiguo caserío, haciendo contraste con el moderno y elegante, y lejos, perdiéndose en el horizonte, las casitas de recreo y los pueblecitos alegres, bañados en fulgores ardientes y voluptuosos.

Una de las curiosidades para todo viajero ha de ser visitar la casa donde en 1795 nació Simón Bolívar y la tumba donde reposa aquel hombre extraordinario, el panteón de ilustres, á donde fué trasladado desde Santa Marta, la ciudad colombiana donde el héroe exhaló el postrer suspiro. Hoy la casa cuna del célebre Libertador está convertida en Banco.

Los valles de Aragua son un paraíso; tienen vida intensa, exuberante, cuajada de armonías, de efectos de luz y de detalles incopiables que acusan su vigorosa robustez y su riqueza. En aquellas arboledas resuenan notas melodiosas, gorjeos de amor y arrullos de las mil avecillas habitadoras de aquella región.

Lector, si alguna vez vas á Venezuela, no dejes de hacer una excursión á los valles de Aragua, porque en ellos encontrarás la realidad de todos los poéticos ensueños.

En el interior tienen gran importancia las haciendas, las hay muy valiosas, principalmente aque-

llas en donde se cultiva el cacao, tan celebrado en el mundo entero.

En la boca de Orinoco existen grandes instalaciones inglesas en territorio propio venezolano, del cual poco á poco van adueñándose los hijos de la Gran Bretaña. Nadie ignora que uno de los rasgos característicos de aquel pueblo es la persistencia en sus propósitos, siendo uno de éstos llegar á posesionarse de la Guayana, que pertenece á Venezuela.

La inmigración ha sido inmensa, y la orilla derecha del Amacuro y las ambicionadas riberas del Orinoco han de convertirse en poderosa colonia inglesa.

En aquellos enmarañados bosques cubiertos de malezas, habitados por reptiles y con frondosidades antidiluvianas, han plantado sus huellas los invasores, conducidos por la ambición y por el deseo de arrancar á la madre tierra los riquísimos filones que atesora sobre todo en las minas inagotables de oro descubiertas en Barima, que han sido el atractivo, el poderoso imán para americanos y europeos.

También el indio obtiene grandes ventajas con el laboreo del oro y con el tráfico constante que hace de ricas maderas, de plumas, de vainilla y de otros variadísimos productos de aquel terreno prodigioso. No menos fabuloso que el de las minas de Alaska es y ha sido el rendimiento de aquellas vetas que deben prolongarse tal vez por leguas y leguas, porque jamás se agotan á pesar de las múltiples exploraciones que efectúan las

compañías para desentrañar los mágicos criaderos.

En una de aquellas inconmensurables soledades de la Guayana existe un pozo prehistórico al que un drama pasional ha dado el nombre de Pozo del Muerto.

Y aquí viene de molde referir el «sucedido» origen de aquel nombre.

Joven, gallarda y hermosa, con esa belleza típica de las hijas de Albión, habitaba en una de las instalaciones inglesas la heredera de acaudalado explotador en las minas de Yuruary; había seguido á su padre en alas no sólo de su amor filial, sino más bien por ese anhelo de lo desconocido, por ese afán de buscar los vestigios de otros tiempos y de otras cosas. Vióse en breve rodeada de admiradores y festejada por sus valerosos alardes de amazona y de viajera que, sin temor alguno, se internaba por selvas desconocidas y rastreaba las huellas del tigre hasta llegar á su guarida.

La intrépida inglesa permitía que siempre la acompañaran dos de sus más porfiados adoradores. Ambos la amaban; ambos pretendían su corazón y su mano. Carlos era venezolano, y Guillermo inglés. En vano trataban de sondear hasta el fondo del pensamiento de Mary, é ignoraban quién de los dos pudiera ser el preferido.

La caprichosa europea repartía sonrisas, frases y miradas seductoras por igual á sus dos pretendientes, pero por extraña ley de simpatía ó antipatía, tornóse de repente menos comunicativa para Carlos y más confidencial para su com-

patriota, absteniéndose de sus paseos á caballo, de sus correrías por los bosques, de sus excursiones por las orillas del río.

Carlos, como todo enamorado, adivinó que llegaba el momento supremo en que, desagarrándosele el corazón, había de renunciar á la ventura soñada. Tenía un rival preferido, y Mary no escondía aquella preferencia.

Un día Carlos encontró sola á la joven y la interrogó seriamente. Las evasivas fueron su respuesta, y loco de celos, se despidió Carlos de Mary, diciendo:

—Os amo de tal manera, que no vacilaré en vencer todos los obstáculos.

—No hay otros que los de mi voluntad; nada está decidido; entre uno y otro no ha pronunciado mi corazón su última palabra.

—La idea de perder la felicidad que ambiciono me llevaría hasta el crimen—dijo Carlos con acento sombrío.

Pasaron algunos días; instantáneamente corrió por la colonia una noticia; Mariy se casaba con Guillermo, y á raíz de la boda se embarcaría para Europa.

Más ofendió á Carlos la falta de sinceridad que el desamor de Mary; más sufrió con el desengaño que le producía la doblez de la inglesa, que con la pérdida de todas sus ilusiones, y dudando no fuera verdad, puesto que el día anterior la había visto solícita para él, la pidió una postrera entrevista.

Obtúvola en la entrada del bosque, en una en-

ramada solitaria, en paraje algo alejado de los caseríos.

Aún Mary negó; aún quiso desvirtuar la realidad; aún intentó despertar la esperanza de su adorador, tal vez porque en aquellos momentos, al contemplar su demudado semblante, temió por sí misma.

Carlos comprendió lo falso de las palabras, lo inverosímil de aquellas promesas, el engaño para ganar tiempo, hasta cumplir la realización del odioso enlace.

Una nube veló su mirada; la cólera, los celos, hasta el desprecio por aquella mujer, le cegaron, y dió un paso hacia ella.

Mary se aterró; había leído en los ojos de Carlos su sentencia de muerte; quiso huir; corrió; sonó un tiro de revólver; la desgraciada joven salió de la enramada, intentando salvar su vida; Carlos se lanzó tras de ella.

A corta distancia de un hoyo cubierto por espesas malezas había un tronco de árbol sin duda medio calcinado por un rayo; en él se prendió el vestido de Mary, haciéndola caer desplomada, casi al borde del pozo, al tiempo que un segundo disparo la hería en el corazón.

Carlos huyó como un loco, internándose en el bosque. Mary, en las convulsiones de la agonía, cayó en la profundidad de aquel hueco que hoy los indios llaman el Pozo de la Muerta.

Al visitar Venezuela, aconsejamos al curioso, al explorador atrevido, dedique algunas semanas para conocer la Guayana, y de ello le resultará

honra y provecho, como suele decirse, además de haber grabado en su mente cuadros imborrables, consolidando la idea de lo que puede conseguirse con un trabajo constante de zapa, que es el que efectuaron los ingleses para hacerse señores de esa Guayana soberanamente rica.

Costa Rica. - Una calle de San José.—(Pág 129)

Cuba.—El Senado, salón de sesiones.—(Pág. 147)

XII

Nuevitas.—El abra del Yunurí.—La cueva de Aguas Buenas.—Particularidades.—Murallas ciclópeas.—Don Juan de Haro.—La cruz de Culebrinas.

Divertido por demás fué uno de los viajes á bordo del vapor «México», que desde Colón nos conducía á playas cubanas, amenizado por los esplendores de la magnífica costa, siendo la más hermosa aquella que presenta la preciosa bahía de Nuevitas; los ardores del clima, el corte de la población y el aspecto de la playa, como igualmente el vestir de la gente del pueblo, nos recordaba con delicia á las alegres ciudades de Levante.

Ya en la Habana, pasamos algunas horas en recorrer la ciudad que ya de antiguo era muy conocida nuestra, y al día siguiente acepté con alborozo un convite para Matanzas, y en gozosa compañía salí para aquella población, donde corrieron dos días en los embelesos de la amistad y halagos de hospitalaria confianza.

Una vez más recreé la vista con las dos altas

montañas que forman el abra del río Yunurí, y de ellas atrae la mirada la más erguida y elevada, la Cumbre, por las caprichosas y arquitectónicas concavidades, arcos y columnas que parecen obra de la Edad Media; al frente está la célebre peña aérea que, á primera vista, semeja voraz cocodrilo que va á lanzarse en el mar. Un manto de esmeralda cubre la cima y las laderas de la montaña. Grupos de flores, el cóndor audaz, los colibrís que revolotean entre manglares, arbustos y plantas que tienen por espejo al cristalino Yunurí, presentan en Matanzas un golpe de vista encantador que se completa con la galanura de la bella ciudad.

La isla de Cuba ocupa lugar predilecto en el santuario de mis recuerdos, pues en ella se han deslizado muchos, muchísimos días felicísimos de mi existencia errante y que conservo indeleblemente grabados en el corazón y en la mente.

No existen restos ni de razas ni de monumentos, pero arraigan en la tierra cubana todos los tesoros más inapreciables de su naturaleza benévola, por demás rica y eternamente joven y risueña.

Como recuerdo histórico de su independencia, álzase un monumento en el sitio llamado el Cacahual, cercano á la carretera de Santiago de las Vegas al Rincón.

Está consagrado á perpetuar la memoria de Antonio Maceo, uno de los grandes caudillos en la magna lucha, y de su fidelísimo ayudante Francisco Gómez Toro. Sus restos fueron enterrados

Cuba.—Palacio del Senado.—(Pàg. 149)

allí el 8 de Diciembre de 1896, al día siguiente de la batalla de San Pedro.

La abnegación, el valor y el heroísmo no tienen patria; pertenecen á la historia y al universo.

Gómez Toro, hijo del que fué generalísimo del ejército cubano, herido gravemente intentó salvar á su jefe y amigo moribundo, el general Maceo, y no lográndolo, se suicidó, probablemente para no caer en poder del enemigo.

¡Culminante rasgo que conmueve y admira, engrandeciendo al joven héroe!

No escasean en Cuba bellísimos saltos y cascadas, como la pintoresca de Habanilla, la del río Almendares, la del Guaso y otras, por demás atractivas. Las grutas de Bellamar, que encierran singulares estalagtitas y estalagmitas, el lindo puente natural de Bitiri; el hermoso salto de Guantánamo; los portales del río de San Diego y su cascada; el yunque de Baracoa; la Gran Piedra de catorce metros de largo y cinco de ancho, en la cúspide de la montaña, á 1.500 metros sobre el nivel del mar, y otros efectos de la naturaleza, excitan la curiosidad del viajero en la isla de Cuba.

Especial mención merecen los ingenios, en particular los de azúcar, que cada uno de por sí es manantial de riqueza y el producto más importante de la feraz Antilla.

Más de doscientos ingenios, entre ellos el Central Narcisa, provincia de Santa Clara, cultivan y explotan la caña, dándose en algunos hasta diez millones de arrobas, es decir, como un millón de azúcar, núcleo de fabulosas fortunas.

Las fábricas de tabaco, desde el primer detalle de la cosecha hasta el último de la elaboración; los plantíos de café, de cacao, demuestran la actividad constante para el desarrollo de todas las industrias productoras, que representan no sólo inmenso caudal, sino también todos los adelantos prodigiosos del siglo xx.

Muy próxima de Cuba está su hermana la isla de Puerto Rico; sus lazos fraternales, á pesar de funestos recientes acontecimientos, no se quebrantarán jamás. El idioma, las costumbres, el propio origen, son eslabones que las unen para siempre.

Es la nueva colonia norte-americana por demás pintoresca y hermosa, tanto por la esbeltez de árboles y plantas cuanto por sus abundantes ríos y la belleza de sus valles y colinas, siendo, en suma, una de las más puras del mar de las Antillas, pero en su suelo no encontraremos tampoco portentos arquitectónicos ni prodigiosas magnificencias como aquellas que ofrecen la mayor parte de las comarcas del Nuevo Mundo, pero consignaré curiosidades que á mi parecer merecen mencionarse.

En la jurisdicción de Aguas Buenas se encuentra una espaciosa cueva que debe datar de la Edad de Piedra (periodo neolítico) y que se cree sirvió de morada á los indios antes de que éstos, en tiempos más adelantados, empezasen á construir para sus viviendas las chozas ó bohíos.

La cueva de Aguas Buenas (1), apenas profa-

(1) Parte de los datos relativos á curiosidades portorriqueñas son debidas á nuestro singular amigo Don Antonio Cortón, y las reproducimos casi literalmente.

nada después de la conquista, por la planta humana, es en alto grado pintoresca y figura en las geografías y en las narraciones de viajes como una de las bellezas del país.

Esta cueva es de acceso peligroso por la multitud de reptiles venenosos que la habitan, entre ellos el guabá, que abunda en ella.

La primera impresión del viajero al acercarse á Puerto Rico, es el Yunque, ó sea la cuesta más elevada de la sierra de Luquillo. Desde allí, en los días claros se divisan perfectamente Saint Thomas, Santo Domingo y otras islas del mar antillano. El panorama es espléndido.

El bachiller Santa Clara, en la «Memoria y descripción de la isla de Puerto Rico que mandó hacer S. M. el Rey Don Felipe II el año 1582», describe así la sierra de Luquillo ó Loquillo, como antes se llamaba:

«De la ciudad de Puerto Rico á la parte del Sudeste Delta, está una sierra muy grande que hace tres abras y es muy alta: llámase toda ella junto, la sierra de Loquillo, aunque desmembrada á las tres alturas que muestra; á la más alta llaman la sierra de Furudí, puesto este nombre por negros, que en su lengua quiere decir «cosa que siempre está llena de nublados». La otra llaman el Espíritu Santo, y la otra Loquillo; está diez leguas toda ella de la ciudad de Puerto Rico; llamóse Loquillo porque los españoles la denominaban así, respecto de que un indio cacique que en él posaba, se alzaba de ordinario contra los cristianos y nunca tenían sosiego; de esta sierra nace una cordillera que parte la isla por medio

de Este á Oeste y llega á la mar y comarca de la Nueva Salamanca.

Recientemente ha habido en distintos pueblos hallazgos de antigüedades del tiempo de los indios. El doctor Sthaet, sabio naturalista puertorriqueño, posee una colección de objetos muy interesantes para la investigación nítida. El padre Nazario, historiador muy notable, guarda como oro en paño algunas piedras de regular tamaño con signos, que hacen tal vez sospechar que los indios debieron de conocer la escritura. En unas excavaciones que se hacían cerca del pueblo de Utado, encontró el señor Legram no hace mucho, en 1896, una cazuelita de arcilla, un *colesibí* ó collar indígena, compuesto de dieciocho piedrecitas de pórfido y mármol, todas ellas taladradas, y una vértebra de pescado con ocho cavidades en sus bordes, que se debieron utilizar para colocar plumas de aves y constituir así un adorno plumífero de cabeza.

Es curioso observar cómo los indígenas de Puerto Rico conocían el uso de las aguas minerales. El suntuoso balneario de Coanso donde suelen buscar y encontrar la salud los portorriqueños de hoy, trae sus aguas de la misma fuente donde los indígenas, mucho antes de la conquista, iban á buscar el remedio á sus males. A propósito de esta fuente, el bachiller Santa Clara, en la misma memoria que hemos citado más arriba, dice lo siguiente:

Hay una fuente en este término y junto á este río de Cuamo, que llaman el baño y de su naturaleza el agua del muy caliente güele á azufre,

Cuba.—Fábrica de Tabacos.—(Pág. 150)

San Juan de Puerto Rico.—«Casa Blanca» primera construcción que se hizo en la capital y antigua fortaleza.—(Pág. 153)

es medicinal á los que allí se bañan; no se puede sufrir la mano por espacio de un cuarto de credo en el agua; fué baño de indios antiguamente, porque tiene una piedra á modo de pilar y figuras de indios pintados, y de la otra parte, á un tiro de ballesta, sale otra fuente de agua muy fría.»

Poco, muy poco resta de la época gloriosa del descubrimiento y de la conquista, que pueda recordar á la presente generación las hazañas de aquellos hombres que, guiados por su fe, por su valor temerario ó por su ambición, colonizaron la isla y esparcieron por ella la religión católica y la lengua castellana.

Queda, sin embargo, la muralla, para memoria de las construcciones hechas en aquellos tiempos, en todo el continente americano, y que, en lo referente á Puerto Rico, le dan todavía un aspecto semi-feudal muy semejante al de aquellos famosos castillos de la edad medioeval.

Las imponentes murallas fueron baluarte de gloria cuando los corsarios sembraban el espanto entre los pacíficos habitantes de las colonias españolas.

Uno de los restos más notables de las fortificaciones y que está próximo al castillo de San Cristóbal, es el Abanico, laberinto de gran mérito por la maestría con que está formado y que llama verdaderamente la atención de quien visita la isla de Puerto Rico.

Dícese que lo que hoy se llama Casa Blanca, está fundada sobre los cimientos del vetusto é histórico castillo que llevaba el nombre del con-

quistador Ponce de León, que hoy tiene estatua en la plaza de Santiago.

También no omitiremos mencionar el hermoso cuartel de Ballajá, que ocupa un espacio de 7.796 metros cuadrados.

Así como las murallas de Cartagena de Indias han tenido fama universal por lo costosísimo de su construcción, del mismo modo las de la ciudad de San Juan dieron lugar también á que uno de los soberanos españoles exclamase al darse cuenta de las sumas empleadas en ella: «Esas murallas, á juzgar por el oro que se ha invertido en levantarlas, deben verse desde el muelle de Cádiz.»

Un modesto monumento ante el cual me detuve conmovida, es el que se levanta en el campo del Morro, á pocos pasos del castillo, vigilante centinela de la entrada de la bahía. El episodio que ha perpetuado el sencillo monumento, es uno de aquellos grabados en la historia con letras de oro.

Allí, en aquel lugar, fué muerto en 1625 el general holandés Boduyno Eerico.

A la sazón mandaba el castillo del Morro el gobernador don Juan de Haro, quien habíase hecho fuerte en él, resuelto á la defensa.

Se le intimó la rendición.

—Me espanto que sabiendo que estoy yo aquí se me pidan semejantes partidos; si vuestra merced quisiera alguno, ha de ser entregándome los bajeles surtos en ese puerto, pues yo les daré uno ó los que hubieren menester para retirarse; esta

es la orden que tengo de mi Rey y Señor, y no otra. Conque ya he respondido á su papel.

Efectuadas por los nuestros algunas salidas, produjeron éstas profundo enojo en el almirante holandés, quien hizo saber á don Juan de Haro que, si no entregaba la ciudad, la reduciría á cenizas.

—Si todo el poder que queda en Holanda estuviera ya en Puerto Rico, lo estimaría en mucho, porque vieran el valor de los españoles. Si quemaren el lugar, valor tienen los vecinos para hacer otras casas, porque queda madera en el monte y materiales en tierra. Estoy en esta fuerza con la gente que me basta para quemar toda la suya; y no me escriban semejantes papeles, porque no responderé á ellos. Esta es mi única respuesta; y en lo demás hágase lo que les pareciere.

Tal respuesta fué la señal para comenzar el incendio de la población. Entonces y jugando el todo por el todo, ordenó el gobernador se hiciera una salida, y tan feliz fué el resultado, que Haro, hirió mortalmente al general holandés; muchos de los enemigos fueron arrojados al mar, haciendo huir á la escuadra holandesa, y tomando uno de los buques que tenía treinta piezas de artillería.

Tal fué el suceso base del monumento que hemos citado, y el lector perdonará que en gracia de un hecho tan honroso para la historia, haya dedicado á ésta un largo párrafo.

Muy cerca de Aguada, que debe este nombre á Colón, cuando la escuadrilla hizo «aguada» en

aquella playa y en la boca del río Culebrina, existe una cruz de mármol blanco, de cinco á seis metros de alta, y en ella se leen estas dos fechas: 1493—1893.

En aquel paraje fué, según afirma el doctor Chanca, donde desembarcó el genovés insigne en su segundo viaje en 1493, descubriendo así la isla que se llamó Puerto Rico.

Al celebrarse las fiestas del cuarto centenario en 1893, se acordó conmemorarlo levantando la cruz de Culebrinas, á la vez que en San Juan se erigía la estatua del descubridor inmortal.

Tal es á grandes rasgos la descripción de lo que en la isla de Cuba, hermoso puente entre Europa y América y en la de su vecina isla de Puerto Rico, merece señalarse al interés del viajero.

San Juan de Puerto Rico.—Cuartel de Ballajá, llamado también Cuartel Nuevo.—(Pág. 154)

Santo Domingo.—Camino Real.- (Pág. 157)

XIII

En la isla española.—El pasado y el presente.—El lago Enriquillo.—El santo cerro.—Treinta caballeros.—Oro á raudales.—Haití.—Episodios á bordo del "Nueva-York"

Fué la primera de las colonias españolas en América, la más querida, la predilecta de Cristóbal Colón, puesto que la escogió para que en su suelo se depositaran sus restos.

A orillas del río Ozama, en su desembocadura con el mar, está situada la capital, y en ella encontraremos no cosas maravillosas pero sí no poco donde fijar la atención, donde evocar recuerdos de los primeros tiempos de la conquista, donde dar segunda vida á personajes legendarios é inmortales.

Veremos en primer término, al desembocar, las vetustas ruinas y los muros medio derruídos de la casa de Diego Colón, hijo de aquel hombre singularísimo, que dió un Nuevo Mundo á España. Aún están en pie algunas habitaciones y creo se tenía la idea de convertirla en museo.

Al andar por las rectas calles de la ciudad, se tropieza con los gigantescos restos del convento de San Francisco, de grandioso aspecto, de suntuosa construcción y que todavía acusa lo que fué en los primeros siglos de la conquista.

Cubierta por la tierra y por la maleza, ha de estar en la entrada del que ayer era majestuoso templo, la tumba del Adelantado don Bartolomé Colón, hermano del almirante.

Bajo las bóvedas aún erguidas, se pierde el pensamiento en épocas muy lejanas y se eleva el espíritu, con mística fe, hasta las regiones de lo infinito.

No menos elocuentes son los escombros de la Universidad, la primera fundada en América, la primera donde bebieron en las fuentes del saber humano los antepasados de la presente generación, donde adquirieron las nobles nociones del patriotismo que tanto ha distinguido á los dominicanos.

Cada esquina, cada casa de Santo Domingo, es un libro abierto, es un mundo de memorias que pueden evocarse, resultando de ello doble y honda satisfacción cual la que produce todo lo grande y glorioso, como sucede por ejemplo al penetrar bajo las santas naves de la basílica, que guarda como tesoro inapreciable lo que aún resta del que fué Cristóbal Colón.

La catedral fué erigida como metropolitana en 1547, y su sede arzobispal es la primada de las Américas.

A grandes polémicas ha dado margen la cuestión referente al sepulcro de Colón y á sus restos, que unos afirman descansan en la catedral

de la Habana, y otros, los más numerosos, creen ser los que en urna de cristal conservan con amor y veneración los dominicanos.

Allí está la tumba del primer Duque de Veragua, justo enfrente de aquella concedida por los Reyes Católicos al descubridor augusto; más abajo y casi á pie, se encuentra la losa bajo la cual halláronse las cenizas que fueron trasladadas á la Habana en 1795 y que pudieron ser las de Diego Colón, hijo del almirante.

El aspecto de la ciudad es por extremo correcto, y aún existen muchas casas que conservan sobre sus portadas los escudos señoriales.

La gran cordillera y serranía que enlaza por su base con montes colosales, forma un conjunto admirable y majestuoso, con altísimos picos que algunos alcanzan á 1.200 metros de elevación, y otros como el de Entre los Ríos, á 2.440, el pico Gapí, á 2.995 metros y Loma Tina, á 3.140; la mayor parte de ellos situados en la Hilera Central.

En lo que se llama sierra de la Atravesada, sobre la costa y coronando la ciudad de Puerto Plata, se extiende la montaña llamada Isabel de las Torres, que tiene 700 metros de alta y termina sobre los campos de la histórica Isabela.

Siendo el territorio dominicano accidentado por extremo, claro está que presenta hermosas cascadas y saltos de agua, tanto más cuanto que caudalosos ríos y numerosos arroyuelos cruzan los valles, bajan á la profundidad de las cañadas y cortan en todas direcciones las llanuras.

La hermosa caída del río Comate, en las inme-

diaciones de Vayaguana, forma preciosísima cascada, lluvia de aljófar, deslumbrador cortinaje de irisados colores.

La Benigua, en San Cristóbal, es también notable, y á éstas citadas sobrepuja la gran catarata del Río del Medio, en el valle de Constanza.

Extensos lagos y lagunas se encuentran por todo el territorio; en primer término y con doble objeto, citaremos la de Naragua ó lago Enriquillo, segundo nombre que se le dió por haberse refugiado en la isla Cabras, que se halla en el centro, el famoso cacique indígena don Enrique.

Tiene el lago como cien kilómetros de circunferencia, de 55 á 56 de largo y 15 en su parte más ancha. Dista del mar 32 kilómetros, y la cordillera lo separa de la costa. Sus aguas son salobres como las del mar, circunstancia debida, sin duda, á que marcha sobre inmenso cauce de sal gema, que se afirma abarca las nombradas salinas de Neiva, pues que ninguna comunicación se ha encontrado entre el lago y el mar.

En cuanto al origen del segundo nombre, diremos que don Enrique fué un guerrillero que, por su heroico valor y su conducta noble y sin reproche, se hizo admirar por propios y extraños. Abundan los datos históricos que pregonan los hechos del campeón indio, quien por más de trece años triunfó de las fuerzas españolas y con acrisolada hidalguía resistió á las más halagadoras promesas, hasta que por capitulaciones y por honorífico tratado, quedó terminada la lucha entre los indios, capitaneados por Enriquillo, y las tropas peninsulares.

Hecha la paz, eligió morada el caudillo al pie de las montañas del Cibao, á corta jornada de Santo Domingo, donde fundó el pueblo de Santa María de Royá, que existe como recuerdo de aquel indio defensor de sus libertades; allí, en la iglesia, se guardan sus cenizas.

Su vida y sus hazañas dieron hermoso argumento para un libro, y en él, el atildado escritor dominicano Manuel de Jesús Galván, ha desarrollado hábilmente el interesante episodio histórico.

En la tierra dominicana hay notables bahías, y, sobre todo, una que es envidia de los norteamericanos y admiración de los europeos que visitan la antigua isla española.

La bahía de Samaná cuenta, de Este á Oeste, sesenta y tres kilómetros de extensión y veintitres de ancho de Norte á Sur.

El magnífico fondeadero de San Lorenzo ó bahía de las Perlas, tiene capacidad para dar abrigo á grandes escuadras, y sus aguas apacibles, la abundancia de pesca, las cercanas minas de carbón y su situación en el centro de las Antillas, hacen que la consideren como llave del Golfo Mexicano.

Entre los puertos y bahías notables, está también en primera línea la de Ocoa, que á no dudarlo, es la segunda de la República por sus condiciones especiales. Puerto Hermoso se llamó en tiempo del coloniaje; en sus aguas encuentran fondo los buques de mayor calado, que están al

abrigo de los vientos en diversos y cómodos fondeaderos.

En Junio de 1502 buscó amparo en aquella bahía, Cristóbal Colón y su pequeña flota, durante el terrible huracán de los principios de aquel mes.

Precisamente fué cuando Ovando negó la entrada en el puerto de Santo Domingo al genovés egregio.

Cítase en las memorias de la misma época y entre las curiosidades que deben atraer la mirada y el estudio, el Santo Cerro, cercano al pintoresco valle de la Vega Real y por los sitios donde habitaba el cacique Guarionex.

Refiérese que en el segundo viaje envió Colón veinte hombres para cortar los brazos de un níspero y con ellos se formó la famosísima cruz de la Vega, que plantó el descubridor en el hoyo sobre el Santo Cerro.

Susurra la tradición que en el alzamiento de los indios de 1495, intentaron destruir el santo emblema, sin que alcanzaran su designio, porque en una de sus acometidas apareció sentada en los brazos de la cruz una hermosísima mujer que estrechaba contra su seno á un niño de maravillosa belleza.

El níspero está aún en pie, ya carcomido y enteco, pero todavía dando fruto en uno de sus retoños. Una parte de la cruz se venera como reliquia en la catedral de Santo Domingo.

Las ruinas de la primitiva capital dominicana ó sea la antigua Isabela, despiertan no sólo interés, sino gráficas memorias de aquel siglo fecun-

do en proezas y en sucesos, que muchos parecerán fabulosos al andar de los tiempos.

En las cercanías de Santiago de los Caballeros sobresalen aún los vestigios de la ciudad que fué arruinada por un terremoto en 1564. Existen murallones y un estanque que debió ser un baño, y en las excavaciones se ha dado con monedas, medallas, objetos de arcilla y varios utensilios de cocina.

La villa se extendía en larguísimo espacio, y se ve el trazado de las calles y el de una plaza de gran proporción.

Santiago fué fundada por treinta caballeros, y por orden del Rey tomó el sobrenombre que lleva. El risueño río Yaque da vida y feracidad á los campos en aquella región del Cibao, una de las más productoras é importantes del país.

Famosísima por cierto es por sus minas aquella región, que fueron conocidas desde el principio del descubrimiento.

¿Se creerá exagerado decir que el oro corre á raudales por las quebradas, por los arroyuelos y que está infiltrado en las entrañas de la tierra?

Estoy segura que á varios de mis lectores les brillarán los ojos ante la idea de haber á las manos tamaña riqueza. Decía el padre Charleroix que el río Yaque arrastra sendos granos de oro purísimo, y que en 1708 se encontró uno que pesaba nueve onzas y se vendió en ciento cuarenta pesos á un capitán inglés.

En una de las montañas de Puerto Plata se encontraron dos pedazos de este metal que dieron para una hermosa bandeja. En la banda del Sur

se hallan las minas de Guara, y el cerro llamado el Rubio, puede decirse que está formado de oro, tanta es la abundancia, y no menos lo es la de plata, aun cuando muchas de las mismas estén hoy paralizadas en su explotación.

La sierra del Cibao es muy elevada, y figurémonos sus altas cumbres escalonándose en infinitos ramales, que encierran en su seno tesoros inagotables.

Esta serranía no sólo es inmensa cadena en toda la tierra dominicana, sino que también protege contra los huracanes las dilatadas selvas haitianas, en distintas ramificaciones que se destacan del nudo principal.

La serie de montañas en Haití, no alcanzan la majestuosa altura que en Santo Domingo, y presentan cortaduras que forman gargantas profundas, elevándose, sin embargo, algunos picos á 1.500 metros sobre el nivel del mar.

Es fama que en aquellos inaccesibles riscos se refugió el cacique Guarocuya, pariente de la hermosa india Anakaona, tan célebre en la historia de la conquista.

Hoy es una especie de territorio neutral entre las dos porciones en que está dividida la isla española: Santo Domingo y Haití.

Entre los puertos y bahías de la antigua colonia francesa, es notable la de «Fort Liberté», caprichosamente formada; en el interior parece un lago que no comunica con el mar sino por una lengüeta de dos kilómetros y medio y de 650 de ancho; esta bahía es profunda, abrigada y separada del mar por una serie de colinas.

El inmenso golfo de Gonave se encuentra á la entrada de la bahía de «Port au Prince», y en el centro de él se destaca la isla del mismo nombre, la más considerable de Haití; posee numerosos puertos á donde hoy acuden los buques de todas las naciones por el activo comercio que adquiere cada día mayores desarrollos, ya sobre el Océano Atlántico, ya en el mar de las Antillas.

Aún existen parajes inmensos en el interior de Haití, casi desconocidos, y algunos habitados por tribus salvajes.

La isla Gonave es fertilísima, con bosques de caoba y de robles y otras riquísimas maderas de construcción. ¡Lástima grande que en ese país haitiano, tan exuberante, tan risueño y con tantos elementos para el comercio y para la industria, no se invada con más rapidez el terreno de amplitudes y concesiones tan necesarias para la explotación de las riquezas naturales!

Mi itinerario tenía punto final en los Estados Unidos, y proseguí viaje desde Puerto Plata para la gran República en el vapor «Nueva-York».

¡Cuán grande sería mi sorpresa al encontrarme á bordo con Lucy y con Roberto, entre los compañeros de viaje!

Mis amigos, los que durante tan largo tiempo habían compartido conmigo los encantos ó las penalidades que ofrecen largos trayectos por caminos tan accidentados como los que habíamos recorrido en diferentes puntos de América, estaban allí, sobre cubierta, y me tendían los brazos.

Claro está que la noche pasó como un soplo,

entretenidos los tres en comunicarnos cuanto desde nuestra separación en Chile había acontecido.

Lucy llegó á tiempo para recibir el último abrazo del noble anciano; después habíase encerrado sola con su dolor y éste llegó hasta el punto de que Roberto temiera por la vida de su amante compañera.

Con ruegos y cariños, la sacó de su postración, la condujo á París, luego á Italia, no dándola espacio para que se entregase á memorias que pudieran perjudicarla.

Por último, pensó en América, pensó en mí, y seguro Roberto de que me encontraría, quiso que yo concluyera la curación por él comenzada.

Y allí estaban, á mi lado, dispuestos á seguir mis inspiraciones y á engolfarse conmigo en el laberinto norte-americano.

Era la madrugada cuando nos retiramos á nuestros respectivos camarotes, y no había pasado apenas media hora, que nos habíamos entregado al sueño, cuando un grito, voces y carreras, nos hizo levantar y salir despavoridos.

Sobre cubierta se hallaban todos los pasajeros; el capitán daba órdenes apremiantes para echar un bote al agua, y el vapor detenía su marcha.

Todo era confusión porque no se sabía la verdad del caso, hasta que un camarero, interrogado por Roberto, nos puso al corriente de lo sucedido.

Una mujer habíase arrojado al mar y se trataba de salvarla ó por lo menos de encontrar su cuerpo. ¿Quién era ella? Una infeliz que, en alas de loca pasión y de los celos, habíase embarcado en

Santo Domingo en seguimiento del ingrato que allá en Nueva-York la olvidaba tal vez por otra mujer.

En Puerto Plata había tenido noticias del infiel, y convencida de que nada conseguiría, volvió á embarcarse en un estado de extrañísima y terrible agitación.

La idea del suicidio se le presentó, sin duda, como único remedio para su desesperación.

Nadie la había visto, nadie pudo evitar la catástrofe; más aún fué imposible ni socorrer á la desventurada ni dar con su cuerpo.

Las olas estaban encrespadas; la marejada era fuerte, y visto lo infructuoso de cuanto se hiciera, volvieron á izar el bote y el vapor se puso en marcha.

Todos temíamos el paso de las famosísimas corrientes que desde el golfo de México siguen su curso leguas y leguas hasta perderse en los mares de Irlanda, pero en vez de encontrar el mar ensoberbecido y tempestuoso, nos dió la gran sorpresa de que al amanecer lo viéramos como un inmenso lago, tan sereno, que ni había olas ni apenas la superficie rizaba suavemente.

Todos los pasajeros estábamos sobre el puente, asomados á las bordas y deleitándonos con las zambullidas y los saltos de centenares de delfines que se divertían y alborozaban sobre aquel límpido cristal; pocas veces se habían encontrado en tal festejo, pues sabido es que aquellos parajes son por demás peligrosos y que las caricias del potente elemento dejan á veces huella trágica.

Amorosas estuvieron las olas durante todo el

trayecto y ante la idea de la entrada en Nueva-York, permanecimos sobre la cubierta hasta muy tarde, Roberto, Lucy y yo.

A medida que el vapor avanzaba, las costas aparecían como un panorama fantástico producido por los millares de luces que bordaban las orillas.

Los numerosos sitios de recreo tendidos en las playas cercanas á la gran Metrópoli, estaban profusamente iluminados, porque en la época de verano en que nos encontrábamos, prolongan sus bailes y diversiones durante toda la noche.

Y seguía el vapor adelantando y teniendo al frente á la Babilonia americana, que múltiples focos de luz eléctrica la daban un aspecto singular y bellísimo. Poco después, por entre una nube de humo, de mástiles, de vaporcitos y de vapores de alto bordo, llegamos al fondeadero, en ese hermoso brazo de mar que forma la bahía más apropiada en el universo para un gran desarrollo comercial.

El Niágara.—Cascada de la Herradura y vista de la isla de la Cabra.—(Pág. 172)

XIV

Panoramas.—Sobre Nueva-York.—El Central Park. Un puente prodigioso.—La ciudad de los Muertos. El Niágara.—La tierra del oro.—Espejismos.—Las cataratas de hielo.—Adiós á América.

Por primera vez visitaban los Estados Unidos Lucy y Roberto, á pesar de haber recorrido América en su mayor parte; desde luego se sometían ante las exigencias de su *ciceronne*.

Las primeras excursiones fueron consagradas á visitar lo más notable de esa ciudad especialísima é indescribible, y que á una plétora inmensa de riqueza, de invenciones, de empresas atrevidas y de iniciativas en todo, reune el atractivo de la novedad, pues que se separa por completo de cuanto se haya admirado en los grandes centros europeos y que no deja de maravillar al extranjero, sobre todo al encontrarse en Broadway, la principal arteria, el bulevard de la ciudad americana, que asombra por el incesante «ir y venir» de coches, de tranvías y de gente.

Sin equivocarse, podremos decir que más de

una hora se camina entre edificios soberbios, tiendas lujosísimas, bancos de todas clases y centenares de oficinas de diferentes sociedades, el todo en esa vía citada que atraviesa una gran parte de la población.

En cómodo carruaje nos dirigimos á Central Park, precisamente á las cinco y media, hora en que se dan cita en el hermoso paseo las mujeres más ricas, más bellas y más elegantes; en lujosos coches ostentan ese tipo perfecto, tan celebrado por los poetas americanos.

En el parque hay lujo de flores, de jardines, de verdes y frescas praderas, de preciosos estanques, destacándose en todo este conjunto los bustos en bronce de escultores, de viajeros, de diplomáticos y de historiadores.

El obelisco egipcio es curiosísimo y fué regalado por Ismael Pachá, último Khedive de Egipto, y erigido en la ciudad de Heliópolis, trasladado después á Alejandría, durante la dominación de los Tolomeos.

El Museo Zoológico constituye una hermosa colección, encontrándose en él las grandes variedades europeas en consorcio con las más extrañas americanas.

Una de las alegres sorpresas para Lucy fué cruzar Nueva-York, en las atrevidas y grandiosas líneas del ferrocarril elevado, al que se sube por escalinatas de hierro techadas que son las estaciones en diferentes calles.

Aquellas vías forman como un puente gigantesco, ante el cual la imaginación se abisma, con-

siderando su atrevimiento y la solidez que acusan.

El puente de Brooklin es uno de los portentos modernos; tiene 6.000 pies de longitud, 85 de latitud y 135 de elevación; está tendido sobre el río del Este, y une á NuevaYork con la población de la orilla opuesta que lleva el nombre del puente; está sostenido por dos grandes torres por medio de cables fabricados con alambre de acero, y los tramos del puente, desde las torres á los enlajes, están suspendidos de los cables y se apoyan sobre techos que á su vez tienen descanso en columnas de hierro y arcos de piedra.

El famoso puente ha costado quince millones de dollars, calculándose, en término medio, que más de ocho millones de personas transitan anualmente por esta vía colosal.

Los grandes depósitos de agua, son otra obra maestra, y al recrearse con la vista de aquellos recipientes de granito, de capacidad considerable, se piensa en las obras gigantescas de la antigüedad.

Todo en Nueva-York tiende á sobrepujar en grandeza, como para imponerse á las demás naciones, y palmaria muestra son las obras públicas que de algunos años á esta parte se llevan á término.

Desde Brooklin quise que Lucy y Roberto visitaran el dilatado cementerio de Green Wood; allá nos encaminamos en carruaje, hasta dar con el pórtico de la inmensa ciudad de muertos.

La entrada es majestuosa, y en altos relieves está reproducida la resurrección de Lázaro: «No

lloréis; los muertos resucitarán»; tales palabras están grabadas al pie.

La necrópolis es extensísima, y á lo lejos se ve el mar. Hay monumentos que han costado sumas fabulosas, y algunos de ellos guardan las cenizas de fabricantes enriquecidos ó de comerciantes que fueron en su juventud vendedores ambulantes.

Capillas, estatuas, grupos de mármol, columnas truncadas y bustos de gran mérito, están diseminados por todas partes y no puedo definir si inspiran un sentimiento de tristeza ó de asombro; creo que ambas cosas se confunden, porque los mausoleos, si honran al artista, acusan la vanidad humana.

Las iglesias, la catedral de San Patricio, los grandes hoteles y los comercios, nos ocuparon algunos días, pero sentíamos una especie de febril impaciencia por visitar la maravilla de las maravillas: las cataratas del Niágara y los portentosos lagos.

De Nueva-York á Búfalo salvamos la distancia rápidamente, cambiamos de tren y en breve nos encontramos en la ciudad que toma su nombre de las cascadas soberbias; después de un modestísimo almuerzo, nos dirigimos al puente suspendido, que á distancia parece un alambre tendido sobre las profundidades y que pone en comunicación al Canadá con la Gran República Norte-Americana.

Ya el puente por sí solo produce un efecto fantástico, porque en realidad semeja finísima red de encaje, colgada sobre el pavoroso abismo, amurallado éste por altos y agrestes peñascos, que

Nueva York.—Casa Ayuntamiento.—(Pág. 172)

Nueva York.—Puente elevado.—(Pág. 173)

al inclinarse sobre el río reflejan en él sus almenadas crestas.

En aquel sitio se siente la inexplicable atracción de las cascadas, pero al encontrarse frente á ellas, el asombro paraliza el espíritu. El sol abrillanta los nevados copos de espuma que en caprichosas y ondulantes variedades chocan contra las rocas, buscando camino fácil á través de las espadañas, de los musgos y enredaderas, cayendo en la profundidad inconmensurable con airados y roncos estallidos, dignos del nombre indígena que lleva el río (1). Este nace en el lado Oeste del hsitórico y legendario lago Eric, y al desembocar en el Ontario, que Feminore Cooper ha inmortalizado, da forma á las majestuosas cascadas que durante siglos y siglos lanzan en el abismo un caudal de agua colosal, inconcebible, algo que no admite descripción y que fascina hasta el punto de creerse en un mundo apocalíptico, poblado por titanes; cien millones de toneladas por hora, con una fuerza exacta como de cuatro millones de caballos.

Allá abajo, en impetuoso torbellino, ruedan indómitas las aguas desde los tiempos primitivos, en interminable combate, en afanosa lucha.

Y aquí debemos consignar la tradición del Niágara, sin alterar en nada la sencillez india, tal como ha sido transmitida á través de los siglos.

Aún no habían sido holladas por la planta de los europeos las selvas del Nuevo Mundo.

Ni la piocha del minero resonaba en el corazón de los cerros, ni el pico, ni el hacha abrían ca-

(1) Niágara, en hiroqués trueno de las aguas.

minos, ni destruían la exuberante vegetación, ni las vírgenes galas de sus bosques.

El sicomoro, los encinos, los laureles rosa y los arbustos y flores más extrañas y ricas en lozanía y esplendor, las verdes faldas de las montañas, las rocas seculares, las bóvedas de follaje, los arcos de guirnaldas, que artista alguno podría imitar, encantaban la vista y prestaban inspiración á la mente.

El arrobamiento del espíritu, ese éxtasis delicado y divino, no se apodera de nuestro sér, sino ante los majestuosos cuadros de ese artista sin rival: de la naturaleza.

Cerca de las orillas del lago Ontario se veía una cabaña cubierta con cortezas de álamo blanco. Estaba situada en un lugar tan agreste como pintoresco, en un valle misterioso, regado por frescas corrientes, en las que se miraban enorgullecidas las elevadas copas de los árboles.

La comarca estaba poblada por los hiroguas ó los hiroqueses.

El bálsamo blanco extraído del plátano, las moreras, los nogales, el algodón que níveos capullos abría por doquier, brindaban á los pacíficos indígenas cuanto para la vida es necesario y agradable.

Hoy la humanidad se agita con pasmosa actividad en esos mismos lugares y bajo la explotadora mano del hombre va desapareciendo la grandeza y la majestuosa pompa de la creación.

En el delicioso valle y en la cabaña que casi á orillas del lago se veía, habitaba Moyamea.

El Niágara.—Puente colgante del ferrocarril.—(Pág. 174)

¡Qué hermosa era la india destinada á ser la compañera de un gran jefe!

La madre la llamaba «rayo de sol». Su padre «astro de la noche». Tenía ojos tan negros como el azabache, tan brillantes como la luz que despiden los cucuyos.

Su tez cobriza era suave como el raso, y sus labios parecían la flor del granado.

La madeja de sus largos y sedosos cabellos, la cubría cual si tuviera un tupido velo.

Sus formas eran correctas como las de una estatua griega, y su talle tan delgado, tan flexible como el junco ó como la caña mecida por la brisa.

En vano un joven indio había presentado á Moyamea el palo de alerce encendido, solicitando de la hermosa un soplo de su aliento en señal de compromiso.

La ley la condenaba á unirse con un anciano Sachem.

—El gran espíritu lo manda—decía la madre.

—El gran espíritu te ha elegido—decía el padre.

Y llegó la víspera del gran día, y la virgen india sintió desgarrarse su corazón.

—No hay más que Ockimaw (Dios)—decía;—y como ha de ser tan injusto que condene á unir la luz con las tinieblas, el invierno con la primavera, la nieve de la vejez con el fuego de la juventud... Ockimaw, perdóname, pero no tengo valor...

Una canoa se deslizaba á la media noche, impulsada por las ondas del San Lorenzo, descen-

diendo rápidamente hacia las cataratas del Niágara.

La virgen india prefería la muerte á la unión proyectada; ¡la canoa debía estrellarse contra las rocas!

El Dios protector de los campos y de las cosechas, habitaba en una caverna situada debajo del torbellino de las aguas; la catarata le cubría con su plateado manto; ve llegar á la hermosa Moyamea; se aproxima al torbellino... la muerte es segura; la frágil embarcación adelanta, pero el benéfico genio, tendiendo sus poderosas alas, la envuelve en ellas, la arrebata y la conduce á su ignorado asilo.

Pasaron varias lunas; la hermosa india languidecía de tedio. La uniformidad de aquella vida la anonadaba; su corazón, ansioso de amor, no olvidaba á Keysinocta, el joven apasionado de sus gracias.

También sufría porque la peste diezmaba á su tribu.

El genio protector la hizo comprender que una serpiente salía en cierta época del año y, emponzoñando el agua de los arroyos, esperaba el efecto del veneno para nutrirse con los cuerpos de las víctimas.

—Vuélveme al seno de mi familia y los salvaré.

El Dios la colocó sobre sus alas, y Moyomea salvó á su tribu, persuadiéndola abandonase el valle y fuera á refugiarse más cerca de las cataratas!

El Niágara.—Caverna de los Vientos y roca de los Siglos.—(Pág. 176)

Pero la serpiente siguió á los fugitivos para continuar su obra destructora.

Heno, el benéfico dios de los prados, aquél que prodigaba lluvia y rocío para que la cosecha fuese abundante, protegía á la tribu, porque en ella vivía la india á quien salvó la vida.

—Perezca—dijo la serpiente, y el rayo hizo temblar los bosques y los cerros, pero la serpiente vivía aún.

Y arrojó otro y otro y muchos, hasta concluir con la vida del reptil.

La serpiente era inmensa; la magnitud de su cola, al sacudirla contra la arena, en las convulsiones de la agonía, levantó colinas, que aún hoy existen.

Arrastrándose en la lucha contra la muerte, cayó al agua, y el Niágara la llevó en sus ondas como gigantesco trofeo, pero ya al borde de la catarata, se detuvo ante una de esas moles de granito que son tan imponentes á la vista del viajero.

El agua saltó á colosal altura, y el arrecife formado por la serpiente cedió, extendiéndose el cuerpo del reptil de una cordillera á otra, y formando lo que se llama la Herradura ó Horse-Shoe.

Heno se contentó con que Moyamea fuese feliz.

La virgen india, considerada por los suyos como un genio bienhechor, pudo corresponder al amor de Keyssnocta, y tres veces sopló con su aliento en el encendido palo de alerce, como señal de tomar por esposo al joven hiroqués.

En ese caos, en esa extensión vertiginosa de

bancos de arena, de moles de granito sumergidos en las aguas, en donde brama, lucha, salta, se subleva contra su impotencia, forma corrientes de níveas espumas, se convierte en perlas y asemeja á rompientes de olas, haciendo iris de mágica luz, el Niágara oculta debajo de su desencadenada corriente los secretos y los tormentos del dios Heno, que ha visto sucederse las generaciones, desaparecer los bosques, los valles y las cabañas donde habitaba la tribu de los hiroquas y convertirse en polvo el cuerpo de su amada Moyamea, á quien no pudo transmitir la inmortalidad.

De vez en cuando resuena en su pacífico albergue un grito de desesperación; el choque de un barquichuelo contra las rocas; voces de angustia y de agonía: el golpe de un cuerpo que es arrastrado impetuosamente por las cataratas, por ese brillante y terrible abismo que tantas víctimas cuenta.

Pero Heno, impasible como los siglos, no ha vuelto á tender sus alas para arrancar su presa á la deslumbradora y sorprendente inmensidad, á la maravillosa tumba coronada con riquísima pedrería, con nevado aljófar, tapizada con mármol y alabastro, cubierta con manto de tenues gasas y blanquísimos ó dorados vapores y á la cual la mano del hombre, al desear embellecerla, le ha quitado en parte su grandiosidad salvaje, el augusto sello del arquitecto que no tiene rival; hoy el Niágara es una maravilla, es un asombro; pero la civilización la ha despojado de su agreste corteza. Es una india, con los atavíos del siglo XX; es un gigante encadenado con argollas de oro.

Es la personificación del mundo primitivo, avasallado por el mundo moderno.

No es posible figurarse la emoción producida por las Grandes Rápidas; su oleaje de nítida blancura flota sobre un manto verde mar, tomando tintes azulosos, confundidos con tonos de singulares y finísimos fulgores. En el Niágara retrocede el pensamiento para evocar las grandiosas evoluciones de la naturaleza, los cataclismos que en épocas remotas hicieron desaparecer territorios como la Atlántida, crearon mares, riscos y serranías, cambiando la faz de la tierra.

Al día siguiente se renovaron las emociones contradictorias, la admiración infinita, la sorpresa, la amargura de la pequeñez humana al compararla con lo gigantesco de la creación y, por último, el terror, el sobrecogimiento que domina al surcar en un bote las ondas embravecidas que se disputan la gloria de hacer presa en los atrevidos navegantes que, no muy seguros de su vida, se encuentran de repente al pie de las cascadas.

Nada hay comparable con el escenario de soberana grandeza que se abarca con la mirada y es imposible expresar lo que en aquel instante se siente. Las corrientes que sacuden la frágil embarcación, la hunden ó levantan á su antojo, acercándola á las ruidosas cataratas que, á modo de amplio manto de nieve y espuma, aparecen colgadas entre el cielo y el hondo precipicio donde se desordenan en remolinos y en rompientes hermosísimas que huyen llevando su tributo hasta las soledades del Océano.

Múltiples ideas surgen en la mente; algo como

un deseo, un afán de mezclar el barro terrenal con el torbellino de perdurable existencia, para encontrar tumba de ignorados esplendores, de incomparables matices en las profundidades de un río. La tentación es poderosa, y poco después el organismo, vencido y nervioso por la impresión, ha menester un momento de sosiego antes de vestir el saco de hule y de cubrirse la cabeza con el capuchón para bajar la húmeda y resbaladiza escalera, atravesar la bóveda que conduce á orillas del río, seguir por el estrecho y tortuoso sendero y colocarse debajo de la cascada.

No hay pluma, no, ni pincel capaz de reproducir el prodigioso tul cuajado de pedrería y con plumajes más blancos que el níveo cuello de un cisne: gotas de rocío suspendidas en el espacio; lluvia de menudo aljófar con esmaltes de caprichosa labor; cristales que de repente adquieren colores de záfiro, de rubí desleído con esmeraldas, turquesas y ópalos. El contraste y la variedad siempre renovada, producen vértigos y aturde el ruido de las aguas.

Aquello tiene aspecto fantástico, con altísimas montañas de peñascos vestidas con musgos y helechos, que en el invierno y á pesar del frío, conservan algo de lozanía, pero con tonos amarillos y verdes pálidos. Hielo por alfombra; vestíbulo monumental entonces iluminado por un sol radiante que proyecta extraños y luminosos resplandores en aquel singularísimo cortinaje, y para rematar el edificio, blanca diadema ciclópea é incomparable. Todas las grandezas acompañando

El Niágara.—Uno de los saltos más formidables.—(Pág. 180)

al lenguaje atronador de la catarata, sin que la voz humana pueda dominarlo.

Entonces se experimenta un sacudimiento nervioso; la capucha cae sobre la espalda y se recibe con deleite el inmenso aluvión de la catarata; un baño helado y á pesar de él no desciende el pensamiento á la tierra ni hay afán por abandonar aquel sitio incomparable.

No menos imponente es el aspecto que presentan las cascadas en la época de las grandes nieves, y pensamos mis amigos y yo valía más admirarlas de nuevo en la estación propicia, cuando las cataratas duermen, suspenden su corriente oprimidas bajo capas de hielo.

No menor fué nuestro éxtasis en la excursión á los lagos que, á favor de trabajos asiduos y poderosos, forman los cinco una cadena, hasta unirse con el valle del Mississipí, comunicando de este modo el Océano con el Golfo de México.

El lago Superior alcanza 350 millas de largo, 150 de ancho y como 900 pies de profundidad, encontrándose á una altura de 1.048 pies sobre el nivel del mar, y es el más importante de los Estados Unidos.

El Hurón, en sus entradas hacia la tierra, compone la bahía de Georgia, y comprendida ésta, tiene de longitud 252 millas por 90 de latitud; la profundidad es de 800 á 1.000 pies. Por el río Saint Clair, desagua en el lago Eric el histórico mencionado en las campales batallas de la Independencia.

Un estrecho de cuatro millas pone en comunicación al pintoresco lago Michigan con el Hurón.

El Ontario es el más pequeño, pero en él se forman las cascadas del Niágara, al recibir las aguas del Eric, y derrama su caudal en el río San Lorenzo, que va á llevar su tributo al golfo del mismo nombre.

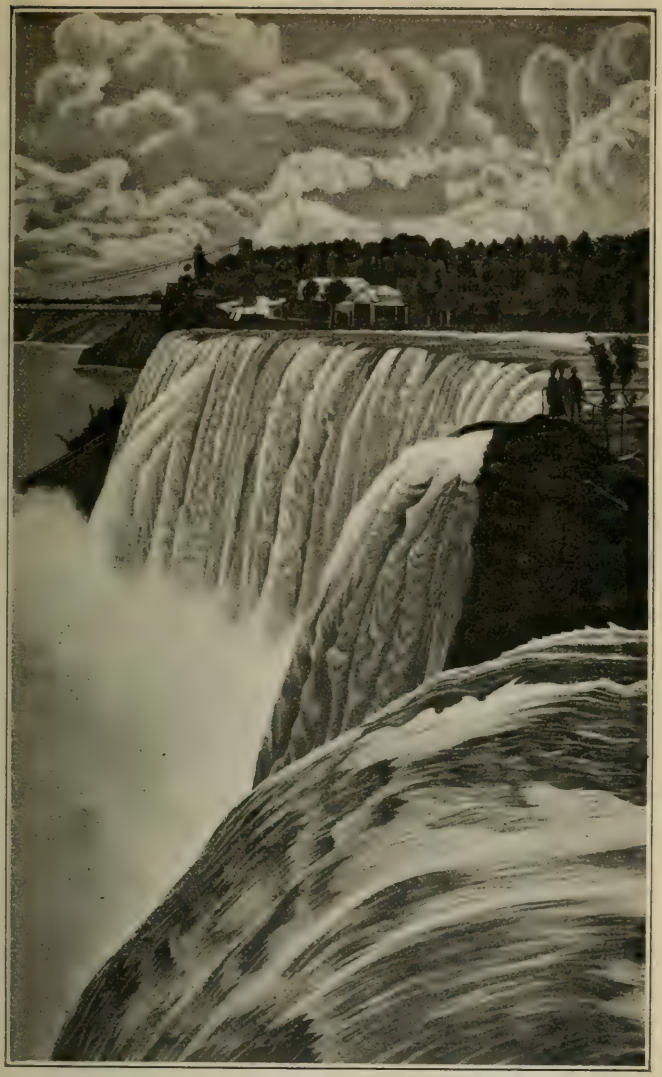
Profundos, caudalosos y altísimos ríos cruzan en todas direcciones ese territorio inmenso, poblado de ciudades florecientes y ricas, favorecido con la diversidad de climas y de productos, tan gigantesco por su riqueza y por el encumbramiento á que ha llegado.

El Mississipí es uno de los ríos más importantes, así como el Potomac, el Missonri y el Hudson.

Desde Chicago resolvimos seguir para California, que bien merece la pena de viaje tan largo en lujosísimo tren, para disfrutar de los más variados paisajes, de las perspectivas de tantos pueblos, de campos, de ríos y ciudades que al pasar recrean y embelesan.

Los contrastes se suceden, regiones estériles é infecundas se presentan de improviso después de haber atravesado florestas y verjeles de incopiable esplendor; montañas que son, puede decirse, el titánico espinazo del continente, cumbres colosales, cerros de magnitud sorprendente y que de lejos y á la claridad de la luna, parecen gigantes suspendidos en la inmensa altura.

Y llegamos al lago Salado, pequeño mar que en sus orillas tiene por habitantes á la extraña secta de los mormones; como si dijéramos la Turquía trasplantada á la tierra americana.



El Niágara.—Cascada Americana.– (Pág. 182)

La ciudad del lago Salado debe en parte su crecimiento á los singulares sectarios.

Estábamos cerca de la sierra Nevada, y al atravesar aquella zona, nos creímos transportados al desierto que se prolonga por leguas y leguas, sin otro atractivo que los picachos de la encumbrada serranía blanca, monótona y por extremo fría.

Fué como pasar de noche lóbrega y temerosa á la alborada de un día de primavera; tal nos pareció el efecto producido por el panorama sin rival que á nuestros ojos se presentó al acercarnos á la sultana del Oeste, que dista 2.600 millas de Nueva-York.

Las empinadísimas lomas forman corona regia á la comarca de belleza incomparable, que brinda el oro á manos llenas y alfombra con él el cauce de sus ríos. La naturaleza es imponderablemente hermosa; el sol caldea y vivifica los valles y los bosques, reverbera en el mar y abrillanta las conchas y caracolillos que esmaltan la playa.

—Este es un verdadero paraíso—exclamaron Lucy y Roberto, extasiados ante aquel espectáculo.

De sorpresa en sorpresa caminábamos por aquel país descubierto en 1542 y que posee cuanto ha soñado la imaginación para su desarrollo y riqueza. El valle del Sacramento ocupa el Oeste de Sierra Nevada, y es uno de los más singulares que pueden imaginarse; al Norte está limitado por las montañas que lo abrigan contra los rigores del frío; al Levante tiene la Sierra Nevada; al Oeste los montes californianos, y al Sur el ancho cauce del hermoso río Sacramento.

Y nada más bello que aquellos paisajes forma-

dos por altos sauces, por laureles reales, por sicomoros y viñas vírgenes, y esto á 350 metros sobre el nivel del mar.

El monte Shafte se levanta en el valle sobre bosques primitivos, hasta 14.000 pies. A 150 millas de distancia, se divisa la nevada cima.

Así, pues, el viaje hasta San Francisco es raudal inagotable de magnificencia y de singularísimos contrastes.

Nuestra excursión á San Francisco precedió corto tiempo al terremoto que derrumbó en gran parte la gallarda ciudad pero, como el fénix, ha surgido de entre sus cenizas más prodigiosa, más grande, más soberbia.

Afírmase que hoy la diadema de lomas coronan las maravillas de la población nueva y que sus casas y palacios parecen fantásticos por lo suntuosos.

En 1776, en el lugar que hoy ocupa la inmensa población, no existía sino un presidio y una misión.

El parque es algo que no habíamos visto en ninguna parte; lo forman preciosos jardines escalonados en las faldas de las colinas, entre laberintos de árboles corpulentos, en hondonadas y laderas que son verdaderas alfombras de esmeraldas que se extienden hasta el mar, y allá en la cumbre está situado Cliff-House, edificio extraño de hierro y madera, engalanado con todo el lujo que pudiera envidiar un monarca. Está destinado para recreo de las familias, para tertulias, conciertos y bailes.

Los hoteles, en San Francisco, son palacios, y

Washington —El Capitolio.—(Pág. 187)

uno de los principales tiene cabida para 1.500 personas. En la ciudad californiana todo es grande, todo es colosal, como en Nueva-York.

Si alguno de los lectores de este libro va á California, le aconsejamos que dé un paseo en ferrocarril por Arizona, Nuevo México y Oeste de Tejas, pues si bien en aquellas soledades, que se dilatan hasta lo infinito, todo es árido, arenoso y desprovisto hasta de agua, no deja por eso de presentar un aspecto de solemne majestad que impone é interesa poderosamente.

Verá el lector que en medio de desiertos hay oasis deliciosos que hacen recordar las leyendas y los sueños de las mil y una noches.

En San Francisco palpita la ambición aurífera y corre parejas con las agitaciones que en Santa Clara despiertan las famosas minas en las que cada batea representa cuarenta pesos, porque el oro se encuentra por todas partes. La zona minera de Santa Clara tiene nueve millas de largo por cuatro de ancho en el cañón, y se ha dicho que eran las minas más ricas del universo, hasta que las de Alaska han venido á sobrepujar en riqueza á todas las de los Estados Unidos.

Es curiosa la fiebre de oro que desarrolló el descubrimiento de las minas de Alaska, y parece fabuloso el considerable número de ambiciosos que, contrarrestando las mayores dificultades, sin cuidarse de que hasta los víveres escaseaban en un clima de por sí rigurosísimo, llenaban los vapores transportándose al país del oro.

La codicia ha hecho millonarios á muchos de los expedicionarios, pero no se cuenta nada de

los infinitos seres que han muerto de hambre y de frío en aquellas regiones insalubles.

Después de permanecer algunos días en San Francisco, emprendimos el viaje de regreso á Nueva-York, deteniéndonos entonces un día en Chicago, la ciudad importante, situada en las orillas del lago Michigan, y que, debido á la excepcional situación, alcanza hoy altísima importancia.

¿No puede contarse como maravilla que diariamente encuentren trabajo en sus fábricas 178.000 obreros? ¿No es fabuloso el tráfico de ganado que produce como trescientos millones de dollars anuales?

Curioso por demás nos pareció el movimiento incesante que se observa en las calles, en las tiendas, en los Bancos y, sobre todo, en las estaciones ferroviarias, donde apenas se detienen los trenes cuando los viajeros se codean, se empujan y corren en todas direcciones; aquellos oleajes producen vértigos y ponen de manifiesto el carácter y la actividad de aquella capital del Illinois.

En tan diversas excursiones, habíanse pasado algunos meses, y no olvidábamos que el Niágara nos aguardaba para mostrarnos la espléndida perspectiva de las cascadas, convertidas en colosales estalactitas y moles de hielo.

Preciso fué esperar en Nueva-York á que las nevadas resultaran abundantes y á que el invierno se consolidara, porque Lucy, Roberto y yo abrigábamos el mismo único deseo; encontrar las tumultuosas corrientes en toda su augusta belleza que la prestan los rigores invernales.

No perdimos el tiempo en la gran metrópoli. Nos tocó en suerte disfrutar en ella la época del fin de año, en la cual no hay nada que pueda compararse al torbellino de gente que invade las calles, que se extiende por los comercios, que prodiga el dinero á raudales y que ostenta como nunca los lujosos trenes y las múltiples expansiones de un pueblo rico y ávido de las distracciones y de los goces, que economiza durante todo el año, porque está entregado al trabajo constante y sin tregua.

De paso para el Niágara, nos detuvimos algunas horas en Washington, puramente para dar un vistazo á la capital de esa República gigante.

La ciudad está admirablemente trazada, embellecida con vistosos jardines, con edificios suntuosos y con preciosas casas, que no obedecen á orden ninguno arquitectónico y que, por lo mismo, presentan un conjunto tan variado como caprichoso; sus anchas calles están sombreadas por elevados árboles, y se advierte un silencio, un reposo, una paz deliciosa que despierta el deseo de esconderse en aquellas lindas casitas y pasar la vida en el *dolce farniente* de los italianos.

Antes de abandonar Washington, visitamos el Capitolio; nevaba copiosamente, y una alfombra de inmaculada blancura cubría las calles. El soberbio edificio es de gallarda construcción, de vastas proporciones, y ha costado quince millones de dollars.

El tiempo apremiaba y apenas nos alcanzó para llegar á la estación. Seguía nevando, cuando nos detuvimos en el Niágara, y cubierta mi amiga y

yo con sendos capuchones de hule, y Roberto con un impermeable que le cubría de pies á cabeza, nos dirigimos á las cataratas.

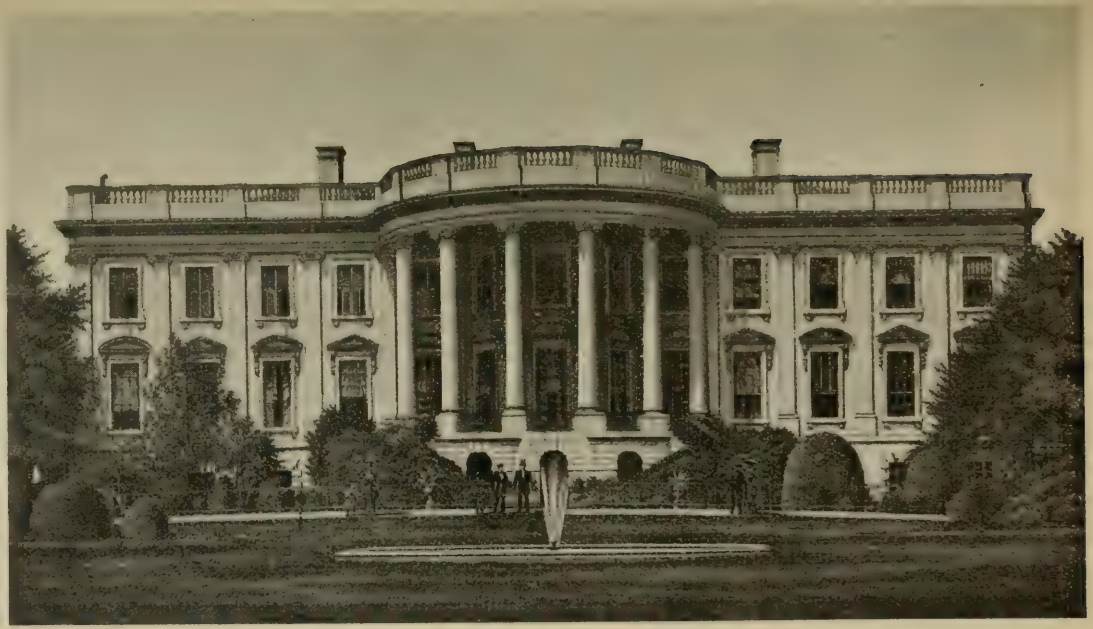
Enorme era la afluencia de visitantes en aquellos días, á pesar de los rigores de la estación. La cascada del lado Norte-americano estaba completamente congelada, y los más atrevidos se arriesgaban á pasar por encima, lo que á más de original era por extremo pintoresco.

No es posible figurarse la sorpresa, la mágica seducción de aquella perspectiva tan nueva como admirable, y por un momento permanecimos estacionados sin atrevernos á dar un paso.

Las ruidosas caídas, sorprendidas en su rápido descenso, formaban cúpulas de caprichosa labor; agujas góticas, torreones, montañas cubiertas de hermosísimo cendal, capiteles y almenas, esculturas portentosas é imposibles de modelar por el más hábil escultor.

Confundíanse en fantástica agrupación y componían un todo jamás visto, único, exclusivo, y una hermosura tan soberana, tan grandiosa, que abismaba el ánimo en indefinible arrobamiento.

Había cesado de nevar, y el sol, ya en su ocaso, fulguraba por entre las nubes, dominando con sus pálidos destellos el puente cubierto de nieve, la calzada y las casas del lado del Canadá, jugueteando entre las cimas heladas, descomponiendo colores, diamantizando las flechas y los torreones almenados; en giros extraños se abría paso por las quebraduras de las cataratas que, en algunos puntos vencidas por el peso del hielo,



Washington.—Casa Blanca, residencia del Presidente de la República (Pág 187)

filtraban sus hilos cristalinos sobre la Herradura canadiense.

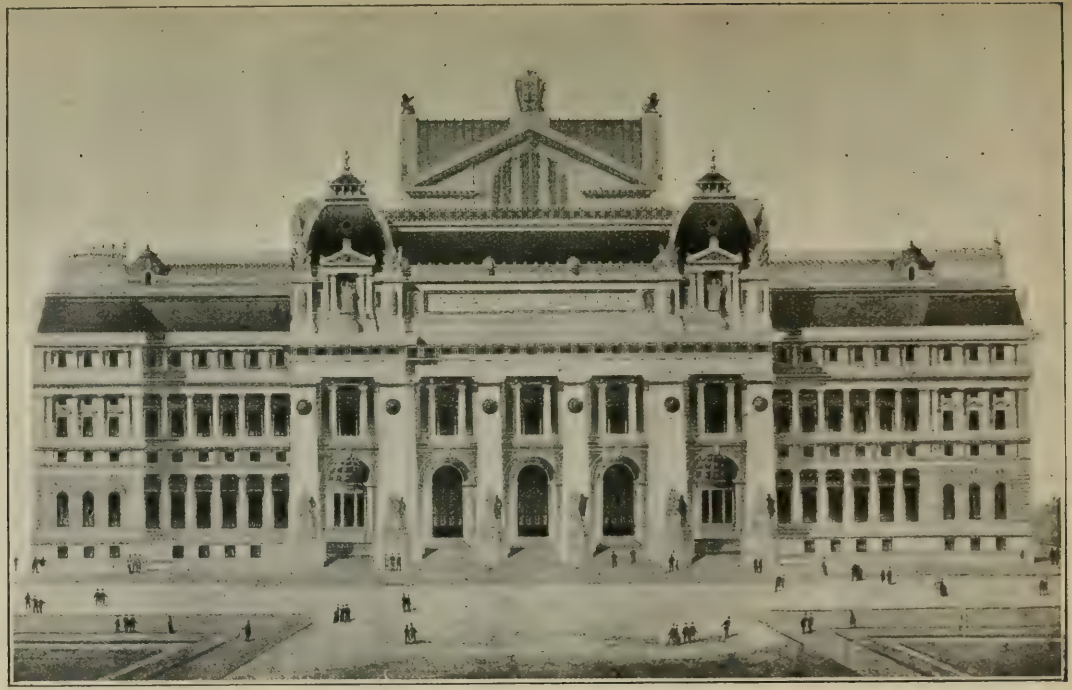
Lentamente desapareció el astro rey; se ocultó en el horizonte, reposando sus últimos rayos sobre las cascadas.

Las sombras de la noche descendieron poco á poco, ¡feliz casualidad!, el cielo se despejó por completo y la luna apareció en todo su esplendor, prestando aspecto más extraño á cuanto nos rodeaba.

Los visitantes habían desaparecido casi en totalidad, y nosotros, sin sentir el frío, sin pensar en la vida real, embargados por la inexplicable impresión, permanecimos más de una hora ante aquella sin rival maravilla de la creación, y la más imponente, la más augusta, la más asombrosa en el Mundo de Colón.....

. . . . . .

Lentamente nos alejamos; á distancia volvimos la cabeza para reposar la mirada sobre el singular monte de hielo, y como para no profanar la última impresión ni desvirtuarla con otros recuerdos, volvimos precipitadamente á Nueva-York, y horas después nos embarcábamos para Francia, dando un adiós supremo á las playas americanas.



Buenos Aires. - Palacio de Justicia.—(Pág. 196)

XV

Apéndice: Nuevos horizontes

La extensión del continente americano hace imposible el conocimiento total de cuanto en bellezas naturales encierra, y así, cada día y paso á paso, nuevos descubrimientos se consignan en las columnas de los periódicos y grandes sorpresas despiertan el deseo de mayores y más extensas investigaciones.

Hay, además, en el progreso moderno, manifestaciones de tal magnitud, que bien merecen ocupar puesto entre las maravillas arqueológicas de extinguidos pueblos, con aquellas también sembradas en América por la Iglesia y por la civilización en larga serie de años de la era colonial.

Densa obscuridad, nieblas cada día más opacas é impenetrables, ocultan el origen de las civilizaciones que tales prodigios legaron, y esto no sólo en los vestigios arquitectónicos que hoy la arqueografía nos presenta en toda su perfección, sino también en la organización de aquellas sociedades, de sus admirables leyes, del respeto á éstas

y del predominio que ejercían inalterable en el imperio de México y en la grandiosa unidad de los Incas.

En aquella barbarie hay mucho digno de estudio, y si en las costumbres inhumanas y sangrientas se revela la instintiva ferocidad salvaje, hay en aquéllas mismas contrastes que asombran y hospitalarios, patriarcales rasgos que enaltecen sobremanera á los pueblos americanos primitivos.

No son las páginas de este libro propicias para el desarrollo de los trabajos investigadores y sí para señalar lo mucho que la curiosidad, el idealismo, el espíritu científico y el amor á desentrañar cosas históricas, tiene aún que aprender en el vasto campo de un continente siempre nuevo y cada día más fecundo en prodigios.

Grandes emigraciones dan razón á lo anteriormente expresado: se despuebla Europa, bajo el doble influjo de contrarrestar reveses de fortuna, adquirir posición y bienestar y también por amor á lo ignorado y por los ideales que se forja la fantasía; se colma el vacío, se pueblan los desiertos, y entonces, en las ignotas comarcas, en lo intrincado de las selvas, aparecen desconocidos oasis y nuevas huellas de las centurias remotas.

La naturaleza brinda tesoros y espectáculos de infinita excelsitud; fenómenos extraños; flora incomparable, beneficiosa para la humanidad y de valor material para el comercio y para la industria.

¡Tierra previlegiada que tales fuentes posees de perdurable novedad y abundancia!

Hace algunos años que, escondidas en la in-

mensidad de frondosidades, existían lugares jamás admirados por mirada humana y que la falta de vías de comunicación los aislaba, en su inconmensurable grandeza, como gigantes encadenados, hasta que, merced al rocío de la civilización, aquellos sitios no sólo están habitados, sino que el hombre entusiasta, el pensador estudioso y el viajero anhelante de impresiones los invade para aplaudir las obras ciclópeas de la madre naturaleza.

A la par de esas perspectivas, hay otras de carácter moderno, que asombran por el refinamiento de la idea y la atrevida concepción en el terreno práctico.

Fácil será demostrarlo con sólo evocar recuerdos y hacer notorias las hermosas impresiones de la quinta excursión por el nuevo continente que, si bien señaladas están algunas en las páginas de este libro, hay muchas que han sido reservadas como gráfico broche para cerrar sus páginas.

En todas las esferas del saber humano; en las sublimes y grandes manifestaciones de la industria, del progreso, de las artes; en el culto que se rinde á las iniciativas poderosas, ocupa América la vanguardia y en el espacio de algunos años ha dado pasos de titán, no valorizados aún en Europa en toda su extensión ni en totalidad conocidos.

Indudablemente, al aceptar el adelanto en todas sus formas; al seguir por esa vía de prosperidad; al saturarse con las ideas más avanzadas político-sociales, ha conseguido el regio continen-

te un éxito colosal y sin ejemplo; la vehemencia del carácter en esas tierras ardientes y donde el sol es fuego, ha influído en mucho para el crecimiento portentoso, y de día en día, en el vasto escenario mundial, se pasma el espíritu ante proyectos de incalculable trascendencia.

Europa entera se preocupa de aquellas comarcas relativamente nuevas, en donde ya se han hecho propios todos los más culminantes adelantos de la civilización. A través América y todas sus nacionalidades, rivalizan y se identifican en ese movimiento general.

Nuevos horizontes; nuevos elementos; nueva marcha creadora y total evolución, desarrolla en el Viejo Mundo la ambición, el deseo de mancomunarse con aquellos pueblos, ricos en tradiciones, en maravillas, en sorpresas inagotables. Vencedores en la lucha del pensamiento y en los audaces torneos humanos y redentores.

XVI

Los naranjales de Corrientes.—La piedra que crece.—El país de los pinares.—La Reina Victoria.—San Ignacio, leyenda misteriosa.

Para el viajero que sea entusiasta por el estudio de la naturaleza, le brinda América inextinguible fuente de arrobamientos, no únicamente bajo el punto de vista poético y pintoresco, sino también en esos derroches de feracidad incomparable, de fuerza vital orgánica, á favor de la cual crecen y se desenvuelven las plantas y los frutos, hasta adquirir proporciones colosales, como presentan palmaria muestra los naranjales de Corrientes, la culta y galana ciudad argentina.

Su fama es universal y constituyen algo asombroso y digno de admiración.

Los rendimientos de esos bosques de naranjos, son fabulosos; hay fincas que dan un producto de 500.000 á un millón de naranjas.

En Las Lomas, en las plantaciones del señor Cremonte, llegan á tres millones; curioso es recrearse en los acopados árboles que se rinden al

peso del sabroso fruto, y forman un núcleo de cuatro, seis y hasta doce mil naranjos, de follaje fresco, brillante, verde esmeralda y revelando lozanía exuberante.

Más lejos, un puente ciclópeo, de granito, levantado por ingenieros ingleses, une las dos orillas del río Corrientes, y entre esta arteria fluvial, el caudaloso Uruguay, el Miriñay y Guayquiraro, se extiende la fertilísima zona propicia para ganado; allí crecen y se desarrollan los ñandubayzales que, al prestar benéfica sombra en extensas distancias, defienden á las reses, tanto de los ardores del sol cuanto de la inclemencia del frío, protegiendo la cría del ganado.

El terreno alcanza allí gran valor; una legua suele justipreciarse en 40.000 pesos; las perspectivas son encantadoras.

No hay, no puede haber viajero que al visitar Buenos Aires no sienta vivísimo afán por salvar distancias tan amenas como ricas y engolfarse por las soledades de misiones argentinas que ocupan, según me afirmó Carlos Manó y corroboran otros exploradores, un territorio de mil ciento catorce leguas geográficas cuadradas, en el ángulo Nordeste de la República Argentina.

En vapor ó en tren, puede efectuarse el trayecto prodigioso y no sabremos decir cuál de las dos vías presenta mayores bellezas, si la accidentada por valles y florestas, con la vertiginosa y esplendente variedad de paisajes, el engranaje de selvas, los barrancos hondísimos, las perturbadoras alegrías de los alados habitantes y las agrestes empinadas lomas, bañadas en su base por las

ondas tumultuosas de los grandes ríos que semejan mares; ó la más sosegada, por anchurosas corrientes que acarician con amor las raíces de árboles gigantescos, caprichosamente enlazados, formando vestíbulo de atrevida elevación á los bosques que aún desafían á la mano del hombre.

En los cristales del Paraná se reflejan las grandes y variadas frondas; las misteriosas aberturas de follaje, que son albergue de pájaros extraños, de loros con vistoso plumaje, de cotorras azules y esmeralda, del inquieto tití, de cabecita leonada y blanca, de los carazas y monos melenudos.

Cuatro mil quinientos kilómetros tiene de extensión el Nilo del Nuevo Mundo; nace en el Brasil, forma la esplendorosa catarata de Guayrá, fertiliza como cien leguas de la tierra de misiones y recibe en su seno los caudales de numerosos tributarios. Su profundidad tiene, en algunos parajes, más de setenta metros.

En las periódicas crecientes, toma el majestuoso río altura excepcional, y es un coloso que se confunde, al fin, en las inmensidades del estuario del Plata.

No menos soberano de los ríos, en la cálida tierra de Misiones, es el Uruguay, que también tiene origen en el Brasil, en la *Serra do Mar* y, como el Paraná, produce hermosas cascadas y bulliciosos saltos, tal como el de Mberny y el llamado Salto Chico, envuelto siempre en densas nieblas y que á 10 millas repercute el atronador desplome de las aguas que caen en raudos giros y forman bellísimas irradiaciones bajo un cielo de purísimo azul, diáfano y sereno.

Es prodigiosa la energía vital en ese paraíso de Misiones ó país de los Pinares, donde estableciéronse los padres Jesuítas como misioneros, catequizando y convirtiendo á los indios, acostumbrándolos al trabajo, ejercitándolos en la agricultura, suavizando sus costumbres con las ceremonias religiosas, con los cánticos sagrados y la solemne grandiosidad de sus templos, de los cuales aún hoy quedan vestigios.

La tarea diaria la hacían al son de música en forma de fiesta y las mujeres indígenas no se ocupaban sino en hilar algodón, en las faenas domésticas y en criar á sus hijos.

Las ruinas del colegio y templo de San Ignacio, evocan memorias de su poderío y de su expulsión en 1767.

San Ignacio fué incendiado por orden del dictador paraguayo doctor Francia, así como hizo arrasar los pueblos del Alto Paraná.

El pórtico del colegio está en buen estado y en el frontis del templo campea el escudo de la Compañía de Jesús.

Las ruinas del colegio son más bellas y revelan mayor mérito arquitectónico que las de la iglesia pero, aún así, las de ambos edificios tienen doble mérito: el artístico y el histórico.

También en aquellos escombros palpita una leyenda.

Entre las piedras del colegio crecía un naranjo que durante algunos años acusaba lozanía, brindando frondosa sombra y fruto abundante.

De repente, sus ramas perdieron su frescura y el fruto caía al sazonar por falta de savia. Se in-

tentó buscar la causa de su decadencia en las raíces y entonces, con asombro, se descubrió una escalera de piedra que terminaba en hondo subterráneo.

Avidos de investigación y aguijoneados por la curiosidad, recorrieron los vecinos una habitación sin salida, tropezando con una urna de barro que, al levantarla, dejó al descubierto una onza de oro.

Puede juzgarse la sorpresa: era una moneda antigua, borrado el busto y el año por la acción del tiempo; más allá, á corta distancia, recostado contra la pared, ó mejor dicho, medio inclinado sobre sí mismo, había un esqueleto humano.

Drama misterioso; tragedia oculta en la insondable obscuridad del pasado.

Tal vez fuera algún indio que, huyendo de la matanza y la persecución, buscó refugio en lugar conocido por él, y pereció en el incendio del colegio; tal vez un castigo, una venganza; una historia, un crimen...

El vacío; el abismo profundo; tal es la leyenda de San Ignacio.

Antes de llegar á las ruinas que van desapareciendo entre la vegetación, se divisa un alto cerro y en su cima un resalte, un dentellón, que tiene por nombre la Reina Victoria; visto de perfil, forma un busto perfecto ó de particular parecido con la que fué soberana inglesa; ramas de arbustos tejen la corona y parece modelado en la piedra.

El efecto es curioso, tanto más porque se ajusta á la completa semejanza.

El cerro, cortado á pico, forma parte de un bellísimo núcleo de cerros, cubiertos de galana vegetación, á una altura de 100 metros sobre el río Paraná.

Compláceme no dejar rezagado otro peñasco, que bien encaja entre las curiosidades dignas de mención, y hemos de encontrarlo entre las serranías paralelas á la alta cordillera, que son la de Tucumán, Catamarca, Córdoba, San Luis, la Ventana y las del Tandil. La capital de la última es cabeza de partido y muy visitada por los excursionistas que desde la hermosa ciudad La Plata prolongan hasta allí el viaje para admirar el famoso peñón llamado Piedra del Tandil, que oscila lentamente, bien sea impulsada por los vientos ó bajo la presión del menor peso colocado sobre ella.

Gira en torno de una especie de espigón granítico, encajado en la base de otra mole de piedra, sobre la cual se mueve la primera.

El tirano argentino Rosas, intentó se desencajara, enlazándola con una fuerza de mil caballos, sin lograr ni la menor desviación en aquella maravilla geológica.

República Argentina.—Un potrero en la estancia. – (Pág. 200)

XVII

Otros prodigios de la Naturaleza.—Las cataratas del Iguazu

Antes de recorrer á vista de pájaro esa inmensa y pasmosa región de los Pinares y cuando hoy es tarea fácil por las cómodas vías de comunicación, bueno será recordar al primer europeo que grabó su planta en el previlegiado suelo de Misiones.

Fué el Adelantado Alvar Núñez, «Cabeza de Vaca», quien, sin arredrarse ante los peligros de un viaje por regiones desconocidas, salió del Brasil con el atrevido empeño de ir á través bosques hasta La Asunción, del Paraguay, llevando doscientos soldados veteranos y dispuestos á vencer las más inesperadas dificultades.

En 1541 salió de la isla de Santa Catalina, y ya en el río Itabucú, se internó por tierra y á pie por valles y selvas, salvando serranías, cruzando fabulosas distancias, abriéndose paso por bosques vírgenes, donde moraban á su antojo fieras y reptiles, rindiendo, con la fuerza de voluntad, obstáculos que aún ahora parecerían invencibles.

Aquellos conquistadores estaban forjados en moldes de acero y desconocían la palabra «imposible».

A los quince días llegaron al río Iguazú, y más allá, en las plácidas riberas del Tibajiba, encontraron hospitalidad en la humilde cabaña de un cacique benévolo: Abaporé.

Días después y llevando por guía á un indígena brasileño, emprendieron de nuevo la penosa marcha, hasta llegar á La Asunción, realizándose el temerario propósito del Adelantado Alvar Núñez.

El aspecto de esa tierra de Misiones varía hasta lo infinito; campo extenso tiene el excursionista para admirar las perspectivas sorprendentes y sólo comparables con aquellas regiones índicas de lujuriosa vegetación, de prismas incomparables, de luz y de auras frescas y olorosas, saturadas con perfumes desconocidos; manantiales cristalinos se desprenden y deslizan desde las serranías á lo hondo de las barrancas, y caudales imponentes se encrespan y precipitan, descomponiéndose en discos abrillantados, en saltos y cascadas de atractivo sin par.

Mézclase allí, con la grandiosidad de la naturaleza salvaje, con lo agreste de los collados y el majestuoso silencio de los bosques, lo pintoresco de los valles y praderas defendidas del sol ardientísimo por las frondosas ramas del lapacho, coronado de flores blancas como el armiño, de las palmeras y de los cedros colosales.

Cerca de los ríos los pueblecitos pintorescos, caseríos y un conjunto, un todo, que palidece en

la descripción y se agiganta al abarcarlo con la mirada.

Riqueza incalculable se encierra en montañas, selvas y campiñas; éstas son de valor fabuloso para la mano del agricultor; aquéllas para el minero, el científico y el hombre consagrado á sorprender los secretos de esa vida orgánica, terrestre.

De sorpresa en sorpresa se vence el camino desde Corrientes á Posadas; las sensaciones estéticas se multiplican, crecen, se agrandan hasta lo inverosímil al internarse más y más, particularmente al acercarnos á la boca del río Iguazú.

La madre tierra ostenta sus más gallardas manifestaciones y los paisajes son más sugestivos, más dominadores. Soberbio, salvaje, vigoroso es el escenario.

Saltos bellísimos como el Ñacunday; cascaditas retozonas, que el sol diamantiza; perlas que se desengarzan sobre las verdes hojas de los arbustos, y el ruido que á larguísima distancia se escucha, preparan el espíritu y le hacen adivinar algo soberanamente hermoso.

Tupido manto de vapores y neblinas; espeso follaje de orquídeas, de filodendros, de enredaderas adueñadas de las copas frondosas, forjan una antecámara deslumbradora.

El río Iguazú, navegable en su mayor extensión, tiene su origen en el Brasil, en la serranía de San Pablo; como á setenta y tres varas de altura, se desprende tumultuoso, dividiéndose en tres cascadas, pero tal es el caudal, tan nutrido, que á distancia, aquella espumosa y turbulenta extensión de

mil quinientas varas de latitud, forja una sola catarata.

Sobre ancho semicírculo granítico se esparcen las aguas hasta la playa brasileña, en desordenado batallar, con tonos opalinos, rosados y desleídos en nácar.

Desde la segunda plataforma resbalan las aguas, se desbocan, saltan y caen en el vacío con atronadora impetuosidad.

Los Saltos Brasil y Unión Americana, asombran por su grandeza, y el Salto Argentino colma la admiración; se ajusta aquél á la forma circular rocallosa y, bajo tenue cendal de nieblas, es de un efecto imponderable, sublime y majestuoso.

Aquella singular maravilla es indescriptible.

Las cascadas del Iguazú producen distinta sensación que las del Niágara; el marco es otro; tiene más ambiente, más riqueza en los detalles; más lujo vegetativo; la atmósfera, el cielo, la luz, prestan belleza única á las cataratas que, largo tiempo ignoradas, son hoy tal vez las más admirables del universo por su grandiosidad.

Su recuerdo será eterno y señalará época entre los más hermosos de mis excursiones por América.

Brasil.—San Pablo.—Palacio del Gobierno.—(Pág. 206)

XVIII

Dos maravillas modernas.—La ingeniería en el Brasil y en los Estados Unidos

En verdadera fiesta de innovación se agitan todos los pueblos americanos; en esta época de inventiva universal trabaja el pensamiento con incesante actividad, perfeccionando proyectos, los más arriesgados y difíciles.

En la transformación total, en el despertar de un gran pueblo á la vida progresista, ha llegado el Brasil á una altura extraordinaria y la acción de potencia gigante, tiene por auxiliar el territorio que cuenta con las grandes arterias del mar y de los ríos; el poder del oro que desborda en sus minas; del cobre, del hierro, de los brillantes y pedrería, el todo engarzado en las montañas ó esmaltando las orillas de arroyos y ríos.

En el Brasil se ha dado nueva y correcta forma á un boceto, y como fantástica proyección ha surgido un país dotado con todos los adelantos y todas las galanuras de la civilización.

Las grandes creaciones se han multiplicado con el vapor y la electricidad.

Las líneas ferrocarrileras, entre éstas la Central del Brasil, pasma por las múltiples sensaciones que producen las obras y el cruce por cafetales lozanísimos, cuajados de dulcísimo fruto, manantial de riqueza.

Pero la vía verdaderamente pasmosa es la de San Pablo, capital del Estado de ese nombre, hasta el puerto de Santos, ahora tan sano como mortífero hace pocos años y uno de los más importantes del Brasil, sobre todo cuando las grandes obras estén terminadas.

La compañía de los Docks, de Santos, es un poder; su palacio en Río de Janeiro tiene una puerta de jacarandó, cuyo costo es de catorce mil duros aproximadamente.

Al visitar los almacenes construídos sobre los pantanos terraplenados, se admira su extensión capaz de contener 300.000 toneladas. Allí todo es colosal.

Volvamos á San Pablo, punto de partida donde hoy pululan 300.000 habitantes, cuando hace treinta años sólo contaba 30.000.

Ya de suyo, la estación de Luz es una magnificencia de estilo inglés, con tres pisos para el tráfico; en el tren, y descendiendo para Santos, se sorprende el ánimo ante la regia pompa y severa majestad de la naturaleza, sobre todo en el *Alto da Serra*, pero desvía el rumbo de las ideas la admiración que produce la soberbia labor de ingeniería, en una hermosa y sensacional bajada de

Estado de San Pablo.—Plantación de caña de azúcar.—(Pág. 206)

10.598 metros, desde una altura de 800 sobre el nivel del mar.

En esa línea se emplea el sistema de tracción por cables, remolcadores de los trenes que suben y que protegen á los que descienden.

Todo está previsto; todo responde al poderoso esfuerzo intelectual y á la sabia dirección, en aquel portentoso trayecto que cuenta 18 viaductos, 13 túneles y 47 terraplenes. La rápida pendiente se ha dividido en cinco planos inclinados, y cada uno tiene una casa de máquinas con fuerza de 754 caballos, que pone en acción el cable correspondiente á cada uno de los planos.

Las obras de defensa contra los derrumbes que las lluvias torrenciales pudieran acarrear, son admirables y en ellas no huelga un detalle.

Si la atrevida línea es por demás peligrosa, su construcción es tal, que no ha dado lugar para recuerdos funestos ni para forjarse temores.

Las grandes dificultades, los obstáculos creados en América por las altas montañas, por las cordilleras sin fin, por las moles gigantescas, han inspirado las construcciones de grandeza sin par; alardes del ingenio, derroches de la fecunda idea, refiriéndonos particularmente á las líneas ferroviarias que en México, en el Perú, en el cruce de Chile á la Argentina, en el Brasil y en los Estados Unidos existen para gloria imperecedera de la civilización.

Eran las diez de la mañana, cuando codeando á unos, atropellando á otros, apresurándonos por entre inmensa multitud tomábamos como quien dice por asalto el soberbio tren «Pensilvania Li-

mited», mientras que á la vez, en todas direcciones, se precipitaban numerosos pasajeros para ocupar puesto en los coches de las múltiples vías que en la extensa estación de Jersey City se disponían á salir al propio tiempo que nosotros, para cruzar el vasto territorio norteamericano.

Al arrancar el tren, lo hizo como deslizándose, sin trepidación, sin darnos cuenta de la salida, hasta que, como por encanto, se presentaron á la vista los campos verdes y frescos, las florestas, las alegres quintas, los canales y los riachuelos que, como hilos de plata, serpentean por la campiña.

El tren era un prodigio; con diferentes dependencias, comodidades y *confort* sin límites, lujo y suntuosidad en cada detalle decorativo.

Difícilmente puede imaginarse nada más hermoso en combinación con lo útil y con los detalles más minuciosos.

Aquellos coches eran regios, tapizados con seda y terciopelo, luciendo artesonados y molduras de gran mérito artístico.

Baños de mármol, suntuoso comedor, tocadores, salones, dormitorios y gabinetes reservados, sala para fumadores, con sillones de mimbre y lujosos canapés, estantes repletos de libros en varios idiomas, salón de lectura con mesas de tallados admirables, esparcidos los periódicos de las cuatro partes del mundo.

Encontrábamos todo á la mano, como en casa propia; lo disfrutábamos y obteníamos lo que faltara con sólo tocar el timbre, que resonaba vibrante y claro, en la longitud de aquel palacio que,

con vertiginosa rapidez, cruzaba ciudades, aldeas, praderas y campos cultivados con esmero y sorprendentes por la variedad de sus productos.

Por ambos lados y á través poblaciones, veíamos talleres, fábricas, chimeneas enormes que despidían humo denso, acusando la vida activa industrial, la plétora de riqueza, el trabajo, el espíritu de empresa y la incesante iniciativa creadora.

En las llanuras risueñas, destacábanse haciendas que surten con abundancia el mercado de Nueva York, la ciudad gigante.

Millas y millas salvaba la locomotora; el río Delaware centelleaba al pie de grandiosos establecimientos comerciales; penachos de cenicienta humareda se elevaban hasta el cielo, orgullosos del motor potente que prestaba vida y movimiento al laborioso mundo fabril.

A poco, cambiaron de rumbo nuestras ideas al pasar el puente tendido sobre el río Schuylkill, ensordeciéndonos el atronador ruido, mientras la mirada se detenía sobre la cúpula blanca de «Memorial Hall», resto de la exposición de Filadelfia, en 1876.

Gallarda camarera nos condujo al extremo del tren, pasando coches y coches, hasta el salón-galería con reja bronceada. Como en clarísimo espejo reverberaba el sol en el acero pulido de los rieles, que suaviza la marcha de los trenes.

Aquella línea es un portento. Allí se ha planteado el sistema que hace imposibles los choques, dividido en secciones (blocks) y provisto de telégrafos en la entrada para facilitar las señales. Todo

en las vías norteamericanas traduce el prolijo estudio que da resultados admirables. Las vías bien niveladas, sólido descanso para los rieles, haciendo el movimiento uniforme.

En lo posible suprimen las curvas rápidas; los puentes están construídos con admirable solidez; las agujas, los desviaderos, las retrancas de vapor, el conjunto, en suma, es tan perfecto, que revela la habilidad y seria tarea del ingeniero constructor.

La velocidad es asombrosa, que obedece en parte á los numerosos estanques y cañerías que abastecen á la locomotora, sin disminuir la rapidez.

En corto espacio y á vuelo de pájaro, nos recreó la perspectiva de Filadelfia, gentil paloma en nido de flores.

El tren cruza sus calles sobre puentes y atraviesa el magnífico parque de Fairmoont, sombreado por elevadas frondas, destacándose entre ellas verde loma, que tiene por espejo los cristales del río Schuylkill. En los grandes centros industriales de Filadelfia se ha planteado un sistema utilísimo y ventajoso, con el cual los obreros adquieren fácilmente hermosas casas para ellos y sus familias, formando como colonias en torno de cada fábrica.

El obrero disfruta comodidad y bienestar, exento de preocupaciones enojosas que hacen más rudo y más áspero el trabajo.

La magnífica estación central de Broad Streest nos produjo placentera sorpresa, y á corto trecho las lindas casas de campo despertaron envidioso anhelo de pasar la vida en aquellos floridos oasis.

Manojos de rosas esparcían riquísimos aromas, y como en búcaros de esplendor oriental erguíanse claveles y lirios en consorcio con los arbustos en flor.

Embriagados por aquella atmósfera, saturada de perfumes deleitosos, que recogía la brisa ardiente, llevándolos en sus alas hasta el diáfano firmamento, pasaron las horas, y sólo al tocar en Lancaster consagramos un recuerdo al glorioso Roberto Fulton, hijo de aquella ciudad é inventor del vapor.

Veíamos pasar como relámpagos las ondulantes arboledas de colores variadísimos, dando al viento las ramas flexibles y envolviendo en sombras la campiña, esmaltada de florecillas.

Los paisajes formaban extraños contrastes en la tierra vigorosa y joven, en los verjeles misteriosos, en las sierras accidentadas de Kittatinny, estribo de la cordillera Allegheny.

Tres mil seiscientos setenta pies de longitud tiene el puente famoso de Sosquehanna, y el río, ora tumultuoso, ora plácido y humilde, corre ó se encabrita, dibujando en la superficie colosales montañas, que prestan incomparable majestad al cuadro.

Las múltiples sensaciones adquieren grandeza sin par; el cerebro trabaja y graba con fantástica actividad las palpitantes impresiones, renovadas sin cesar.

Caía la tarde; el tren escalaba una pendiente que nos condujo hasta la curva, prodigio asombroso de aquella vía, fecundísima en bellezas y atrevimientos.

La Herradura es algo que apenas admite descripción: es un poema de trabajo, de ingeniería, de ciencia, de colosal y brioso empeño; algo que embarga el ánimo, asusta y á la vez inspira febril entusiasmo y admiración.

Cuanto abarca la vista es ciclópeo, atrevidísimo, gigantesco. Obra magna de un pueblo que no se detiene ante las dificultades, ni se arredra al desarrollar un pensamiento por más irrealizable que parezca; al contrario, esto mismo aguijonea su amor propio, halagado por la idea de llevar á terreno práctico aquello que se juzga un imposible.

El tren ascendía, impulsado por el poderoso empuje de dos máquinas, dando vuelta á la curva, entre vapores y nubes, que allá en lo alto se condensaban, vistiéndose con tonos extraños, con celajes de plata desleídos en plomo y azul, cual lujosa colgadura que, á favor del tenue ambiente, se plegase y desplegase sobre los hondísimos precipicios.

Era un lujo de indescribibles detalles; un espectáculo que se incrustaba en la mente para no borrarse jamás.

El tren, como humillado por tanta grandiosidad, caminaba lentamente, medio envuelto en aquel océano de neblina y suspendido en los escalones de la serranía.

No hay frases para expresar la emoción que nos embargaba; no hay pincel capaz de pintar las complicadas y clásicas perspectivas que se aglomeraban en Allegrittus, sitio el más admirable en aquel portentoso escenario velado por las

nubes, y que se dibujaba entre jirones de mágica luz.

Comenzó el descenso; las altas cimas desaparecían poco á poco, y á la vaga claridad del crepúsculo destacábanse los caseríos, las fábricas, los importantes establecimientos de amalgamación mineralógica, perdiéndose á su vez al internarse el tren por espacioso túnel, abierto en las entrañas de los montes.

La luna, clarísima y brillante, hizo más sorprendente otra magnificencia de aquel trayecto: fulgores rojizos jugueteaban, flotaban entre las arboledas, lanzándose en llamaradas de fuego hasta perderse en lo infinito; era que atravesábamos la región del gas natural, que por largo espacio presta á los campos, al follaje y á las poblaciones un colorido fantástico y por demás originalísimo.

No he visto nada más extraño ni más curioso. Prolongábase el juego de luces hasta Pittisburgo, ciudad donde palpita el espíritu del progreso industrial en continua y porfiada lucha por conseguir mayores preponderancias. Allí abandoné el artístico tren: la primera parte de mi itinerario estaba cumplida; el objeto había sido conocer el paso de la Herradura y la hermosa línea que hasta él conduce.

Entre las innumerables vías ferroviarias que cruzan la vasta extensión de los Estados Unidos de Norte América, la de Pensylvania es una maravilla, un asombro para los viajeros por la sorprendente ejecución, por las dificultades vencidas, por la habilísima obra de cíclopes, particularmente en el paso de la curva llamada la Herradura; obra

que inmortaliza y que ocupa lugar predilecto en los grandes prodigios del siglo XIX.

Hoy se rivaliza en magnificencias, en suntuosidades, en artes y en cuanto pueda acreditar que el progreso en aquellas tierras del nuevo continente ha llegado á tan alto grado como en Europa, y tal vez con mayores osadías, con ambiciones de superar á estas nacionalidades que fueron origen de aquéllas.

FIN

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.
En el escenario.	5
Capítulo I.—Entre Veracruz y México.—La mujer blanca.—El cofre de Perote.	13
II.—Amor de ultratumba.—Orizaba. — Cataratas.	23
III.—A vista de pájaro.—Cosas de antaño y cosas de ogaño.	33
IV.—Añoranzas históricas. — Museos. — Tradiciones.	43
V.—Cacahuamilpa. — Una historia de amores. —A través de las ruínas.	59
VI.—Cuauthlé y Xochitl (Aguila y Flor).—Grandeza y decadencia.	71
VII.—Copo de Algodón.—Xlacumbi Xunan. . .	87
VIII.—Colombia.—Del Itsmo de Panamá al Salto del Tequendama.	101
IX.—Por Icononzó y Cipaquirá.—Volcanes, cuevas y ruinas.	121
X.—Mari Ramos. — Los cojines. — Jota. — Pesquerías.—De todo un poco.	139

Págs.

XI.—En el Cauca. — Calí. — Las regiones de las cumbres.—Los Cunas.—Cosas curiosas. . 149
XII.—La vida en lo infinito.—Antioquía.—Adiós á Colombia. 161
XIII.—El país Shyris.—Magnificencias. — Huacas prehistóricas. — El Cotopaxi.—Rumiñahui (cara de piedra). 167
XIV.—Deslumbramientos. — Las cordilleras. — Cerros, nieves y escombros. 177
XV.—Quito. — Impresiones. — Los cañares.—Selvas y ríos. 185
XVI.—El rey de los ríos ecuatorianos.—La región oriental. — Costumbres indias. — Cuadros sin rival. 197
XVII.—Riobamba.—Despedida de Quito. — Baños. — Patate.—Las taravitas.—La laguna de Coltán. — El adiós. 207
XVIII.—La ciudad de los Incas.—El Rimac y el Oroya. . . . . , 213
XIX.—Un ferrocarril asombroso.—Túneles y abismos. — Huancavelina. — Pucará. 225

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

Págs.

I.—El salto del Fraile. — Costumbres. — Indumentaria.—Monumentos. — El Amazonas. . 5

II.—Cosas curiosas. — La provincia Litoral del Loreto. — Quelap. — Ollantaitambo (tradición). . . . . , 15

III.—Cráteres. — La bruja del volcán. — Lagunas.—Arequipa. — Manco-Capac. 25

IV.—Roma en América. — Ayacucho. — Vincocaya. — El lago Titicana. — Puno.—Silustani. 35

V.—El Lago. — Recuerdos. — La Paz. — El Chuquiapu. . . . . ,47

VI.—Vestigios. — En Bolivia. — Tiahuanaco. —Lo fabuloso y lo histórico. — El cerro de Potosi. — Huanchaca. — Adiós para siempre. . . . . , , 57

VII.—Horizontes pintorescos. — A través de Chi-

Págs.

le. — Montes de plata. — El cerro de los Candeleros (tradición). 67
VIII.—En Magallanes. — Los fueguinos. — Al correr de la pluma. — Uruguay. — La Argentina á vista de pájaro. — Mar de Plata. — El Nilo del Nuevo Mundo.—Lucía Miranda. 87
IX.—La Cruz de Corrientes. — Paseo por el río. —El mundo de las selvas. — La Asunción.— Primera visita al Brasil. 103
X.—En el Centro América.—El Izalco.—El lago de Amatitlan. — Deslumbres. — La antigua y la ciudad vieja. — Las Repúblicas hermanas. —Lagos y cumbres. 117
XI.—Amelicatl. — La venganza. — Dos tumbas. —Las fuentes de Coatepeque. — De un salto al Orinoco. 131
XII.—Nuevitas.—El abra del Yunurí.—La cueva de Aguas Buenas.—Particularidades. — Murallas ciclópeas. — Don Juan de Haro. — La cruz de Culebrinas. 147
XIII.—En la isla española. — El pasado y el presente.—El lago Enriquillo. — El santo cerro. —Treinta caballeros. — Oro á raudales.—Haití.—Episodios á bordo del «Nueva York. . . 157
XIV.—Panoramas.—Sobre Nueva-York.—El Central Park.—Un puente prodigioso.—La ciudad de los Muertos. — El Niágara. — La tierra del oro. — Espejismos. — Las cataratas de hielo. —Adiós á América. 169

Págs.

XV.—Apéndice: Nuevos horizontes. 191

XVI.—Los naranjales de Corrientes.—La piedra que crece. — El país de los pinares. — La reina Victoria. — San Ignacio, leyenda misteriosa. . . . . , 195

XVII.—Otros prodigios de la naturaleza. — Las cataratas del Iguazu. 201

XVIII.—Dos maravillas modernas. — La ingeniería en el Brasil y en los Estados Unidos. 205

OBRAS IMPORTANTES DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

GALERIA DE RETRATOS

DE LOS

GOBERNADORES Y VIRREYES DEL PERÚ

(1532-1824)

PUBLICADA POR

DOMINGO DE VIVERO

TEXTO DE

J. A. DE LAVALLE

Y

GALERIA DE RETRATOS

DE LOS

GOBERNANTES DEL PERÚ INDEPENDIENTE

(1821-1871)

por los mismos autores

Estos dos libros, que forman una sola obra, contienen las biografías de todos los gobernantes del Perú (hasta 1871) con sus retratos en magníficas láminas litográficas de página entera y sus firmas autógrafas, comprendiendo el primer libro 44 retratos y 26 el segundo. Todos ellos están exactamente reproducidos de cuadros y estampas de la época, y en cuanto al mérito histórico y literario de las biografías, basta tener presente la autorizada firma del autor, señor Lavalle.

Este libro, de gran interés histórico para el estudio perfecto de la época colonial y de la independencia del Perú, merece ocupar un puesto de honor en toda biblioteca pública y en la de cuantos se interesen por tan amenas é instructivas lecturas.

Los dos tomos, ricamente encuadernados en tela con planchas doradas, **10 pesetas.**

STELLA

(NOVELA DE COSTUMBRES ARGENTINAS)

POR

CÉSAR DUAYEN

Edición de lujo, ilustrada, en un tomo. – **3 pesetas.**

* * * *

MARAVILLAS AMERICANAS

POR LA

BARONESA DE WILSON

2 tomos profusamente ilustrados.—Precio de la obra: **5 pesetas.**

EL MUNDO LITERARIO AMERICANO

por la misma autora

obra ilustrada en dos tomos.—**4 pesetas.**

AMERICA EN FIN DE SIGLO

obra ilustrada profusamente de la misma autora. Un volumen **6 pesetas.**

* * * *

VIAJE AL PAÍS DE LA DECADENCIA

POR

SANTIAGO ARGÜELLO

Un tomo. **Una peseta.**

* * * *

LOS RAROS

POR

RUBEN DARIO

estudio de las personalidades artísticas más salientes. Un tomo **2 pesetas.**

MIS ULTIMAS

TRADICIONES PERUANAS

POR

RICARDO PALMA

Es continuación y fin de la serie que con el título de *Tradiciones peruanas* publicó la casa Montaner y Simón, y va seguido de *Cachivachería*, comprendida en el mismo tomo. Esta parte del libro, á más de documentos interesantísimos, contiene un concienzudo estudio de Bolívar, Monteagudo y Sánchez Carrión, que fué causa en su tiempo de acaloradísima polémica. Constituye una de las obras más curiosas y amenas.

Un tomo de 608 páginas, lujosamente encuadernado, **8 pesetas.**

MANUAL DIPLOMÁTICO CONSULAR
HISPANO-AMERICANO

COMPILADO Y REDACTADO

por

D. SIMON BARCELÓ

EX-ENCARGADO DE NEGOCIOS DE VENEZUELA EN FRANCIA

Esta utilísima obra destinada á circular especialmente por el mundo americano, constituye el mejor y más completo libro de consulta para cuantos se dediquen á la carrera consular ó á estudios especiales con ella relacionados.

Un grueso tomo de 361 páginas, esmeradamente encuadernado en pasta española.—25 pesetas.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

NUEVA EDICIÓN

IMPRESA EN PAPEL INDIANO

PUBLICADA POR LA CASA EDITORIAL MAUCCI

Forma un reducido y manuable volumen de 16 centímetros de largo por 11 de ancho y 2 de grueso y 275 gramos de peso; consta de 928 páginas, va impreso en papel indiano, que á pesar de su finura no es transparente, está compuesto en tipos nuevos, claros y legibles, y va encuadernado en tela flexible. Cada ejemplar está encerrado en su estuche correspondiente.

Esta curiosa y perfecta edición de la admirable obra del *Príncipe de los Ingenios,* que puede rivalizar con sus semejantes en cuanto á su presentación y demás condiciones materiales, se vende en todas las librerías al precio de 4 pesetas.

RECOPILACIÓN DE LAS LEYES DE INDIAS

POR

LUIS GONZAGA TAPIA

Año 1841. (5.ª edición). Corregida y aprobada por la Sala de Indias del Tribunal Supremo de Justicia. Cuatro tomos en folio y en dos grandes volumenes, encuadernados en pasta española.—70 pesetas.

Obras poéticas

Obras poéticas de José Espronceda.—Magnífica edición ilustrada con ocho primorosas láminas.—*3 pesetas.*

Obras completas de D. Ramón de Campoamor.—Cuatro tomos ilustrados: 1.º *Los pequeños poemas*, 2.º *Dolores y Humoradas*, 3.º *Poesías*, 4.º *Poesías y cantares*.—Cada tomo *3 pesetas.*

La Poesía en el mundo, por M. R. Blanco Belmonte.—Un hermoso tomo profusamente ilustrado.—*3 pesetas.*

Parnaso argentino.—Poesías selectas recopiladas. Edición ilustrada con veintiséis retratos, un tomo.—*2 pesetas.*

Parnaso venezolano.—Selecta recopilación de las mejores poesías, impresas sobre magnífico papel satinado. Un tomo de 470 páginas, ilustrado con más de treinta retratos.—*3 pesetas.*

Parnaso cubano.—Selectas composiciones poéticas coleccionadas por Adrián del Valle, con un prólogo del mismo.— Ilustrada don 42 retratos. *2 pesetas*

Poesías completas de José Santos Chocano.—Nueva edición cuidadosamente corregida por el autor, con un prólogo de *M. Gonzáles Prada*, un tomo.—*3 pesetas.*

Tesoro del Parnaso americano.—Obra ilustrada con retratos, dos tomos.—*4 pesetas.*

Poesías escogidas de Juan de Dios Peza.—Unica edición autorizada por el autor y aumentada con varias composiciones inéditas. Un tomo.—*2 pesetas.*

Obras de Manuel Acuña.—Un tomo con 8 magníficas ilustraciones.—*3 pesetas.*

Poesías de Antonio Plaza.—Un tomo ilustrado con 8 primorosas láminas.—*3 pesetas.*

Pasionarias, por Manuel Flores.—Edición ilustrada con 8 preciosas láminas.—*3 pesetas.*

Futilezas, por J. Ferrer Esteller.—Un precioso tomo ilustrado, encuadernado en tela, con planchas doradas.—*3 pesetas.*

El parnaso Mexicano.—Antología completa de sus mejores poetas. Un tomo.—*2 pesetas.*

Poesías de Andrés Bello.—Un tomo.—*2 pesetas.*

Parnaso chileno.—Un tomo ilustrado con 30 retratos.—*2 pesetas.*

Poesías de José Asunción Silva. Con prólogo de Unamuno. Un tomo. *2 pesetas.*

Cada uno de estos tomos cuesta *3'50 pesetas* encuadernado en tela con plancha dorada.

CIEN HOMBRES CÉLEBRES

(CONFESIONES LITERARIAS)

POR

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

CON UN PRÓLOGO DE PAOLA LOMBROSO

Contiene entrevistas y reportajes hechos á Su Majestad el Rey de España Alfonso XIII, el rey de Italia Víctor Manuel III, César Lombroso, Gabriel D'Annunzio, Jean Richepin, José Echegaray, Octavio Mirbeau, Paul Verlaine, Olavo Bilac, Max Nordau, Don Carlos de Borbón, Nakens, Galdós, Pío X, Ferri, Matilde Serao, viuda de Zola, Salvador Rueda, Luis Barzini, condesa Gloria Laguna, Remy de Gourmont, Unamuno, Don Jaime de Borbón, Amicis, Zorrilla de San Martín, Barón de Río Branco, Alvarez Quinteros, tenor Oxilia, Grazia Deledda, Bistolfi, Querol, Herrera y Reisig, Presidente del Brasil Dr. Penna, Augusto Rodín, Abate Perosi, Felipe Turati, Pietro Mascagni, Camille Mauclair, Alberto Arnó, El Mesías Meva, Catulle Mendes, Maragliano, el torero Mazzantini, Mariano de Cavia, Menéndez Pelayo, Tolstoy, Santiago Rusiñol, Pompeyo Gener, Casas, Tailhade, Antonio de Valbuena, Cardenal Arcoverde, Florencio Parravicini, Merry del Val, Carolina Invernizio, Alfredo Vicenti, López Ballesteros, Francos Rodríguez, Chaliapine, etc., etc.

Después de leído este libro, puede preciarse el lector de que conoce personalmente, podríamos decir, á las mayores celebridades del mundo; tanta es la realidad con que están trazadas sus semblanzas literarias y la perfección de sus fotografías.

Un tomo de 500 páginas, con 130 ilustraciones fotográficas, **4 pesetas.**

LA REVOLUCION DE JULIO

EN BARCELONA

SU REPRESION, SUS VICTIMAS

PROCESO DE FERRER

CON EL INFORME COMPLETO DEL FISCAL Y EL DEL DEFENSOR SEÑOR GALCERAN

RECOPILACION COMPLETA DE SUCESOS Y COMENTARIOS

por JOSÉ BRISSA

Esta interesante y completísima obra que contiene una amplia relación de los acontecimientos ocurridos en España desde el comienzo de la guerra del Rif, y especialmente en Barcelona, hasta fin de Enero de 1910, va adornada con **ciento doce** ilustraciones fotográficas: vistas del Consejo de guerra, barricadas, retratos, etc., etcétera, está impresa en excelente papel satinado, consta de 352 páginas y cuesta **DOS PESETAS.**

ESPAÑA EN MARRUECOS

Crónica de la campaña de 1909 con magníficas ilustraciones de corresponsales y dibujantes particulares

por

A. RIERA

Esta importante obra forma un hermoso volúmen ($25 \times 16\,1/2$) de 416 páginas, impreso en buen papel satinado y adicionado con un mapa plegable de las posesiones conquistadas por España en el Rif y ocho láminas litográficas.

Precio: 3'50 pesetas.

LA MITAD DEL MUNDO

VISTA DESDE UN AUTOMOVIL

De Pekín á París en 60 días

POR

LUIS BARZZINI

PRÓLOGO DEL

Principe D. Escipión Borghese

Forma un voluminoso tomo impreso en rico papel satinado, de cerca de 600 páginas con 200 ilustraciones y una carta mapa del itinerario.

Precio en rústica.—10 pesetas.

Encuadernada en tela con primorosas planchas doradas.—12'50

La mujer, médico del hogar

POR LA DOCTORA

ANA FISCHER DUCKELMANN

Es la obra más importante y más útil de cuantas se han publicado hasta el día. Resulta imprescindible para toda mujer, amante de la familia, que desee criar hijos sanos y robustos. Habla extensamente de los cuidados que requiere la salud y de los indispensables para que la mujer pueda conservar largo tiempo la juventud y la belleza. Contiene instrucciones provechosísimas para el período del embarazo y los momentos críticos del parto. Da saludables consejos á los que desean ardientemente tener hijos para que puedan conseguirlos, y enseña delicadamente los medios de no llenarse de ellos hasta el punto de hacer imposible la vida.

Un tomo ricamente empastado, de 850 páginas con 448 grabados en negro y 28 preciosas láminas en color, impreso sobre magnífico papel y encerrado en un estuche.—30 pesetas.

"LA ESTRELLA POLAR" EN EL MAR ARTICO

POR EL

DUQUE DE LOS ABRUZOS

Relato de la PRIMERA EXPEDICIÓN ITALIANA AL POLO NORTE. Esta lujosa obra, impresa en excelente papel satinado, consta de 725 páginas en dos tomos con 250 ilustraciones, 2 panoramas, 3 mapas en colores y un plano de las regiones exploradas.

PRECIOS DE LA OBRA: En 18 cuadernos sueltos.—18 pesetas.

Encuadernada en dos tomos y en rústica, con artísticas cubiertas en colores.—20 ídem.

Lujosamente encuadernada en dos tomos y en tela, con lomos de piel y planchas doradas.—25 ídem.

Encuadernada en un solo tomo, con lomo de piel y planchas doradas.—23'50 ídem.

JUEGOS DE TAPAS: Para encuadernar en un solo tomo.—2'75 pesetas.

Para encuadernar en dos tomos.—3'75 ídem.

VIAJE AL POLO SUR

POR

OTTO NORDENSKJOLD

Esta obra consta de dos tomos de 592 y 654 páginas respectivamente con 350 ilustraciones, 4 mapas y 5 láminas tricolores, y está traducida directamente del sueco por ROBERTO RAGAZZONI

SUS PRECIOS SON: En rústica (dos tomos.)—24 pesetas.

Lujosamente encuadernada en tela, con lomo de piel y plancha dorada.—30 ídem.

Encuadernada en pasta española.—30 ídem.

JUEGOS DE TAPAS: Para los dos tomos 4 pesetas.

Biblioteca de buenas lecturas

Precio de cada obra completa de esta BIBLIOTECA, lujosamente encuadernada en tela, con planchas doradas: *Diez pesetas.*

Los desgraciados, por *Enrique Pérez Escrich.*—Dos tomos de 800 páginas cada uno, con numerosas ilustraciones en negro (2.ª edición.)

Predestinación, por *Flora del Valle.*—Novela de costumbres cubanas.—Dos tomos de 300 páginas cada uno, ilustrados por el artista guatemalteco G. Valdeavellano.

La esposa infiel, por *Eduardo Blasco.*—Dos tomos de 500 páginas cada uno, ilustrados con láminas en color.

Hija, esposa y madre, por *Alvaro Carrillo.*—Dos tomos de 500 páginas cada uno, ilustrados con láminas en color.

Los bandidos del amor ó El barranco de los cuervos, por *Alarcón y Puyol.*—Dos tomos de cerca de 1.000 páginas cada uno, con láminas en color.

La hija del misterio ó La virtud de una huérfana, por *Edmundo Ruiz de Lara.*—Dos tomos de 500 páginas cada uno, con ilustraciones en color.

Biblioteca de Arte y Letras

Esta interesante colección, la mejor sin duda de las que se han publicado hasta el día, consta de primorosos tomos profusamente ilustrados, esmeradamente impresos y artísticamente encuadernados.

No necesitamos encarecer el mérito artístico y literario de esta famosa biblioteca, pues se puede asegurar que ha merecido el encomio unánime de los más exigentes bibliófilos y la mejor acogida del público en general.

La colección completa la forman las siguientes obras á *3 pesetas* el tomo:

Dramas de GUILLERMO SHAKSPEARE, traducidos por don Marcelino Menéndez Pelayo.—4 t.

I.—*El mercader de Venecia.—Macbeth.—Romeo y Julieta.—Otelo.*

II.—*Sueño de una noche de verano.—Medida por medida.—Coriolano.—Cuento de invierno.*

III.—*Hamlet.—Rey Lear.—Cimbelina.*

IV.—*Julio César.—Como gustéis.—Comedia de equivocaciones.—Las alegres comadres de Windsor.*

Fortuny, por JOSÉ YXART.

Cuentos, por ANDERSEN.

Vida del escudero Marcos de Obregón, por VICENTE ESPINEL.

Dramas de SCHILLER. (Traducciones de José Yxart.)—3 tomos.

I.—*Guillermo Tell.—María Stuardo.—La doncella de Orleans.*

II.—*Don Carlos.—La conjuración de Fiesco.—Cábalas de amor.*

III.—*La novia de Mesina.—Wallestein.*

La hija del rey de Egipto, por JORGE EBERS.—2 tomos.

El Nabab, por ALFONSO DAUDET.

La razón social. Fromont y Risler, por ALFONSO DAUDET.

Mireya, por FEDERICO MISTRAL.

Odas de HORACIO. (Traducciones de los mejores ingenios españoles; coleccionadas por Menéndez Pelayo.)

María (novela americana,) por JORGE ISAACS.

Sainetes de RAMÓN DE LA CRUZ.—2 tomos.

I.—*La comedia de Maravillas.—El café de máscaras.—La duda satisfecha.—Manolo, tragedia para reir ó sainete para llorar.—La maja majada.—La presumida burlada.—El casamiento desigual.—Los bandos del Avapiés.—El Petimetre.—El fandango de candil.—Las tertulias de Madrid ó el por qué de las tertulias.—El Muñuelo, tragedia por mal nombre.—La Petra y la Juana ó El buen casero, ó La Casa de Tócame-Roque.—El sarao.—El reverso del sarao.*

II.—*La pradera de San Isidro.—Las majas vengativas.—El deseo de seguidillas.—Las frioleras.—La comedia casera* (1.ª y 2.ª parte.)—*El careo de los majos.—La visita de duelo.—Las castañeras picadas.—El majo de repente.—La cena ó escote.—La plaza Mayor.—Las escopeteras.—Inesilla la de Pinto.—Los majos vencidos.*

Perfiles y colores, por FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

Fausto, por JUAN WOLFANG GOETHE. (Traducción de Teodoro Llorente.)

Bocetos californianos, por BRET HARTE.

Tres poesías, por O. WALLIN, T. SCHILLER y T. DE ANDRADA. (Traducciones de J. E. Hartzembusch y J. Ixart.)

Poesías de RAMÓN DE CAMPOAMOR.

El hijo de la parroquia, por CARLOS DICKENS.

La niña Dorrit, por CARLOS DICKENS.—2 tomos.

Narraciones de la selva negra, por AUERBACH.

Romancero selecto del Cid.

Nora, por la BARONESA DE BRACKEL. (Prólogo de D. Juan Mañé y Flaquer.)

Mujeres de Goethe, por PABLO DE SAINT-VÍCTOR. (Traducción de José Yxart; prólogo de Urbano González Serrano.)

Viaje artístico de tres siglos, por PEDRO DE MADRAZO.

Elena de la Seigliere, por JULIO SANDEAU.

Novelas escogidas de MATEO BENDELLO. (Traducción de José Feliu y Codina.)

Músicos célebres, por Félix Clement.

Dramas de VÍCTOR HUGO.—2 tomos.

I.—*Hernani.—El rey se divierte.—Los burgraves.*

II.—*Lucrecia Borgia.*

La Regenta, por LEOPOLDO ALAS (CLARÍN.)—2 tomos.

Mil y un fantasmas, por ALEJANDRO DUMAS (PADRE.)

El conde Kostia, por VÍCTOR CHERBULIEZ.

Dramas musicales de RICARDO WAGNER.—2 tomos.

I.—*Rienzi.—El buque Fantasma.—Lohengrin.—Tristán é Isolda.—Los maestros cantores.*

II.—*Tanhauser.—El anillo del Nibelungo*, tetralogía que comprende las óperas *El oro del Rhin.* (Preludio.)—*La Walkiria.—Sifredo y El crepúsculo de los dioses.—Parsifal.*

La dama joven por EMILIA PARDO BAZÁN.

Poesías.—*Libro de los cantares*, por ENRIQUE HEINE. (Traducciones de Teodoro Llorente.)

¡**Hijo mío!** por SALVADOR FARINA.

Cabellos rubios, por SALVADOR FARINA.

Oro escondido, por SALVADOR FARINA.

Murillo.—*El hombre.—El artista.—Las obras*, por LUIS ALFONSO.

La mariposa, por NARCISO OLLER.

Miscelánea literaria, por GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

A orillas del Guadarra, por J. RAMÓN MÉLIDA.

Cuentos fantásticos de E. TEODORO HOFFMAN.

Historias extraordinarias, por EDGARD POE.

Ana Karenine, por el CONDE LEÓN TOLSTOY.—2 tomos.

Magdalena, por JULIO SANDEAU.

Leoni Leone, por JORGE SAND.

Leyenda del rey Bermejo, por RODRIGO AMADOR DE LOS RIOS.

Obras de Carolina Invernizio

A una peseta el tomo en rústica y á **1'50** encuadernado en tela con plancha dorada.

Los misterios de Florencia. —4 tomos.

I.—*La huérfana de la Judería.*
II.—*Pasiones y delitos.*
III.—*El espectro del pasado.*
IV.—*Los amores de Marcelo.*

La mujer fatal.—2 tomos.

Corazón de madre.—2 tomos.

La sepultada viva.—2 tomos.

Rina ó el ángel de los Alpes.—2 tomos.

El beso de una muerta.

La venganza de una loca.—(Segunda parte de *El beso de una muerta.*)

El crimen de la condesa.

El resucitado.—(Segunda parte de *El crimen de la condesa.*)

Las hijas de la duquesa.

El ermitaño.—(Segunda parte de *Las hijas de la duquesa.*)

La maldita.

El hijo del ahorcado.—(Segunda parte de *La maldita.*)

Paraíso ó infierno.

El último beso.

El genio del mal.

El secreto de un bandido.

La lucha por el amor.

Las víctimas del amor.

Las tragedias de los celos. —4 tomos.

I.—*Dora.*
II.—*Los martirios del amor.*
III.—*El cofre misterioso.*
IV.—*El castigo de un malvado.*

Corazón de obrero.—1 tomos.

Aventurera.—2 tomos.

Al borde del abismo.

Heroísmo de una mujer.—(Segunda parte de *Aventurera.*)

Lazo funesto.—(Segunda parte de *Al borde del abismo.*)

La pecadora.

Cadena eterna.—4 tomos

I.—*La boda trágica.*
II.—*La hija del comediante.*
III.—*Hija sin padres.*
IV.—*El triunfo de la inocencia.*

La reina del mercado.—2 tomos.

Amor triunfante. — (Segunda parte de *La reina del mercado.*)

Misterios del crimen.—4 tomos.

I.—*Satanela.*
II.—*La mano de la muerta.*
III.—*El suplicio de la inocencia.*
IV.—*Justicia divina.*

La ciudad misteriosa.—2 tomos.

Los desesperados.—2 tomos.—(Segunda parte de la trilogía *La ciudad misteriosa.*)

Las deshonradas. — 2 tomos. — (Tercera parte de la trilogía *La ciudad misteriosa.*)

El calvario de una madre.—2 tomos.

Arrepentimiento. — (Segunda parte de *El calvario de una madre.*

Sirena.—2 tomos.

Virgen y madre.—2 tomos.

Expiación. — 1 tomo. — (Segunda parte de *Virgen y madre*).

La última cita.—2 tomos.

Crímenes sin castigo.—2 tomos.

La lucha suprema. — 1 tomo.— (segunda parte de *Crímenes sin castigo.*)

Los misterios de las buhardillas.—2 tomos.

La clave de los misterios.—(Segunda parte de *Los misterios de las buhardillas.*)—1 tomo.

Las envenenadoras.—2 tomos.

El ángel redentor.—1 tomo —(Segunda parte de *Las envenenadoras.*)

El crimen de la calle de Roma. — 2 tomos.

Un drama en Turín.—1 tomo.— (Segunda parte de *El crimen de la calle de Roma.*)

El tren de la muerte.—2 tomos.

EN PREPARACIÓN

El hijo del anarquista.—2 tomo .

Nina, la detective.—2 tomos.

El hijo de la portera.—2 tomos.

El albergue del delito.—2 tomos.

Obras de Guy de Maupassant

De la colección de EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS. Versiones de *Luis Ruis Contreras.*

A DOS PESETAS

El señor Parent.
Las hermanas Rondoli.
El doncel de la señora Husson.
Rollo de Manteca.
Claror de Luna.
El Horla.
Cuentos del día y de la noche.
Las termas de Monte Oriol.

Á PESETA el tomo en rústica y á 1'50 encuadernado.

El buen mozo.—2 tomos.
La señorita Perla.
La criada de la granja Berta.
Bajo el sol de Africa.
El testamento.
La loca.
La abandonada.
Miss Harriet.
Inútil belleza.
El suicidio del cura.

EL COCINERO UNIVERSAL

Es un tomito de gran utilidad para las familias y que no debe faltar en el ajuar de ninguna mujer que pretenda ser buena ama de gobierno.
Se recomienda asimismo por su economía.
Precio: 50 céntimos.

Obras de Ponson du Terrail

A una peseta el tomo en rústica.—Encuadernado en tela, con planchas doradas: **1'50 pesetas.**

La juventud de Enrique IV. —8 tomos.

I.—*La hermosa platera.*
II.—*La favorita del rey de Navarra.*
III.—*Los amores de la bella Nancy.*
IV.—*Los juramentados.*
V.—*Enrique y Margarita.*
VI.—*La noche de San Bartolomé.*
VII.—*La reina de las barricadas.*
VIII.—*El regicida.*

Aventuras de Enrique IV.—2 tomos.

I.—*Galaor el Hermoso.*
II.—*La traición del mariscal Birón.*

Los ladrones del gran mundo.—7 tomos.

I.—*Cartahut ó el Buque Fantasma.*
II.—*El misterio del pasaje del Sol.*
III.—*El señor de la montaña.*
IV.—*El sacrificio de Juana.*
V.—*Mousseline la vengadora.*
VI.—*Las celadas de Olimpia.*
VII.—*El desafío de amor.*

El herrero del convento.—2 tomos.

Los amores de Aurora.—2 tomos.

La justicia de los gitanos. —2 tomos.

El pajo Flor de Mayo.

COLECCIÓN COMPLETA

ROCAMBOLE

Los dramas de París.—5 tomos.

I.—*La herencia misteriosa.*
II.—*Ser Luisa, la hermana de la Caridad.*
III.—*Club de los Explotadores.*
IV.—*Turquesa la Pecadora.*
V.—*El conde de Artoff.*

Hazañas de Rocambole. —5 tomos.

I.—*Carmen la Gitana.*
II.—*La condesa de Artoff.*
III.—*La muerte del salvaje.*
IV.—*La venganza de Bacará.*

El manuscrito del dominó —4 tomos.

I.—*Los caballeros del Claro de Luna.*
II.—*La vuelta del presidiario.*
III.—*Testamento del Grano de Sal.*
IV.—*Daniela.*

La resurrección de Rocambole.—5 tomos.

I.—*El presidio de Tolón.*
II.—*La cárcel de mujeres.*
III.—*La posada maldita.*
IV.—*La casa de locos.*
V.—*¡ Redención !*

La última palabra de Rocambole.—7 tomos.

I.—*La Taberna de la Sangre.*
II.—*Los estranguladores.*
III.—*Historia de un crimen.*
IV.—*Los millones de la gitana.*
V.—*La hermosa jardinera.*
VI.—*Un drama en la India.*
VII.—*Los tesoros del rajah.*

Las miserias de Londres.—5 tomos.

I.—*La maestra de párvulos.*
II.—*El niño perdido.*
III.—*La jaula de los pájaros.*
IV.—*El cementerio de los ajusticiados.*
V.—*La señorita Elena.*

Las demoliciones de París —2 tomos.

I.—*Los amores del Limosino.*
II.—*La prisión de Rocambole.*

La cuerda del ahorcado.—2 tomos.

I.—*El loco de Bealán.*
II.—*El hombre Gris.*

La vuelta de Rocambole.—4 tomos.

I.—*El compadre Vulcano.*
II.—*Una sociedad anónima.*
III.—*Los amores de una española.*
IV.—*La venganza de Rocambole.*

Las tragedias del matrimonio.—2 tomos.

Los dramas sangrientos.—2 tomos.

Obras de Carlota M. Braemé

A PESETA

Una lucha de amor.
Dora.
Azucena
Su único pecado.
En su mañana de bodas.
Invencible amor.
La condesa de Cradoc.
Casada con dos maridos.
El secreto de lady Muriel.
Los diamantes Ducle.
Una historia de amor.
En el crisol del amor.
Juez y parte.
De las tinieblas á la luz
Historia de un velo negro.
Luchas del corazón.
La expiación de un pecado
Un matrimonio desgraciado.
El secreto del duque.
La mártir del hogar.
La niña mimada.
La tentación de una mujer
Un casamiento desigual.
Amores sublimes.
A vida ó muerte.
Locura de amor.
Corazón de oro.
Arrepentimiento tardío.
Rosas y espinas.
La moderna Cenicienta.
Caminos de oro.
Los amores de Claribell.
La venganza de una mujer
La estrella de amor.
El castigo de una madre
Amor sin igual.
Un corazón destrozado
Entre dos pecados.
El anillo de bodas, roto.
Sueños del corazón.
Más débil que una mujer.
El misterio del bosque.
El orgullo de lady Diana.
Los amores de Juana.
El último amor.
Un corazón muerto.
El corazón de un padre.
Dramas de amor.
Cesarina.
Espinas de una rosa.
Un deber fatal.
El triunfo del amor.
Un juramento falso.
Su único amor.
Una belleza fatal.
Luchas de amor.
La hija del príncipe Carlos.
Los votos de Irene.
Los amores de una mujer.
Un pecado oculto.
Vivir para amar.
Un amargo despertar.
A toda costa.
Entre dos amores.
Una amarga expiación.
La locura de Evelina.
¡Maldito!
La mujer de un jugador.
El divorcio de lady Castlemaine.
Un crimen misterioso.
La pupila de un actor.
Luz y rosas.
La conquista de una coqueta.
Las dos rivales.

El error de una mujer.
Las locuras de Hilario.
Dafne Vernon.
El amante de Madolina.
A través del mundo.
Los celos de una mujer.
La lucha por un ausilio.
Andrea.
El orgullo de una raza.
Horas crueles.
Perdón imposible.
La bella Flora.
La ambición de una mujer
Más allá del misterio.
El veredicto de la sociedad
La abnegación de un amante
Nobleza y miseria.
Sueños de oro.
Un terror oculto.
Todo lo puede el amor
Risas y lágrimas.
Una esposa modelo.
Los dos Ricardos.
El pecado de una madre
Espinas en el corazón.

Obras de M. E. Braddon

Precio: una *peseta* cada tomo

La noche buena.
La bandera roja.
Casamiento al vapor.
Miseria espléndida.
Diavola.
La hija de nadie.
El secreto de lady Alicia.
Lucha de razas.
Roberto Godwin.
Aurora.
Publicanos y pecadores.
La hija abandonada.
¡Desterrada!
Mundo, demonio y carne.
El becerro de oro.
Un viaje triste.
Una mano oculta.
Todo por el honor.
Jugar con fuego.
Corazón de bronce.
La mujer privilegiada.
Celos fatales.
Vicio y virtud.
La herencia de Carlota.
Aves de rapiña.

Los amigos

por EDMUNDO DE AMICIS

Edición refundida y revisada por el autor é ilustrada profusamente por Genaro Amato, Cayetano Colantoni, Isidoro Farina, Dante Paolocci, Héctor Ximenes y José Pennasilico. Versión castellana de *D. Hermenegildo Giner de los Ríos.*

Un hermoso tomo, **3'50 pesetas**.

Gran biblioteca ilustrada

A **3 pesetas** el tomo en rústica y á **5** encuadernado en tela con planchas doradas.

La hija del Cardenal, por *Félix Guzzoni*.—Un gran tomo en papel satinado con láminas en negro.

Las mil y una noches, por *Antonio Galland*.—Preciosa colección de narraciones orientales, ligadas entre sí mediante un recurso novelesco sencillísimo. En todas ellas campea la fantasía soñadora, el maravilloso espíritu árabe y hay riñas, apariciones y amoríos extraordinarios.

Los miserables, por *Víctor Hugo*.—Dos hermosos tomos ilustrados con láminas.

El conde de Montecristo, por *Alejandro Dumas*.—Dos hermosos tomos ilustrados con láminas.

La mano del muerto (continuación de EL CONDE DE MONTECRISTO,) por *E. Le Prince*.—Un tomo con ilustraciones.

Los misterios de París, por *Eugenio Sué*.—Dos tomos con ilustraciones.

Los mil y un días.—Un tomo de cuentos árabes, persas y chinos con ilustraciones.

El Judío Errante, por *Eugenio Sué*.—Dos tomos con ilustraciones.

Misterios de la Inquisición de España, por *M. V. de Pereal*.—Un tomo en 4.º mayor, con magníficas ilustraciones.

Obras de Emilio Zola

A **una peseta** el tomo en rústica y á **1'50** encuadernado en tela.

L' assommoir.—2 tomos.
Nanà.—2 tomos.
La débâcle. *(El desastre.)*—2 tomos.
Los misterios de Marsella.
Teresa Raquín.
Sidonia y Federico.
Vírgenes y Cocottes.
La confesión de Claudio

A **2 pesetas** el tomo en rústica y á **2'50** encuadernado en tela.

Las tres ciudades.
París.—2 tomos.
Roma.—2 tomos.
Lourdes.—2 tomos.
Los cuatro evangelios.
Fecundidad, traducción de A. Rieta.—2 tomos.
Trabajo, traducción y prólogo de Leopoldo Alas (Clarín.)—2 tomos.
Verdad, traducción y prólogo de E. Gómez Baquero.—2 tomos.
Epistolario de *Emilio Zola*.

Nota.—Hay seis obras de *Zola* en la BIBLIOTECA ROSA. (Véase esta anuncio.)

Biblioteca ilustrada

Esta BIBLIOTECA es recomendable por todos estilos. Por su amenidad, por las láminas en colores intercaladas en el texto y por su moralidad.

TOMOS Á 4 REALES

—**Los niños de mi hermana**, por Habberton.
—**Cuentos populares rusos**, por el Conde León Tolstoy.
—**La novela del matrimonio**, por ídem.
—**Algo del Criticón.**—Critilio y Andrenio, por Lorenzo Gracián.
—**El corsario rojo**, por Fenimore Cooper.
—**El último mohicano.**—Dos tomos, por ídem.
—**Ondina**, por Fr. Barón de la Motte-Fuqué.
—**Cuentos escogidos**, por Alvaro L. Núñez.
—**Evangelina**, por Enrique Longfellow.
— **Bosquejos humorísticos**, por Marc Twain.

TOMOS Á 2 REALES

—**Los buscadores de tesoros**, por Washington Irwing.
—**Miles Standich**, por Longfellow.
— **Retratos de españoles ilustres**, con un epítome de sus vidas.
—**El pliego secreto**, por J. Grant.
—**El hijo del bosque**, por F. G. Ducray-Dumenil.
—**Enrique Morton de Milnwood**, por sir Walter Scott.
—**El precio de una dádiva**, por Antonia Díaz de Lamarque.
—**Cuentos y leyendas**, por los hermanos Grimm.

Tesoro de autores ilustres

75 CÉNTIMOS TOMO

A orillas del mar, por *Emilio Zola.*
La virtud en la deshonra, *Cátulo Méndez.*
La pequeña emperatriz, por *Cátulo Méndez.*
Dos queridas, por *Alfredo de Musset.*

70 CÉNTIMOS TOMO

Por el pan, por *E. Sienkiewicz.*

60 CÉNTIMOS TOMO

Fausto, por *Goethe.*
Viaje á Suiza, por *A. Dumas.*
Lucía de Lammermmor, por *Walter Scott.*
Historia de un joven pobre, por *Octavio Feuillet.*
Escenas de la vida mejicana, por *Luis de Bellemare.*

50 CÉNTIMOS CADA TOMO

(De la colección moderna.)

El asno muerto, por *Julio Janin.*
El avaro, por *E. Conscience.*
El matrimonio Orlof, por *Máximo Gorki.*
El secretario íntimo, por *Jorge Sand.*
La viuda de Elxen, por *Enrique Sienkiewics.*

Los mil y un fantasmas, por *Alejandro Dumas.*
Viuda ó casada? por *Grenville Murray.*

30 CÉNTIMOS TOMO

Romances históricos.
Poetas castellanos modernos.
Inés de las Sierras, por *Carlos Nodier.*
Relatos tristes.
El verdugo, por *Balzac.*
El asesino de Lázara, por *José de Siles.*
Poesías y cantares, por *Melchor de Palau.*
Bautismo de sangre, por *J. Adán Berned.*
Palabras de un creyente y El libro del pueblo, por *Lamennais.*
Relatos trágicos.
María Estuardo, por *Schiller.*
Un reo de muerte, por *Victor Hugo.*
Don Pedro el Cruel, por *A. Dumas.*
Cantares (poesías y cantares,) por *Narciso Díaz de Escovar.*
Kernok el pirata.

Primer Diccionario

Ilustrado

DE LA LENGUA ESPAÑOLA

—(o)—

Con la representación gráfica por medio de millares de grabados, de voces de Arquitectura, Arqueología civil y religiosa, Heráldica, Numismática, Indumentaria, Pintura, Escultura, Grabado, Música, Agricultura, Agronomía, Botánica, Agrimensura, Zoología, Mineralogía, Artes y Oficios, Física, Química, Mecánica, Hidráulica, Metalurgia, Medicina, Cirugía, Farmacia, Astronomía, Geología, Geodesia, Comercio, Navegación, Marina, Arte Militar, Etnografía, Antropología, Caza, Pesca, Equitación, etc., etc., por

D. JOSÉ DEL VILAR

Y

D. L. DE BUSTAMANTE Y RIOS

AUTORES DE VARIAS OBRAS

con la colaboración de distinguidos escritores españoles y americanos

—o—

Dos tomos de gran tamaño, ilustrados con más de doce mil grabados, ricamente encuadernados en rica pasta española: *55 pesetas.*

Novísimo Diccionario

Universal

DE AGRICULTURA

por

J. T. MÜLLER

autor de célebres obras de Agricultura

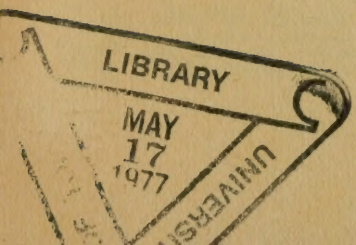
(EDICIÓN HISPANO-AMERICANA)

Comprende todo lo referente á Horticultura, Arboricultura, Viticultura, Olivicultura, Plantas alimenticias, Cultivos, Jardines, Enfermedades de los árboles y plantas y sus remedios, Aguas, Riegos, Abonos, Máquinas, Instrumentos y aparatos agrícolas, Agrología, Agronomía y Agrimensura, Arquitectura rural, Meteorología agrícola, Ganadería, Zootecnia general y especial, Legislación y economía rurales, Bibliografía agrícola y en general todo lo que tiene relación con la Agricultura y sus ciencias auxiliares.

Traducido y copiosamente adicionado, en vista de las mejores obras escritas en España y en el extranjero por la Redacción Agrícola Ilustrada

—o—

Tres tomos de gran tamaño, ilustrados con más de diez mil grabados intercalados, y ricamente encuadernados en rica pasta española: *65 pesetas.*


LIBRARY
MAY
17
1977

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF
E
0036569
vol.2.

MIS ULTIMAS

TRADICIONES P AS

POR

RICARDO PA

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 06 08 09 010 2

Es continuación y fin de la n el título de *Tradiciones peruanas* pu Montaner y Simón, y va seguido *ería*, comprendida en el mismo tomo del libro, á más de documentos interesantísimos, contiene un concienzudo estudio de Bolívar, Monteagudo y Sánchez Carrión, que fué causa en su tiempo de acaloradísima polémica. Constituye una de las obras más curiosas y amenas.

Un tomo de 608 páginas, lujosamente encuadernado, 8 pesetas.

MANUAL DIPLOMÁTICO CONSULAR
HISPANO-AMERICANO

COMPILADO Y REDACTADO

por

D. SIMON BARCELÓ

EX-ENCARGADO DE NEGOCIOS DE VENEZUELA EN FRANCIA

Esta utilísima obra destinada á circular especialmente por el mundo americano, constituye el mejor y más completo libro de consulta para cuantos se dediquen á la carrera consular ó á estudios especiales con ella relacionados.

Un grueso tomo de 364 páginas, esmeradamente encuadernado en pasta española.—25 pesetas.